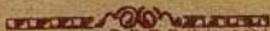


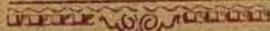


PEDRO AGUILERA, S. J.

NADA
TE TURBE



SEGUNDA EDICIÓN,
NOTABLEMENTE AU-
MENTADA Y MEJORADA



TIPOGRAFÍA CATÓLICA CASALS
CASPE, 108, AP. 776. - BARCELONA

P. Pedro Aguilera, S. J.

NADA TE TURBE

COMENTARIO FILOSOFICO TEOLO-
GICO ASCETICO A LA FAMOSA LE-
TRILLA DE SANTA TERESA DE JESUS:

<i>Nada te turbe;</i>	<i>La paciencia</i>
<i>Nada te espante;</i>	<i>Todo lo alcanza;</i>
<i>Todo se pasa;</i>	<i>Quien a Dios tiene</i>
<i>Dios no se muda;</i>	<i>Nada le falta:</i>
<i>Sólo Dios basta.</i>	



TIPOGRAFIA CATOLICA CASALS
Librería :: Casa editorial :: Imprenta
Caspe, 108 (Apartado 776) - Barcelona



GLOSA

Eleva el pensamiento ;
Al Cielo sube ;
Por nada te acongojes ;
Nada te turbe.

A Jesucristo sigue
Con pecho grande ;
Y venga lo que venga,
Nada te espante.

¿Ves la gloria del mundo ?
Es sombra vana :
Nada tiene de estable ;
Todo se pasa.

Aspira a lo celeste,
Que siempre dura :
Fiel y rico en promesas,
Dios no se muda.

Amale cual merece,
Bondad inmensa ;
Pero no hay amor fino
Sin la paciencia.

Confianza y fe viva
Mantenga el alma;
Pues quien cree y espera
Todo lo alcanza.

Del infierno acosado
Aunque se viere,
Burlará sus furios
Quien a Dios tiene.

Vénganle desamparos,
Cruces, desgracias,
Siendo Dios su tesoro
Nada le falta.

Id, pues, bienes del mundo;
Id, dichas vanas;
Aunque todo lo pierda,
Sólo Dios basta.





Indice

CAPITULO PRIMERO NADA TE TURBE

	<u>Págs.</u>
ART. I.—¿En qué consiste la turbación?	15
ART. II.—¿Por qué nada debe turbarnos?	19
ART. III.—Otro argumento sobre el mismo tema.—El Príncipe de la Paz	23
ART. IV.—El orden y la paz	28
ART. V.—El desorden moral transeunte y los remordimientos. «No hay paz para los impíos, dice el Señor» Is. 47 - 25	35
ART. VI.—La grande ilusión humana, fuente copiosa y perenne de grandes turbaciones	43
ART. VII.—Las pasiones y la turbación	49

ART. VIII.—Paz a los hombres de buena voluntad.—La paz del Evangelio y la paz del mundo.—Los héroes de la paz.—La virtud: fuente única de verdadera paz . . .	55
ART. IX.—El Kempis y la paz.—Un ramillete de sentencias del Kempis sobre la paz	63
ART. X.—Otras cuatro sentencias admirables del mismo autor sobre la paz	67
ART. XI.—¿Por qué nonadas nos turbamos?	76
ART. XII.—¿Eres pobre? Nada te turbe	79
ART. XIII.—¿Estás enfermo? Nada te turbe	87
ART. XIV.—¿Te vas a morir? Nada te turbe	92
ART. XV.—¿Has perdido a un amigo querido? Nada te turbe . . .	99
ART. XVI.—¿Eres perseguido por tu honradez? Nada te turbe . . .	106
ART. XVII.—¿Temes un revés de fortuna o te ha visitado ya? Nada te turbe	112
ART. XVIII.—Estudias y no tienes talento para lucir? Nada te turbe.	120
ART. XIX.—¿Eres nervioso? Nada te turbe.—El temperamento nervioso.—La neurastenia	126

	<u>Págs.</u>
ART. XX.—¿Estás tentado? Nada te turbe	137
ART. XXI.—¿Pecaste? ...!!!	142
ART. XXII.—¿Te confiesas? Nada te turbe	146
ART. XXIII.—¿Tienes desconsuelos espirituales? Nada te turbe	152
ART. XXIV.—¿No eres tan virtuoso como quisieras? Nada te turbe.	161

CAPITULO II

NADA TE ESPANTE

ART. I.—¿En qué consiste el espanto?	165
ART. II.—Hay excepciones... Un héroe que no se espanta	172
ART. III.—Reflexionemos	180
ART. IV.—Y, ¿Santa Perpetua?	183
ART. V.—Volvamos a reflexionar	195
ART. VI.—El divino Modelo de los que sufren	199
ART. VII.—El camino del heroísmo	205

CAPITULO III

TODO SE PASA

ART. I.—Triste experiencia	214
ART. II.—Vanidad de vanidades.—La espada de Dámocles	218
ART. III.—Bienaventurados los pobres de espíritu	226
ART. IV.—Al mal tiempo, buena cara.	231

CAPITULO IV

DIOS NO SE MUDA

	<u>Págs.</u>
ART. I.—El Sér Inmutable	238
ART. II.—La fe y el espíritu de fe.	241
ART. III.—El espíritu de fe y el «Dios no se muda»	246
ART. IV.—El héroe.—Verdadero con- cepto del héroe	251
ART. V.—El molde del heroísmo.—Có- mo se fabrica, prácticamente, el molde del heroísmo	253
ART. VI.—Bienaventurados los que llo- ran	258
ART. VII.—A los valientes	260
ART. VIII.—¿Cómo puede el cristiano ser omnipotente?—Maravillas de la gracia	267
ART. IX.—La gracia.—Su naturaleza. Sus propiedades.—Sus efectos.	269
ART. X.—El gran secreto	273
ART. XI.—¿Quién no querrá ser hé- roe?	276

CAPITULO V

LA PACIENCIA — TODO LO ALCANZA

ART. I.—Paciencia — Fortaleza — Cons- tancia	282
ART. II.—Sigue la misma materia	285

	<u>Págs.</u>
ART. III.—Prodigio de constancia.— S. Isidoro y el brocal surcado.	289
ART. IV.—El carácter español, en el siglo de oro de nuestra historia, y la constancia	293
ART. V.—La paciencia todo lo alcanza. —Primero : nos alcanza la gloria del cielo	305
ART. VI.—La paciencia todo lo alcanza. —Segundo : nos alcanza la inme- diata posesión del Cielo.	311
ART. VII.—La paciencia todo lo alcan- za.—Tercero : nos alcanza aumen- to de gloria en el cielo.—¿En qué consiste la gloria del cielo?	316

CAPITULO VI

QUIEN A DIOS TIENE — «NADA LE FALTA»

ART. I.—Dios : Su naturaleza. — Sus perfecciones infinitas. — Su her- mosura	323
ART. II.—Cómo poseen a Dios los San- tos en el cielo. — Cómo con la posesión de Dios «nada les falta»	331
ART. III.—La felicidad del cielo des- crita por S. Anselmo	333
ART. IV.—Cómo puede el hombre po- seer a Dios en este mundo por el discurso de la razón	335

	<u>Págs.</u>
ART. V.—Cómo los justos poseen a Dios por el conocimiento sobrenatural de la fe, en esta vida . .	340
ART. VI.—Del amor sobrenatural a Dios.—Cómo predispone el corazón del justo para que «Nada le falte»	343
ART. VII.—Una página divina de Santa Gertrudis sobre el amor divino.	347
ART. VIII.—¿Es cierto que: «Quién a Dios tiene — Nada le falta»? . .	350
ART. IX.—Una objeción formidable contra lo dicho	356

CAPITULO VII

SOLO DIOS BASTA

ARTICULO UNICO.—Al justo solo Dios le basta	362
---	-----





Prólogo a la segunda edición

Esta vida es un valle de lágrimas... un destierro... Job la llama, también, campo de batalla.

Todas estas expresiones reflejan, a maravilla, una realidad de las más trascendentales que forman parte esencial de la vida del hombre, desde que en el teatro de la gran prevaricación hubo de cargar con la herencia de males, que le legó su padre delincuente.

Desde entonces, digo, no tenemos más remedio los que vivimos en este valle de lágrimas, que derramarlas sin cuento y pisar las crueles espinas de que está erizado este árido desierto, que cruzamos los desterrados hijos de Eva, y resignarnos a afrontar los azares de la guerra, yendo constantemente

arma al brazo, en lucha con los tres enemigos formidables, que se han conjurado contra nuestro bienestar.

El hombre, pues, que vive en este mundo, necesita un buen amigo que, con amorosa mano, seque las lágrimas que vierten sus ojos y, con el bálsamo de la caridad, cicatrice las heridas abiertas en su sér por los dardos del infortunio, y le dé alientos para sostenerse con gloria en el campo de batalla.

Y ¿qué mejor amigo que un libro, en cuyas páginas palpita la llama del amor cristiano, que sólo ve en el prójimo al hermano redimido con la sangre de Cristo, cuyos pesares siente y procura remediar, como si fueran pesares propios?

Esta consideración nos movió, un día, a tomar la pluma para escribir un libro, que respondiera a los nobles anhelos que lo inspiraron, de cuyas páginas fluyeran raudales de consuelo para los afligidos.

Mas ¿qué asunto vamos a desarrollar en él, tan poderoso y eficaz, que satisfaga cumplidamente nuestros anhelos, nos preguntábamos?

Y en eso, sonó dulcemente en nuestros oídos, como bajada del Cielo, una voz que decía: NADA TE TURBE — NADA TE ESPANTE y, sin vacilar un momento, pusimos manos

a la obra con la esperanza invencible de que el Serafín del Carmelo, de cuya pluma brotó un día la famosa letrilla, había de suplir con su inspiración lo mucho que a nosotros nos falta para dar a la estampa el libro que el mundo de los que lloran necesita.

Dos circunstancias nos favorecían para salir airoso en nuestra empresa: un cariño intenso a la simpática letrilla, y un estudio detenido que de ella llevábamos hecho.

Porque, es de saber que desde que la conocimos y formamos cabal concepto de su valor intrínseco, nos encariñamos con ella, y este cariño nos impulsó a sondear en sus profundidades ascético - filosófico - teológicas, haciéndola asunto de nuestras meditaciones privadas, principalmente en los días de tribulación; tema frecuente de nuestros sermones, desde el púlpito, y de nuestras conferencias, desde la silla.

Más de una vez los que nos habían oído, nos dijeron: pero, reverendo Padre, ¿y por qué no hace V. participantes a los que sufren, por medio de un libro, de los inestimables tesoros espirituales que la pluma de la Seráfica Doctora escondió en estos inspirados versitos?

El consejo nos pareció digno de ser atendido y, bien podemos afirmar que él fué la última causa determinante que nos puso la

pluma en la mano para escribir el libro cuya segunda edición hoy damos a la estampa; y son prueba de la simpatía con que el público acogió la primera, las cartas de amigos y desconocidos que, al poco tiempo de ser conocido recibimos, en las que nos felicitaban y testimoniaban su agradecimiento por el bien que su lectura había hecho a su alma.

En esta segunda edición hemos introducido importantes modificaciones, que la experiencia nos ha sugerido, como muy conducentes al fin que nos proponemos.

Quiera Dios que resulte nuestro libro un insigne bienhechor de la Humanidad que, con la cruz a cuestas, remonta la vertiente del Calvario.





CAPITULO PRIMERO
NADA TE TURBE

Artículo I

¿EN QUE CONSISTE LA TURBACION?

La turbación consiste en una alteración de todo el sér del turbado, más o menos profunda, según los grados de intensidad de aquélla.

Las consecuencias de la turbación son, en ocasiones, muy fatales. El trastorno producido por ella comienza por ser fisiológico y acaba en psicológico-moral. Tiene su origen en la imaginación, comunmente, la cual se complace en exagerar un mal presente que se sufre, o futuro que amenaza; y, tanto el uno como el otro no pasan de ser fantásticos, muchas veces, lo cual contribuye a su mayor recrudecimiento.

Como la imaginación está en íntimo contacto con el sistema nervioso, por medio del

cerebro, el trastorno en ella producido influye en todo el sistema, cuyos efectos repercuten, principalmente en los órganos de mayor actuación en todo el movimiento vital del cuerpo, cuales son el corazón y el estómago: en el corazón, preferentemente, que es el depósito y centro a donde la sangre afluye y desde donde se derrama por todas las arterias y venas, empujada por medio de contracciones y dilataciones, llevando los elementos de vida hasta los últimos confines del cuerpo, que deposita en los vasos de los tejidos.

El sistema nervioso tiene la estructura de un árbol, que hunde las raíces en la pulpa del cerebro, desde donde extiende las ramas a manera de red, por todo el cuerpo. Una de estas ramas principales se desprende del tronco y penetra en la cavidad del estómago, con el nombre de neumo-gástrico, para comunicarle por medio del flúido nervioso, energía digestiva, cuya energía disminuye cuando disminuye la cantidad de flúido, lo cual acontece, siempre que por alguna turbación sufre alteración el sistema nervioso, de donde resultan la falta de apetito y malas digestiones que, cuando adquieren el carácter de crónicas, se llaman dispepsias por la técnica médica.

Algo parecido sucede al corazón, al que otra de las ramas principales, desprendida del tronco del árbol, va a enroscarse con sus ramitas en las paredes interiores y exteriores

para acelerar e intensificar sus palpitaciones por medio del flúido nervioso que le comunica el gran simpático.

En las turbaciones disminuye la cantidad de flúido, y sus resultados repercuten en la lentitud y debilidad de palpitaciones del corazón, cuyas señales aparecen en la palidez del rostro y en los temblores del cuerpo, a donde no llegan las corrientes de la sangre, débilmente empujadas, desde el corazón, por la válvula impelente.

Mas, como el cuerpo y el alma, substancialmente unidos, forman un solo sér, existe entre ambos una conexión tan íntima que las impresiones del cuerpo se reflejan rápidamente en el alma y, viceversa, las del alma en el cuerpo. De ahí el que las modificaciones del sistema nervioso, que tienen su origen en el cuerpo, repercutan en el alma por medio del cerebro, que parece ser el órgano que más inmediatamente está en contacto con las potencias del alma; con la memoria principalmente.

Esto explica los trastornos que sufre la memoria del turbado, que traen como natural consecuencia los del entendimiento y de la voluntad. Refiramos un caso histórico, y aparecerá claro nuestro pensamiento.

Cicerón fué un orador famosísimo. A las brillantes cualidades oratorias que le distinguían, unía un entendimiento poderoso y una memoria feliz. Cuando se proponía deslumbrar a sus oyentes, en el foro o en el Senado,

con el brillo de los períodos, y avasallarlos con una argumentación sólida para triunfar de su voluntad, escribía el discurso y lo aprendía de memoria, con tanta fidelidad, que salía de su lengua como había salido de su pluma, por lo cual cada una de sus oraciones era un triunfo oratorio.

Mas, un día, el astro de la oratoria forense padeció un eclipse deplorable. Se había encargado de la defensa del noble patricio romano, Milón, su querido amigo, acusado del asesinato de Clodio. Clodio era un demagogo temible, que acaudillaba a toda la chusma de Roma, el cual fué asesinado en una refriega que los esclavos de Milón tuvieron con los de Clodio.

No hay que decir el empeño que el ilustre defensor de Milón tendría en sacarle incólume de las garras de la justicia. Mas, no le valieron sus grandes habilidades oratorias para salir con la suya. El día en que debía tratarse la famosa causa, los partidarios de Clodio invadieron el foro. Además, presidía el tribunal Pompeyo, nada favorable a Cicerón.

Sube éste a la tribuna y, al verse delante de un auditorio tan imponente y, en general hóstil, se impresiona profundamente... se turba... comienza el exordio tartamudeando... y acaba por tener que bajarse de la tribuna, entre la rechifla del auditorio adverso y, cubierto el rostro de vilipendio.

El fracaso fué terrible. ¿Cuál fué la causa

de tan terrible fracaso? No fué, ciertamente, ni el auditorio levantisco h6stíl que rodeaba la tribuna, ni el sobreceño del presidente del tribunal. Estas circunstancias adversas no fueron m6s que la ocasi6n. La causa verdadera fué la turbaci6n que, corri6ndose hasta la memoria, le cerr6 con mano férrea las puertas de su santuario e incomunic6ndola con la inteligencia, no pudo aqu6lla transmitirle las especies rememorativas que guardaba en dep6sito, y todos esos fenómenos psicol6gicos repercutieron en aquella lengua de oro, de la que habían salido las admirables oraciones, que tantos lauros le conquistaran en las lides forenses.

¡Oh turbaci6n! y cu6ntos estragos has causado y est6s causando en la Humanidad. El fin de este libro es disminuir el n6mero de tus v6ctimas.

Artículo II

¿POR QUE NADA DEBE TURBARNOS?

No debemos turbarnos por la raz6n pot6sima de que la turbaci6n es el mal peor que puede sobrevenir al turbado, en el orden natural, ya que le arrebatara la paz del esp6ritu, que es el bien supremo frutivo del coraz6n humano.

Como este pensamiento de que la paz es el bien supremo del corazón humano, es de importancia capital en el asunto que ha inspirado nuestro libro, conviene derramar mucha luz a su alrededor, a fin de que no quede ni sombra de duda acerca de él en el ánimo del lector.

Hay para demostrar la verdad de este pensamiento argumentos muy eficaces. Desarrollaremos algunos, en la seguridad de que su conocimiento ha de ser tan fecundo de luz para la inteligencia, como de aliento y consuelo para los corazones de los que nos lean.

Sea el primer argumento el testimonio universal, no sólo de los hombres, sino también de los seres que pueblan el mundo de la materia, de todos los cuales parece que sale una voz tan armoniosa como imponente que pregona esta gran verdad: «*Todas las cosas van en busca de la paz*». ¿Ves esa piedra que baja con ímpetu arrebatado de las alturas de la atmósfera? En su acelerado descenso va en busca del reposo, que es la paz de los seres materiales; reposo que le ofrecerá generosamente el centro de la tierra.

Ese río caudaloso, que con tanta majestad se desliza por su anchuroso cauce, no busca otra cosa, con el ímpetu de su corriente, que el reposo en la inmensidad del Océano. Y si bien lo consideras y, a guisa de buen filósofo, penetras con el discurso al través de los fenómenos de la naturaleza, hasta las últimas causas que los producen, averiguarás

que aun esas perturbaciones atmosféricas que, en días de pavorosa tempestad, hacen estremecer de terror a los habitantes de la tierra, no tienen otro fin que el reposo que, o una inmensa ola de calor intenso o una acumulación excesiva de electricidad perturbaron. ¿Ves a ese pajarito que hinche de regocijados trinos el espacio? Acaba de escapar de la jaula en que lo tenía prisionero su amo y, ahora, volando a sus anchas en la esfera de acción que le ha señalado la Providencia, celebra con sus cantares el dulce bienestar que experimenta, que es fruto de la paz, como tendremos ocasión de ver al definirla.

Y, sobre todo, en los seres racionales es ley general, indeclinable, el anhelo por la paz que, no impropriamente, podemos llamar el resorte de todo el movimiento humano. No siempre aparece en la superficie de las acciones humanas el resorte, pero sí que siempre se halla oculto en los más íntimos repliegues del corazón.

El comerciante que, de día y de noche, anda preocupado por extender, por doquiera, la inmensa red de negocios que lleva entre manos; ¿qué busca sino el sosiego del espíritu que espera encontrar en el triunfo del éxito financiero? Y el estudiante que se devana los sesos por coronar con un éxito brillante la carrera que ha emprendido... y el militar que entre el zumbido de las balas expone la vida en el campo de batalla... y aquella joven que, coronada de flores, se ade-

lanta al altar para recibir de las manos sacerdotales la bendición nupcial... si bien lo consideras y penetras en el fondo de su corazón, en él hallarás el resorte famoso, que no es otra cosa que un anhelo vehemente por el bien supremo de la paz, que esperan alcanzar en la satisfacción, acaso ilusoria, del apetito que constantemente los agujijonea y sonríe a su fantasía. Porque, a su tiempo, veremos cómo no todos los que buscan la paz, tienen la dicha de dar con ella.

El hecho que acabamos de describir, contiene un argumento muy eficaz para demostrar que la paz es el bien supremo del corazón humano, como lo es, a su manera, de todos los seres que militan en el Universo. Porque el bien supremo de los seres está contenido en el último fin que les ha señalado el Creador, y es patente que para el hombre, especialmente, el bien de la paz estable, verdadera, constituye su último fin, sino formal, frutivo seguramente, pues, a su consecución no repara en sacrificar los demás bienes naturales, como la salud, las riquezas, ya que no pocas veces los caminos que conducen a las floridas regiones de la paz, están erizados de espinas que ensangrientan los pies del que los recorre.

«Pax gignitur bello». La paz es fruto de la guerra.

Artículo III

OTRO ARGUMENTO SOBRE EL MISMO TEMA.

EL PRINCIPE DE LA PAZ

Cuando el sabio tiene una cosa en grande estima, es señal de que esta vale mucho, porque esa es una de las notas características de la sabiduría, dar a cada cosa la importancia que tiene.

Pues bien; Jesucristo es no sólo sabio, sino sapientísimo. Como Dios, es la misma sabiduría increada, por lo cual ni puede engañarse, en los juicios que forma de las cosas, ni puede engañarnos, por ser la santidad infinita.

Y, ¿qué juicio formó Jesucristo del valor de la paz? Veremos en este artículo cómo de sus palabras y de sus hechos se deduce que la apreció como el bien supremo del corazón humano.

Desde luego, ya es muy significativo que Isaías, contemplando a la Persona de N. Señor Jesucristo, desde las alturas de la visión profética, siete siglos antes de su advenimiento al mundo, viera grabado en su frente este título gloriosísimo del Príncipe de la paz — «*Princeps pacis*» — como si quisiera significar el gran Profeta, que hablaba bajo la inspiración del Espíritu Santo, que el

Mesías, en su venida al mundo, había de acaudillar el ejército de hombres de buena voluntad, que militarían bajo el espléndido estandarte de la paz, anunciada por los ángeles en la faustísima noche de su nacimiento: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad».

Por donde se ve que uno de los fines, según los celestiales Cantores de Belén, que trajo a la tierra el Unigénito del Padre, fué enriquecer a los hombres de buena voluntad con el don de la paz. Ya veremos, a su tiempo, quiénes son esos hombres de buena voluntad, de los cuales fué Príncipe Jesucristo. Dos fines, por tanto, se propuso el divino Redentor, al tomar carne humana: hacer triunfar, entre los hombres, la gloria de Dios y proporcionarles el bien de la paz.

¿Qué bien será ese de la paz que, en el himno soberano que hicieron resonar los Angeles alrededor de la cuna del Niño de Belén, figura al lado de la gloria de Dios, para constituir ambos el ideal inspirador de la Redención del linaje humano? ¿No se desprende de aquí que, como la difusión de la gloria que la creación tributa a Dios, constituye el supremo bien extrínseco de la Divinidad, así el triunfo de la paz en los corazones de los hombres de buena voluntad constituye su bien supremo intrínseco positivo?

Y el Niño de Belén vivió sobre la tierra entre los mortales 33 años y, en los tres úl-

timos de su vida, nos dió de la paz lecciones muy dignas de ser atentamente meditadas. En el sermón de la montaña incluyó el bien de la paz entre los ocho que forman la bienaventuranza de los justos.

«Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios». Con cuyas palabras declara el divino Maestro que en la posesión de la paz consiste la bienaventuranza o felicidad del hombre. «Beati pacifici».

Y tenía Jesucristo tan metida en el fondo del corazón esa paz bendita que, frecuentemente, rebosaba por sus labios, en las conversaciones con sus amigos y en sus sermones al pueblo. La fórmula usual de que se valía para saludar a los moradores de las casas que visitaba, contenía ordinariamente el bien de la paz.

«Pax huic domui». Venga la paz a esta casa. Cuando enviaba sus discípulos a predicar, entre otras cosas, les encargaba que retribuyeran a los habitantes de las casas, que los alojaban, el beneficio de la hospitalidad con el bien de la paz».

«Intrantes autem in domum, salutate eam dicentes: pax huic domui».

¿No estaba en la mano de Jesucristo recompensar con otros bienes a las familias hospitalarias, que tan caritativamente le habían obsequiado a El, en las personas de sus queridos discípulos, con la salud por ejemplo, o con otros bienes materiales? ¿Por qué, pues, con preferencia a otros bienes, así

materiales como espirituales, les recompensa con el bien de la paz? Sencillamente; porque en el concepto de Jesucristo este bien, el incluido en la paz, es un bien superior a todos los demás bienes.

Y, después de resucitado, aparecióse por espacio de cuarenta días a sus discípulos, quienes por efecto de la penosísima impresión que las luctuosas escenas del Calvario habían producido en su ánimo, se hallaban abatidísimos. Jesucristo, en sus apariciones, se propuso reanimarlos, y lo hizo con una benignidad y dulzura tan paternas que uno, al leer los relatos evangélicos, queda con el ánimo tan suavemente emocionado que, sin sentir, se le vienen a los labios estas palabras: ¡y qué Corazón tan hermoso el Corazón de N. S. J.! ¿Quién no le amará?

Pues bien; en esas famosas apariciones la fórmula ordinaria de salutación que usaba, era esta: La paz sea con vosotros. «Pax vobis». Algunas veces, observando que su presencia les sorprendía y turbaba su corazón, les decía: ¡No temáis! «Nolite timere!» Desterrad de vosotros la turbación. «Non turbetur cor vestrum». Con cuyas palabras bien claramente daba a entender el divino Maestro que como la paz es el bien supremo del corazón humano, la turbación, por el contrario, es su mal opuesto, y que con el mismo empeño con que hemos de procurar la paz, hemos de desechar la turbación.

Y cuando, por fin, llegó el día en que ha-

bía de subirse al Cielo, definitivamente, al despedirse de sus queridos discípulos, ¿sabes, lector amigo, qué recuerdo les dejó en testimonio del amor inmenso que les profesaba? ¿No es ese el momento solemne que los que son de veras amantes lo acreditan con testimonios que no dejen la menor duda en el ánimo del amado? Y, ¿no quedaría éste con algún recelo, si en el testimonio de amor que recibe de su amante, en el solemne momento de la despedida, no viera un supremo esfuerzo de su voluntad amorosa, representado por el valor de la prenda que, como recuerdo, le deja?

Conjetura, pues, por ahí, lector amigo, cuál será la trascendencia del bien de la paz, cuando en el concepto de Jesucristo constituye el valor más adecuado del testimonio que quiere dar a sus discípulos en el solemne momento de despedirse de ellos para subirse a los Cielos. No les dice: tened buen ánimo, discípulos míos; que, en adelante, en recompensa de lo mucho que por mí habéis sufrido seréis, por virtud de mi voluntad omnipotente, los Señores del mundo; ocuparéis los primeros puestos en la sociedad; no habrá quien resista a vuestros mandatos; seréis los hombres más afortunados en riquezas, en saber, y en la estimación universal. Eso, bien se lo podía haber dicho Jesucristo. ¿No era Dios quien les hablaba?

Pues, nada de eso les dijo. De todos los bienes que estaba en su mano concederles,

sólo eligió uno para dejárselo como recuerdo eterno de su amor, en el solemne momento de su última despedida; y este recuerdo fué el bien de la paz. He aquí sus palabras, que nos refiere el Evangelista San Juan:

«Pacem relinquo vobis, pacem meam de vobis; non quomodo mundus dat, ego do vobis». Mi paz os dejo, mi paz os doy; y la paz que yo os doy, no es como la paz que da el mundo.

Artículo IV

EL ORDEN Y LA PAZ

Hasta ahora hemos dado vueltas con la pluma alrededor del precioso tesoro, con cuya posesión deseamos se enriquezcan nuestros lectores, persuadidos como estamos de que con ello les procuramos el mayor de los bienes terrenales.

Pero, ¿dónde está escondido el tesoro? Porque, bien vale la pena de vender cuanto tenemos para hacernos con él, a semejanza del negociante en margaritas del Evangelio, ya que tantas veces hemos asegurado al lector que el bien de la paz está por encima de todos los bienes que enriquecen el corazón humano. Hablamos de la paz legítima, que es la que trajo Jesucristo a los hombres de bue-

na voluntad, no de la paz falsa, adulterada, que el mundo da a sus secuaces. «Non quomodo mandus dort, ego do vobis».

El campo en donde está escondido el precioso tesoro nos lo va a descubrir San Agustín, con una de aquellas definiciones geniales, en las que tiene el privilegio de sintetizar y resumir, como en un foco esplendoroso, los haces de luz que luego derrama, a raudales, por todo el discurso en que desarrolla su pensamiento.

¿Qué es, pues, la paz, según San Agustín?

«Tranquillitas ordinis». La tranquilidad del orden. Admirable. Dos cosas hemos de hacer para que el pensamiento del Doctor de la gracia resulte, en su mayor grado de luz: definir lo que es el orden, y lo que se entiende por tranquilidad, para que de las profundidades del significado de las dos palabras surja el tesoro, en cuya busca andamos.

El orden es la causa, la tranquilidad el efecto; el orden es la fuente, la tranquilidad es el arroyo que nada de la fuente; el orden es la concha, la tranquilidad es la perla escondida en la concha.

¿Qué se entiende, pues, por orden? El orden es la huella luminosa que refulge, donde quiera que ha pasado la inteligencia, reduciendo a unidad la multiplicidad y variedad de las partes de un todo, con relación a un fin determinado. El primer encanto del Universo es, indudablemente, el fulgor de esa huella luminosa, que campea en la inmensa

variedad de seres, reducidos a maravillosa unidad, los cuales pregonan el paso de una Inteligencia soberana. «Coeli enarrant gloriam Dei».

El orden, en los mundos siderales, es el movimiento acompasado de los astros, girando los unos alrededor de los otros, con sujeción a leyes sapientísimas, que verifican con regularidad matemática. ¡Y los pobres ateos no saben descubrir el paso de la Inteligencia Soberana, que por tan espléndida manera aparece en el movimiento acompasado de los mundos siderales!!

La tierra da una vuelta alrededor de su eje, en 24 horas, y en torno del sol en 365 días, y su fin es colmar de beneficios con esas revoluciones periódicas, matemáticamente realizadas, a los habitantes del Planeta. Cuando Dios quiere castigar al hombre, le basta perturbar alguna de estas leyes, y sobreviene el diluvio, que anega bajo sus aguas vengadoras a la raza humana.

El orden en las sociedades humanas consiste en que los de arriba gobiernen bien, inspirando sus disposiciones en leyes sabias y benéficas y los de abajo se sometan con docilidad a esas leyes y, entonces florece aquella benéfica paz y tranquilidad que permite a los ciudadanos entregarse a la realización de sus ideales, cada uno en la esfera que le ha señalado la Providencia.

El orden en las familias consiste en que cada uno de los individuos que la componen,

cumpla fielmente con los deberes que le corresponden, conforme al puesto que en ella ocupa. Que los esposos cumplan fielmente con sus deberes conyugales; que los padres sean esmerados educadores de sus hijos, y los hijos junten con el amor la veneración a sus padres; que los amos traten con justicia y caridad a los criados, y los criados sean fieles y obedientes a sus amos.

Cuando el mecanismo de la sociedad doméstica funciona con esa armoniosa regularidad, los arroyos de dulcísima paz fluyen abundantes por su seno e inundan de bienestar los corazones que en medio de tanta felicidad palpitan.

En el individuo el orden consiste en que la parte inferior esté sujeta a la superior y la superior a Dios, y de estas dos sujeciones resulta una maravillosa armonía que, valiéndonos de la palabra de S. Agustín, llamamos *tranquilidad*, la cual, como ya dijimos, no es otra cosa que el dulce bienestar que experimenta el alma, cuando ha satisfecho todos sus deseos y aspiraciones, en lo que consiste la paz.

Pero, como ni la paz social; ni la doméstica, sino la individual constituyen el asunto, que vamos tratando, explicaremos con alguna detención los términos de la definición de la paz que acabamos de dar.

Dijimos que ésta resulta de la sujeción de la parte inferior del hombre a la superior y de la superior a Dios. La parte inferior del

hombre es el cuerpo con sus sentidos y concupiscencias. El cuerpo se pone en comunicación con el mundo material por medio de los cinco sentidos, por los cuales entran en el alma sensitiva los placeres del mundo exterior, proporcionándole, cada sentido, el placer que le es propio; fruto de su unión con su objeto formal.

La vista se deleita con la hermosura de los objetos, que es su objeto formal; el oído con la armonía de los sonidos; el olfato con el aroma de las flores; con el sabor de los manjares el gusto, y con la suavidad de los objetos resistentes el tacto.

Qué grata y profunda impresión experimenta el observador, pongamos caso, cuando desde la cumbre de un monte excelso su vista contempla uno de esos espléndidos espectáculos, tan frecuentes en la naturaleza, como la aparición del astro radiante del día, que asoma la cabeza coronada de fulgores sobre las rizadas olas del mar; o cuando el astro rey se despide, al caer de la tarde, de los habitantes de la tierra y, entre un cortejo de nubes arreboladas, transpone el horizonte de nuestro hemisferio para ir a colmar de beneficios a los habitantes del otro hemisferio.

¡Oh lector amable! cuántas veces habrás gozado de esas deliciosas emociones que, por el órgano de la vista, han entrado en tu alma, contemplando esos sublimes y encantadores espectáculos de la naturaleza...

Y así podríamos discurrir acerca del funcionamiento de los demás sentidos, cada uno de los cuales, cuando se une con su objeto formal, aporta al alma el placer que le es propio, y el alma en el goce de este placer experimenta el dulce bienestar, en que consiste el bien de la paz de que tratamos, siempre que los sentidos obren guiados por los dictámenes de la razón, y la razón sea intérprete fiel de la voluntad de Dios.

Mas, te diremos, amigo lector, que las fuentes de donde manan los arroyos de paz más sólida, estable e intensa, no se hallan en el funcionamiento de los sentidos precisamente, sino en las regiones superiores del espíritu, o sea en las tres potencias del alma: la memoria, el entendimiento y la voluntad. En la memoria la fuente está en los recuerdos; en el entendimiento en la posesión de la verdad, y en la voluntad en el amor al bien moral, o en la virtud.

Mas no todos los recuerdos de la memoria proporcionan al alma el bienestar del placer; los hay por el contrario, que le causan inquietud y turbación, cuales son los recuerdos ingratos de hechos vituperables, de los cuales nacen los remordimientos que torturan la conciencia, como veremos a su tiempo.

En cambio, con qué placer y honda satisfacción recuerda el valiente general la gloriosa hazaña con que libró al ejército que acaudillaba, de una tremenda derrota con su valor y pericia militar; recuerdo que le sirve

de alivio en sus enfermedades, de consuelo en sus penas y de aliento en sus tribulaciones.

Aunque superiores a los placeres de la memoria son los placeres de la inteligencia, cuanto es más elevada la región del espíritu en que se verifican sus actos intelectivos. Es, a veces, tan intensa la satisfacción que siente el sabio, cuando ha descubierto un nuevo horizonte de luz, o ha dado con la solución de un arduo problema de Matemáticas o Filosofía, después de largas y penosísimas investigaciones, que su ánimo queda como arrobado en dulcísimo éxtasis.

Kepler, famoso astrónomo del siglo XVII y Newton, matemático y astrónomo a la vez, que floreció en el siglo XVIII, inmortalizaron uno y otro su nombre; Kepler con el descubrimiento de las leyes del movimiento de los planetas, alrededor del sol, y de las leyes de la gravitación universal el segundo. He aquí lo que escribe Kepler cuando, después de 17 años de investigaciones, descubrió y comprobó las tres leyes que dejó formuladas: «Yo te doy gracias, mi Criador y Señor, por todas las complacencias que he experimentado en los éxtasis producidos por la contemplación de tus obras».

Y aun superiores, incomparablemente superiores a los placeres de la inteligencia, cuando se une con la verdad, son los de la voluntad, cuando se une con el bien moral y, muy particularmente, cuando se une con

el Bien Sumo, que es Dios. Entonces el alma, cuando esa unión de la voluntad con el Bien Sumo es íntima, vive vida divina; verdadera anticipación de la vida que viven en el cielo los bienaventurados. Y, como los bienaventurados gozan en el cielo de una paz dulcísima, inalterable, perpetua, así las almas, cuya voluntad está íntimamente unida con el Bien Sumo, gozan en esta vida de una paz, que ni las olas más bravas de la tribulación son capaces de alterar.

Mas, como este punto es tan trascendental en nuestro libro, lo reservamos para tratarlo más ampliamente en artículo a parte.

Artículo V

EL DESORDEN MORAL TRANSEUNTE Y LOS REMORDIMIENTOS

«No hay paz para los impíos,
dice el Señor». Is., 47-25.

Como en el artículo precedente demostramos que el orden moral es fuente copiosa de paz sólida y estable, en el presente nos proponemos demostrar todo lo contrario, a saber: que el desorden moral es fuente de frecuentes y profundas perturbaciones de espíritu.

Hablando, entonces, del orden moral diji-

mos que en el individuo consiste en la sujeción de la parte inferior a la superior y de la superior a Dios, de cuya doble sujeción resulta aquella admirable armonía que San Agustín llama *tranquillitas ordinis*; que viene a ser el dulce bienestar que el alma experimenta, cuando ha satisfecho todas sus tendencias y aspiraciones, guiada siempre por los dictámenes de la razón, en la medida que es dado satisfacerlas en esta vida.

El desorden, por tanto, consistirá en la rebelión de la parte inferior a la superior y de la superior a Dios, cuya doble rebelión ha de dar por resultado, necesariamente, uno como estado anárquico en la región espiritual, del cual será fruto la intranquilidad interior. «Non est paz impiis». Y bajo el nombre de impío se comprenden no sólo los que atacan directamente a Dios, en alguno de sus atributos soberanos, sino también todo pecado, ya que el pecado mortal, en su esencia considerado ataca, también, siquiera por modo indirecto, alguna de las perfecciones infinitas.

El desorden moral puede ser transeunte y permanente o habitual. Desorden moral transeunte se llama el pecado, que en un instante se consume; mas el pecado, muchas veces y con intensidad repetida, engendra en el alma una predisposición permanente a repetirlo, adherida a la voluntad. A esta predisposición llamamos vicio; por donde se ve que el vicio es efecto y causa

del pecado, el cual vicio, cuando se intensifica notablemente en el alma, se convierte en una como segunda naturaleza que, sin un especial auxilio de Dios, con dificultad habrá poder en el hombre para desarraigarlo. ¿Qué obsceno hay, de los enlodados en el cieno de la impureza, que sin este especial auxilio se haya vuelto casto? ¿Qué iracundo que se haya vuelto manso?

Mas, en este artículo nos proponemos hablar tan sólo del desorden moral transeunte, esto es, del pecado mortal; y vamos a investigar las causas por las cuales el pecado produce en el alma del pecador las inquietudes conccidas con el nombre de remordimientos.

La primera causa de los remordimientos del pecador es la fealdad del pecado. Es, en efecto, el pecado mortal tan feo... tan deforme... tan abominable... que, aun prescindiendo de Dios, a quien ofende, y de la Ley de Dios, que quebranta, debiera el hombre, guiado tan sólo por la luz de la razón, aborrecerlo y detestarlo con toda su alma. Porque, ¿qué sucede cuando el hombre peca? Que se verifica en él una especie de revolución, semejante a las revoluciones sociales, en las que lo de arriba se viene abajo y lo de abajo se va arriba, convirtiéndose los señores en súbditos y los súbditos en señores, empuñando la chusma el bastón de mando. No otra cosa significan aquellas palabras de la Sagrada Escritura, cuando dice: «El hombre, habiendo sido criado en honor, no

lo comprendió y bajó al nivel de las bestias» (Ps. 48, 13-21). Y, ¿qué es lo que en el hombre baja al nivel de los brutos animales, cuando peca? Lo que uno llamó el *Angel*, que habita en las regiones del espíritu. ¿No está, por tanto, bien calificado el pecado mortal con el nombre de *monstruo*, pues tiene poder para transformar al pecador de ángel en bestia?

Es tal la deformidad y monstruosidad que la situación del pecador representa que, aun Platón, que era gentil y por tanto no tenía fe, la percibió con claridad al través de su perspicacia filosófica, y para darla a conocer a los que le leyeren, les refiere la fábula de Giges, que es famosa en la mitología pagana; fábula que reproduce Cicerón, al mismo propósito que su maestro, Platón. Dice, pues, Platón que habitó en Lidia un tal Giges, que era pastor, quien poseía un anillo que tenía la propiedad de hacerlo invisible a los que se hallaban presentes; lo cual le facilitó ocasiones para cometer toda clase de crímenes impunemente, y, por fin se hizo Rey de Lidia matando violentamente al Rey legítimo y natural; y concluye diciendo Cicerón, que el fin para que se compuso esa fábula, fué para dar a entender que aun cuando todos nuestros pecados pudieran ocultarse, no sólo a los hombres sino también a los mismos dioses, no por eso deberíamos cometerlos, por ser contra toda razón y justicia, aunque con ellos pudiéramos ganar todas las riquezas e imperios del mundo.

Así hablaba un filósofo gentil de la fealdad del pecado, en sí considerado, aunque no trajera consigo ni infamia ni castigo.

Y, ahora, añadamos nosotros que la razón, viéndose tan ultrajada por la rebelión de los apetitos inferiores, aliados con la voluntad complaciente, no puede dejar de hacer sentir el peso de su indignación, reconviniéndolos, a manera de juez severo, por la revolución que en la casa del alma han promovido, lo cual hace por medio de remordimientos de conciencia.

Otra de las fuentes de inquietudes interiores, que abre el pecado en el alma, es el temor de las penas eternas del infierno que por él ha merecido el pecador, y la pena que siente de haber perdido la gloria del Cielo, y el pensar que si muere en ese estado, y en cualquiera momento puede morir, le toca ir a arder en los braseros eternos, desterrado para siempre de la felicidad suprema. No importa que no vea con claridad la verdad de estas terribles realidades: basta la duda para inquietar su espíritu con los remordimientos.

Los remordimientos. ¿Qué son los remordimientos? Dios, en su infinita misericordia, no abandona jamás al hombre, por enormes que sean sus maldades, mientras vive en este mundo. La región de los abandonados de Dios es el infierno. Y, cuando ha agotado ya los demás recursos, dicho sea con perdón de su Omnipotencia, para hacerlo volver en

sí de sus extravíos, siempre le queda el recurso de los remordimientos, que son unos pesares que torturan su conciencia hablándole, unas veces, con el lenguaje de la fe, si todavía es creyente, otras con el de la razón, si no es creyente,

Esas interiores torturas son, en ocasiones, tan recias y formidables que se convierten en verdugos del obstinado pecador, y tan crueles, que no pocas veces se le hacen insoportables, hasta el punto de preferir las congojas de una muerte violenta a las congojas que le causan los remordimientos.

Los remordimientos pueden provenir o bien de la deformidad de las iniquidades que el pecador ha cometido, o del temor del formidable castigo que le espera, en la otra vida, si muere obstinado en el pecado. Antíoco, el ilustre, Rey de Babilonia, no creía en Dios ni en otra vida y, con todo, nos refiere la Sagrada Escritura que encontrándose de regreso en la capital de su monarquía, cayó en la enfermedad que lo llevó al sepulcro y, estando tendido en el lecho del dolor para espirar gritaba, devorado por los remordimientos que le causaba el recuerdo de las enormes maldades que perpetrara en Jerusalén. «Ahora me acuerdo, exclamaba, de las iniquidades que cometí en Jerusalén». (Mach., 6-12.

¿De dónde nacían los remordimientos en el ánimo de Antíoco, sino de la deformidad de las maldades que había cometido, y con

las cuales había inundado de sangre y de ruínas la ciudad santa de Jerusalén?

Judas, no pudiendo soportar los remordimientos que destrozaban su alma, producidos por el tético recuerdo del espantoso deicidio, al cual había cooperado tan eficazmente con el vil precio de la venta de su divino Maestro a los Sacerdotes, se colgó de un lazo, y se estranguló.

Mas a otros los remordimientos les vienen del temor del castigo que les espera en la vida futura por sus maldades, cuando se presenten ante el tribunal del Juez Supremo.

Voltaire fué aquel implacable perseguidor de la Iglesia; el que llamaba a Jesucristo el infame. Y Voltaire, a la hora de la muerte pidió confesión. ¿Por qué pidió confesión el terrible blasfemo, sino compelido por el terror que le causaba el siniestro espectáculo del fuego del infierno, cuya fe no había perdido, a pesar de sus maldades?

También pidió confesión Cavour, estando en los umbrales de la eternidad; Cavour, el grande Oriente de la masonería italiana; el que llevó los sacrílegos ejércitos de Víctor Manuel al asalto de la ciudad eterna en el año 1870.

E: que Cavour tampoco había perdido del todo la fe, e iluminado por los débiles fulgores que todavía brillaban en su alma, corroborados por los rayos de la infinita Misericordia, quiso con la confesión aplacar al

Juez Eterno, y con el Juez Eterno los remordimientos que el temor de su suerte futura producía en su conciencia.

Bien, pues, nos parece la gráfica expresión de aquel que llamó verdugos del corazón a los remordimientos; que verdugos son, y muy crueles, en ocasiones. Así lo entendieron también los hombres del paganismo, quienes representaban los remordimientos por tres furias que llamaban las tres Euménides, las cuales llevaban en las manos un azote durísimo para azotar a los delincuentes.

Mas estos verdugos no siempre son visibles, ni dan señales exteriores de su presencia. Hay grandes pecadores que, aun en el tiempo en que suelen atormentarles más cruelmente los remordimientos, aparentan tranquilidad interior. No los creas. Eso en un sér racional que piensa, no es moralmente posible, y nosotros que por razón de nuestro ministerio hemos de presenciar, a veces, casos semejantes, somos testigos de que la tranquilidad no es más que aparente.

No hay hombre, dotado de razón, que por más que haga alarde de su incredulidad y, aun de su ateísmo, tenga un argumento convincente de que no existe un Sér Supremo, Criador y Gobernador de cuanto existe. Estúpido llama Cicerón, al que dice que no hay Dios — *Vecors* —. Ateos prácticos que obran, como si no existiera Dios, hay muchos: ateos teóricos, que estén convencidos de que Dios no existe, no hay ninguno, ni

puede haberlo, conforme enseña la sana Filosofía.

Luego, si un ateo, al menos al través de la penumbra de la duda, no puede dejar de creer en la existencia de Dios, y aun en la de un Dios justiciero, el cual, si tiene reservados premios para los buenos en la vida futura, también ha de tener reservados castigos para los malos, ¿cómo podrá dejar de sentir el aguijón del remordimiento, él, que tantas deudas tiene pendientes con la Justicia divina?

Artículo VI

LA GRANDE ILUSION HUMANA, FUENTE COPIOSA Y PERENNE DE GRANDES TURBACIONES

Es, en efecto, una ilusión causante de grandes turbaciones, la creencia común de que los bienes terrenales tienen capacidad para aquietar los anhelos que siente el corazón de tranquilidad y, a pesar de las enseñanzas de la experiencia que demuestran todo lo contrario, la ilusión sigue dominando en las humanas generaciones, con una universalidad y tiranía, que no tiene igual en la historia de las ilusiones.

No se comprende cómo puede haber un solo hombre, en quien no se haya eclipsado, hasta el último destello, la lumbre de la razón, que no abrigue el convencimiento de la inutilidad de sus esfuerzos para encontrar la paz del espíritu en unos bienes que, por su naturaleza, son impotentes para proporcionársela. Y ¿en dónde radica esta impotencia? En su carácter de bienes finitos. Por donde, es evidente que siendo finitos por naturaleza — sólo Dios es infinito — han de carecer de capacidad para saciar las aspiraciones del corazón humano, el cual, si bien es también finito por naturaleza, tiene aspiraciones a lo infinito.

Bien puede el avaro dar fe de esta verdad, quien después que ha entrado en su casa una millonada, siente el corazón agujoneado con nuevos anhelos de adquirir otra y otra millonada, sin que basten todos los millones del mundo, no diremos para apagar su sed de oro, pero ni para templarla, siquiera. Lo mismo se diga del sensual en el goce de los placeres, y del soberbio en el goce de los honores.

¿De dónde nace esa multiplicación de centros de recreo que aparecen todos los días, sino de esa ansia insaciable de gozar, que siente el pobre corazón humano, el cual, no satisfecho con el goce de unos mismos placeres, por largo tiempo continuados, busca alivio al aburrimiento en la variedad de otros que le ofrecen nuevos estimulantes al apetito.

Famosas son las palabras de San Agustín, a este propósito. ¡Ah!, Señor, dice, nos diste un corazón tan noble que no halla en este mundo nada que pueda satisfacer sus aspiraciones, si no eres Tú, Sér altísimo, con tu capacidad infinita. «Fecisti nos ad te, Domine, et inquietum est cor nostrum donec requiescat inte».

Aun mejor que Agustín expresa esta verdad Salomón. Salomón fué un Rey famosísimo en la Sagrada Escritura, que ni en riquezas, ni en poderío tuvo igual.

Pues bien; ese hombre tan celebrado por la fama, que reunía en su persona todas las circunstancias que humanamente se pueden desear para llevar a cabo sus aspiraciones, valióse de los poderosos medios de que disponía, para probar hasta qué punto llegaba la capacidad de los bienes terrenales: riquezas, honores, placeres, para satisfacer las ansias de paz que sentía su corazón, y, después de haber hecho la prueba, nos hace saber que en todo ello no halló más que vanidad y aflicción de espíritu. «Vidi cuncta quae fiunt sub sole, et ecce universa vanitas et afflictio spiritus». ¿Es posible... que aun el Rey Sabio fuere víctima de la común ilusión?

Y conviene hacer notar aquí que no consta que por ese tiempo en que hizo una declaración tan solemne de la incapacidad de los bienes terrenales para aquietar los anhelos del humano corazón, hubiese ya prevaricado Salomón, entregándose desenfrenadamente al

goce de placeres sensuales, en extremo vituperables; por lo tanto, en este pasaje que comentamos del apetito de goces materiales, se prescinde del desorden moral que le da el carácter de vicioso; de donde se sigue que la aflicción de espíritu o desasosiego interior, provenía en él de la impotencia de los bienes de esta vida para satisfacer las ansias de gozar que atormentaban su espíritu.

Ahora, si a la incapacidad de los bienes terrenales para aquietar los apetitos se agrega el desorden moral, que llevan siempre adherido los apetitos viciosos, habrá que recargar la inquietud y desasosiego que provienen de la naturaleza de los bienes apetecidos, con la inquietud y desasosiego producidos por los remordimientos de que hablamos en el artículo precedente.

Sólo hay un medio para armonizar la incapacidad de los bienes terrenales con las aspiraciones del corazón, el cual medio está dotado de un poder maravilloso para enfrenarlas en sus tendencias a lo infinito, de modo que estén siempre contentas y en sosiego con la posesión de los bienes adquiridos. Este medio se llama virtud. Sí, la virtud es el único medio armonizador de la incapacidad de los bienes finitos con las aspiraciones a lo infinito del corazón, para producir la paz del espíritu; porque la virtud tiene su raíz y fundamento en la conformidad con la voluntad divina. Por eso los santos, que son los corazones más virtuosos, jamás pierden

la paz y tranquilidad de espíritu, ni aun en medio de las mayores privaciones de los bienes terrenales. Siempre que falta ese poder moderador divino, aun en el supuesto de que el apetito de bienes terrenales no esté contaminado con el desorden moral, ha de sobrevenir, forzosamente, la inquietud y turbación.

¿Véis a ese joven que se arranca a los brazos maternos, anegados en lágrimas los ojos e inundado de amargura el corazón, que parece saltársele del pecho, empujado por las vehementes palpitations que lo agitan? ¡Pobre joven! Se dispone para acometer una empresa de titanes, yendo en busca del misterioso talismán que, a través de sus dorados ensueños, hace tiempo viene vislumbrando y acariciando.

El dice que va a América para hacer fortuna, y entiende que la fortuna será un hecho, cuando haya allegado un montón de oro que venga a sumar unos cuantos centenares de miles de duros. Pero eso no es más que el medio. El fin que, sin él advertirlo, se propone; no es adquirir el montón de oro, sino el sosiego, la paz del alma, vehementemente perturbada por uno de los apetitos más turbulentos, que se llama avaricia.

Esta fiera inhumana le ha dado a entender, con los incesantes rugidos con que atormenta su corazón, que no ha de darle reposo hasta que haya lanzado a su voracidad el montón de oro que la patria ingrata le nie-

ga; y el joven, aguijoneado por el anhelo de vivir en paz con el apetito de enriquecerse, emprende el viaje a América, donde espera encontrar más facilidades para satisfacerlo, cumplidamente.

Y para eso, qué de sacrificios no ha de afrontar... Ha de dar un adiós, acaso eterno, a una madre amantísima; a unos hermanos y amigos entrañables... un adiós al hogar bendito, donde deja un mundo de inolvidables recuerdos; un adiós a la patria querida.

Con el corazón destrozado por el dolor, sube a un frágil leño que, en alas del vapor y al través de las olas tranquilas, a trechos, y amotinadas por el huracán, a veces, arriba a playas remotísimas.

Ya se pasea por las tierras afortunadas, objeto de sus ensueños, con ánimo de consagrar de día y de noche todas sus energías a cavar en la mina que guarda en sus profundidades el codiciado tesoro de sus ilusiones, que ha de hacerle feliz.

Fuera pesimismo. Ha dado con él, afortunadamente, y regresa a la patria con trescientos mil duros; pero su hallazgo le costó treinta años de rudas penalidades y, como contaba veinte, cuando abandonó el solar de la patria, pesa sobre su cabeza la nieve de muchos inviernos, cuando llega a gozar, en compañía de la familia, del fruto de sus sudores.

Llega, además, tan extenuado del campo de batalla, que le es forzoso invertir parte de

sus caudales en regenerar la sangre empobrecida y, como Dios ha bendecido su unión conyugal con dilatada prole, y por añadidura fracasó un negocio en que tenía colocados cincuenta mil duros, comienza a advertir que los trescientos mil, a costa de tantos sacrificios allegados, no le proporcionan la tranquilidad de espíritu tan suspirada, no apareciendo por ningún lado las paces que pretendía ajustar con su implacable enemigo, la avaricia.

Y es que la paz no se obtiene transigiendo con las pasiones, sino combatiéndolas con energía. «Resistendo, igitur, passionibus invenitur vera pax cordis, non eis serviendo», escribió aquel gran conocedor del corazón humano, llamado Kempis.

¡Oh libro de oro! libro admirable... tú eres la verdadera América del alma, que oculta en sus regiones espirituales el inestimable tesoro de la paz. Dichosos los que con el azadón de la meditación atenta cavan en estas profundidades para enriquecerse con él.

Artículo VII

LAS PASIONES Y LA TURBACION

Las pasiones... He aquí una palabra, cuyo verdadero significado está todavía por definir con precisión y claridad la ciencia, a

pesar de que ha sido tema de muchos y doctos escritos. Hemos leído varios de éstos, y nos ha asombrado no haber encontrado dos escritos que convengan en una misma definición.

Vamos, pues, nosotros a formular la nuestra, en la que condensaremos los conceptos contenidos en algunas de las que nos han parecido más conformes con lo que, a nuestro parecer, debe de ser la pasión considerada, especialmente, como fuente de perturbaciones.

La pasión, según nuestro leal modo de entender no es otra cosa que «un excitante del apetito sensitivo que lo estimula, con cierta vehemencia, a conseguir su objeto propio». Nos parece que calumnian a las pasiones los que las califican de malas, absolutamente, como si la maldad de ellas estuviera en su misma esencia. No es así: las pasiones de suyo no son buenas ni malas, moralmente consideradas. ¿Qué moralista hay, medianamente aprovechado, que no sepa que la raíz de la moralidad de nuestras acciones está en la voluntad?

Esta, pues, será la criminal, cuando la pasión eche por malos caminos, no la pasión misma; ya que cuando la pasión intenta echar por mal camino, a la voluntad toca resistirla y enfrenarla para que no precipite al alma en el abismo del pecado.

Y no vale decir que la pasión es, en ocasiones, tan vehemente en el hombre que no hay fuerza poderosa para resistirla. San Pa-

blo no lo creyó así, al escribir aquellas palabras tan consoladoras para los tentados: «*Omnia possum in eo qui me confortat*». Esto es: que con la gracia de Dios todo lo podemos.

Cuando la pluma plaga un libro de barbaridades, ¿a quién damos la culpa? ¿a la pluma o al escritor que manejó la pluma? Y en el escritor, ¿quién es el culpable? ¿la pasión que le impulsó a escribirlas, o la voluntad que lo consintió? Como la pluma no fué más que el instrumento, tan dispuesto a escribir excelencias de la virtud como escribió iniquidades; así hay pasiones que empujan el hombre al abismo de la iniquidad, como lo empujarían a la cumbre de la santidad, si por este lado la hubiese inclinado una voluntad firme y noblemente intencionada.

Más diremos: ningún héroe hubiera dejado brillante estela de su paso por este mundo, si no hubiese sentido el estímulo de la pasión por la gloria; o mundana, si el héroe fué un mundano, o divina, si el héroe fué de raza divina. ¿No era San Pablo un apasionado por hacer triunfar el nombre de Jesucristo en todas las naciones del mundo? Si hubiese latido en su pecho un alma fría, reposada, aunque santa, pero no apasionada, seguramente no hubiera inmortalizado su admirable apostolado.

Mas, como de la pasión por la difusión del bien han salido los grandes Santos, también de la pasión por la difusión del mal han

salido los grandes criminales. De la pasión del odio contra el nombre cristiano salieron aquellos monstruos de crueldad, conocidos con el nombre de Nerón... Diocleciano... De la ambición desenfrenada por ser el amo de Europa, salió aquel bandolero de tronos y Reyes, llamado Napoleón.

No nos parece mal el símil que leímos, no recordamos donde, en el que el autor compara el alma a un coche, las pasiones a los caballos que tiran del coche y la razón al cochero que sujeta con las riendas a los caballos? Y pregunta el autor: ¿qué sería del coche y de los caballos briosos sin el tino de un hábil cochero que, por medio de las riendas, los enfrena y dirige, para que coche y caballos no vayan a dar en un despeñadero?

Así, al hombre de grandes pasiones, sino está dotado de una razón poderosa, asistida por una voluntad firme, no le toca otra suerte que despeñarse de abismo en abismo, en el camino de la maldad.

Lo que, sobre todo, corre peligro, cuando la pasión se desenfrena, saliendo de los dominios de la razón, es la paz y tranquilidad del espíritu. Nos place copiar aquí las palabras con que un escritor describe los terribles efectos de las pasiones, cuando corren sin freno a la consecución de su objeto.

«Los efectos de la pasión son muchísimos, dice, y de consecuencias terribles y fatales. La pasión saca al hombre fuera de sí y,

hasta cierto punto, le paraliza la voluntad; en el mismo cuerpo se engendran por conmoción, producida en él por la pasión, modificaciones especiales: alteración en la circulación sanguínea, trastornos en el sistema nervioso, enfermedades y graves desórdenes y, sobre todo, la pasión desenfrenada degrada al hombre, lo esclaviza y envilece, le atormenta y tortura el corazón.

Es por tanto, de la mayor importancia, cuando se trata de las pasiones, conocer los remedios más eficaces para atajar su desarrollo vicioso, antes que éste se inicie, y para reprimirlas y dominarlas, si ya se han desarrollado.

El sentir atractivo a un placer, o el experimentar aversión a un objeto, no depende de nuestra voluntad; pero sí que depende de nuestra voluntad el resistir o el ceder tolerando que se convierta en movimiento pasional-vicioso, aquella natural inclinación; mas, si se advirtiese que la pasión ha tomado ya un incremento notable, será preciso acudir a remedios muy eficaces para evitar las fatales consecuencias, como sería: sujetar la imaginación a la razón; huír de todo cuanto pueda excitar e inflamar la pasión; como lecturas malsanas, reuniones a las que concurren cierta clase de personas livianas y, sobre todo, evitar la presencia del objeto que alimenta, real o imaginariamente la pasión y la excita.

Mas, entienda el que se siente solicitado

por la pasión, que todo el esfuerzo debe dirigirlo, no a arrancarla de raíz, sino a encauzarla, según los dictámenes de la razón, para ser dueño de todas cuantas fuerzas ha puesto Dios en manos del hombre, a fin de que le ayuden a conseguir su último fin.

Acuérdate, lector, de los caballos briosos que, así pueden precipitarte en la profundidad del abismo, como llevarte con celeridad vertiginosa al término del viaje. Todo depende de la habilidad del jinete.

Acuérdate, sobre todo, de que la pasión mal dominada, es uno de los manantiales más fecundos de perturbaciones interiores; pues, se convierte en un verdadero tirano que avasalla por completo a su víctima. Avasalla sus pensamientos, no consintiendo que piense en otra cosa que en el objeto que la halaga y apasiona; avasalla sus afectos, para que no desee ni ame otra cosa que el ídolo de sus amores; todo lo cual produce en la víctima un estado de extremada violencia, que se exacerba más y causa mayores inquietudes, después que se ha satisfecho. El único medio de vivir en paz con las pasiones, es resistirlas varonilmente, quitándolas toda esperanza de salir con la suya.

«Resistendo igitur passionibus, dice el Kempis, invenitur vera pax cordis, non eis sirviendo».

Artículo VIII

PAZ A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD.
— LA PAZ DEL EVANGELIO Y LA PAZ DEL
MUNDO. — LOS HEROES DE LA PAZ. — LA
VIRTUD, FUENTE UNICA DE VERDADERA PAZ.

¿Quiénes son los hombres de buena voluntad en favor de los cuales trajo la paz del cielo el Niño de Belén, según lo cantaron los Angeles, la noche de su Nacimiento? «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad».

Evidentemente los hombres favorecidos con la paz que trajo del cielo el Niño de Belén, han de ser todos los que están revestidos del espíritu del divino Niño; los que, por consiguiente, imitan los ejemplos, que nos dió; abrazan y practican la doctrina que nos enseñó. Luego, para gozar de la divina paz propia de los discípulos de Jesucristo, hay que copiar en la conducta sus ejemplos y profesar, fidelísimamente, su doctrina. Es una ilusión funestísima buscar en otra parte el tesoro de la paz.

Según ésto, la primera fuente de paz brotó, abundantísima, en la cueva de Belén de entre las pajas del pesebre y los pañales con que envolvió los miembros del divino Infante su Madre.

¿Véis con qué pobreza tan extremada aparece en el mundo?... qué mortificado... qué humillado... Esas, pues, esas son las fuentes prodigiosas de la paz en las que han venido a beber, y continúan viniendo, los hombres de buena voluntad.

¡Oh; y qué dulce y saludable es penetrarse bien de la sabiduría que encierra el espectáculo que ofrece el Niño de Belén, recién nacido. Este Niño nace Dios; pues, en su nacimiento se cumplen con precisión pasmosa todas las profecías en que, siglos antes, los inspirados vates de Israel describen las principales circunstancias de su advenimiento al mundo. Miqueas, ocho siglos antes, anuncia que nacerá en Belén de Judá, y en Belén de Judá nació; Isaías, siete siglos antes, predice que nacerá de madre virgen; y su Madre permaneció virgen antes del parto, en el parto y después del parto. Daniel señaló el tiempo de su aparición, entre los hombres, con cinco años de diferencia. Luego el Niño de Belén nace Dios.

Si nace Dios, ningún poder pudo imponerle las circunstancias de su nacimiento. Si nace pobre, rodeado de asperezas y humillaciones, El lo ha escogido, voluntariamente. En su mano estaba nacer en espléndido palacio, labrado por manos angelicales. ¿Qué fin, pues, hubo de tener en escoger estas circunstancias? El doble fin que cantaron los Angeles en su Nacimiento: difundir la gloria de Dios entre los hombres y proporcionar la

paz a los de buena voluntad. Dejemos a un lado el primer fin de la gloria de Dios, para fijar la atención en la paz, que es nuestro asunto.

No hay que demostrar, porque es evidente, que al señalar el divino Infante de Belén las verdaderas fuentes de la paz, no pudo equivocarse; pero estas fuentes son la pobreza, la mortificación y las humillaciones; luego aquí las hemos de encontrar, por más que la sensualidad y la soberbia, y el mundo con ellas, se empeñen en persuadirnos lo contrario. El mundo nos engaña y miente, cuando intenta persuadirnos que el bienestar del hombre se halla en el goce desenfrenado de los bienes materiales, Dios ni puede engañarnos ni engañarse, cuando nos enseña todo lo contrario. Así discurre San Bernardo.

Ved porque al despedirse Jesucristo de sus discípulos, en el momento de remontarse a los Cielos, les asegura que la paz que les deja, como recuerdo de su despedida, no es la paz que da el mundo a los suyos, sino que es una paz propia suya: «*Pacem relinquo vobis, pacem meam de vobis; non quomodo mundus dat, ego do vobis*». Porque la paz de Jesucristo es fruto del ejercicio de las virtudes; de la humildad y mansedumbre, especialmente, como lo declaró en uno de sus sermones: «*Aprended de mí, dijo a sus oyentes, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas*».

¡Pobre soberbio! y, ¿cuándo ha saboreado el corazón del soberbio las dulzuras de la paz? Y ¿qué sabe de la paz el avaro? Y, ¿qué es el corazón del sensual sino un volcán de ardores concupiscentes, que no lo dejan en paz, ni de día ni de noche? Porque, el soberbio y el avaro y el sensual, sienten el torbellino de los deseos violentos que los perturban, antes de conquistar los bienes que apetecen; les atormentan los temores de perderlos, cuando los han adquirido; y, es cruelísima la tortura que maltrata su corazón, cuando un revés de fortuna se los ha arrebatado.

Y es tan exigente el orgullo, pongamos caso, es una fiera tan insaciable, que si le falta uno solo de los bocados que apetece, muérdele rabiosamente el corazón la interior congoja.

Amán era el primer favorito de Asucro, rey asirio, tan omnipotente como su Señor; pues, nada se hacía en toda la vasta monarquía sin su consejo. Recibía las adoraciones de todos los vasallos del gran Rey. Sólo le faltaban las adoraciones de uno; de Mardoqueo. El noble judío jamás quiso abatir la frente ante el altivo favorito, aunque no ignoraba el peligro que corría su vida. El desdén del pobre cautivo causaba a Amán una pena tan profunda, que le hacía olvidar todas las satisfacciones que le producían las adulaciones de todos los demás súbditos de la monarquía; y, tan intenso

era el pesar que ni comía, ni dormía y lloraba como un nene a quien la madre castigó la golosina, negándole un confite.

En cambio, el corazón de los humildes, de los pobres de espíritu, de los que tienen a raya los apetitos sensuales, es un templo de paz que ninguna contrariedad es poderosa para perturbar. No lo dudes, lector amigo; la paz, ese tesoro que no tiene precio, está alojado, ¿sabes en dónde? En el corazón de los santos... porque los santos no cultivaban en su interior ningún deseo desordenado, de esos que no es posible satisfacer cumplidamente, sino que todos sus deseos, limpios de las inmundicias de la tierra, iban enderezados al cielo, donde hallaban entera satisfacción, cuanto cabe la satisfacción en corazones que palpitan en el destierro, todavía.

Unos conservaban inalterable la paz, en las enfermedades; entre las privaciones de la pobreza; cuando eran perseguidos por el mundo. San Pablo nos hace saber que, «no sólo no perdió la paz en las muchas y grandes tribulaciones por que pasó, sino que rebotaba de contento cuando le apedreaban, cuando le azotaban y cuando arrastraba las cadenas en los tétricos calabozos».

San Esteban rogaba, tranquilamente, por los verdugos mientras le apedreaban: San Lorenzo, estando tendido sobre las parrillas rusientes, dijo al tirano: «ya puedes volverme del otro lado, que éste ya está a punto para comerlo». San Vicente, mártir,

provocaba al tirano, que con puntas aceradas trituraba su cuerpo, a que inventara nuevos géneros de tormentos, que los hasta entonces sufridos, le parecían rosas.

Por donde se ve que las piedras en Esteban y el fuego en Lorenzo y los garfios en Vicente, que tuvieron poder para arrancar el alma de su cuerpo, entre tormentos acerbísimos, no lo tuvieron para llegar hasta las profundidades de su espíritu, y arrebatárles el tesoro de la paz, que en ellas tenían escondido.

¿No merecen éstos y otros millones de mártires, que son corona y gloria del Catolicismo, con otros millones de santos y otras almas que han llevado a la cumbre de la perfección evangélica la práctica de las virtudes cristianas, el glorioso renombre de héroes de la paz?

Porque, si penetras en el apartamiento de los desiertos, y entras en la soledad de los monasterios, hallarás almas valientes de anacoretas y monjes y varones y mujeres consagrados a Dios, quienes, en medio de unas austeridades, cuyo solo relato hace estremecer de espanto la carne flaca, cultivaron el tesoro de la paz con un esmero tal que nunca... jamás... dejaron llegar hasta él los vientos de la turbación; no sólo para arrebatarlo, pero ni siquiera para alterarlo. Lee atentamente las vidas de estos héroes de la paz y verás que no exageramos.

Dirás: es que esos ejércitos de valientes

eran unas almas privilegiadas, que militaban bajo las banderas de la santidad... Así es; pero eran hijos de Adán como tú; eran hombres de carne y hueso como tú y, como tú, estaban sujetos a las pasiones, y, muchos de ellos, antes de emprender la carrera de la santidad, fueron más pecadores que tú. No desesperes, pues; que lo que ellos hicieron, también lo puedes hacer tú.

Porque, si bien la paz; esa hija del cielo que Dios trajo a la tierra para desposarla con los hombres de buena voluntad, busca los desiertos, con preferencia al bullicio de las grandes ciudades... y las cavernas de los anacoretas y los cenobios de los monjes, con preferencia a los tronos de los reyes; y la cabaña del pobre preferentemente al palacio del magnate; has de tener entendido que la preferencia no la merecen, ni el desierto, por ser desierto, ni el monasterio, por ser monasterio, ni la cabaña, por ser cabaña; sino porque esos sitios reúnen circunstancias más favorables al cultivo de esta planta divina; pues, como ya hemos indicado otras veces, la divina planta de la paz no se aclimata en todas partes; exige un terreno especial, y ese terreno es el corazón humano, limpio de toda mala hierba que, en términos propios, llamamos aficiones desordenadas a los bienes terrenales.

Pues, conviene que tenga bien entendido el caro lector que, ni las riquezas son de suyo un obstáculo para la aclimatación de

la divina planta, ni los placeres, ni los honores, sino la afición desordenada a las riquezas, que se llama avaricia; la afición desordenada a los placeres, que se llama sensualidad; y la afición desordenada a los honores, que se llama soberbia. Quitada de todas esas aficiones el desorden moral, y tu corazón será campo abonado para que florezca en él la bendita planta de la paz.

¿Por ventura no era rico, y muy rico, Abrahán; y San Luis, Rey de Francia, y San Fernando, Rey de España no ocupaban los tronos más gloriosos de Europa? Y, no obstante, es un hecho indiscutible que tanto el venerable Patriarca de los creyentes, como los dos esclarecidos Monarcas, cultivaron con singular esmero la divina planta. Abrahán, en medio de sus riquísimas posesiones; San Luis y San Fernando en el esplendor de sus tronos. Y es que Abrahán no tenía afición desordenada a las riquezas que poseía, estando dispuesto a quedarse pobre, si Dios así lo disponía; y San Luis y San Fernando ninguna afición desordenada tenían a la diadema real que adornaba su frente, estando asimismo dispuestos a bajar del trono, siempre que así lo exigiera la voluntad de Dios, exclamando con el santo Job, después de haber perdido las inmensas riquezas que poseían:

«El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó; sea su santo Nombre bendito».

Artículo IX

EL KEMPIS Y LA PAZ. — UN RAMILLETE DE SENTENCIAS DEL KEMPIS SOBRE LA PAZ

Te vamos a proponer, amigo lector, un verdadero ramillete ascético-místico de preciosísimas sentencias sobre la paz, entresacadas de algunos capítulos del admirable librito del Kempis, en cuyas páginas han depositado tantas lágrimas los que lloran, y de cuyas máximas que, tan profunda como eficazmente hablan siempre al corazón del lector, han sacado tantos alientos los abatidos por la adversidad y los oprimidos por la tentación, para llevar la cruz sin desfallecimientos aquellos, y resistir varonilmente a los enemigos del alma, éstos.

Tiene, sobre todo, sobre la paz un conjunto de máximas, diseminadas acá y allá, tan profundas, tan luminosas, tan adecuadas a las exigencias del humano corazón que, ni que hubiesen llovido del cielo sobre aquellas páginas de oro.

Te invitamos a que no te contentes con leerlas, someramente, sino que las medites, con toda atención, porque el Kempis es un libro que no se ha escrito para ser leído, sino para ser meditado; y te damos palabra de que en sus páginas hallarás escondido

el precioso tesoro, en cuya busca andamos, si cavas en ellas con el azadón de la meditación atenta.

La obrita está dividida en cuatro libros, que son como cuatro peldaños de la escala de la perfección para subir a su cumbre. No busques en ellos primores del arte literario, porque el interés y sublimidad de los pensamientos que expone, no necesitan de fútiles adornos para resultar apetitosos a los paladares que anhelan alimentarse de manjares sólidos.

Dice en el libro primero, capítulo once, número 1º: «De mucha paz gozaríamos, si no nos preocupáramos tanto por lo que dicen y hacen los demás». Cuánta verdad es esa, que nuestras turbaciones provienen, no pocas veces, de meternos en lo que no nos importa, con vanísima curiosidad. Dejemos a los de la casa ajena en paz y cuidemos más de la nuestra.

«¿Cómo quiere vivir en paz, mucho tiempo, el que se entremete en cuidados ajenos y busca ocasiones exteriores de distraerse y tarde o nunca se recoge dentro de sí?» «Bienaventurados los sencillos de corazón porque tendrán mucha paz». No seas, pues, malicioso, echando a mala parte los dichos y hechos de tu prójimo. Sé sencillo y piensa bien de todos, en cuanto sea posible. Entiende que aquella máxima que tan frecuentemente se oye: «Piensa mal y no errarás», es tan mundana como poco cristiana. La verdadera-

mente cristiana es esa otra : «De nadie debe pensarse mal sin motivos sólidos.

«Siempre que el hombre apetece algo desordenadamente, al instante experimenta la inquietud». ¿No eres por ventura tú mismo, caro lector, testigo de esta gran verdad? Y si la inquietud interior no se siente al instante mismo del desorden en el apetito, tarde o temprano se sentirá, pues el remordimiento es la sanción o pena decretada por Dios al pecado o desorden moral, en los seres racionales.

«El soberbio y el avaro no saben lo que es paz». Lo hemos probado en artículos precedentes, que estos dos vicios, sobre todo, son los grandes enemigos de la paz; y persuádate bien de que mientras anide en tu corazón uno de estos vicios, debes renunciar, absolutamente, a gozar de las dulzuras de la paz, reservadas, tan sólo, a los pobres de espíritu y humildes de corazón, como dice, a continuación, el mismo Kempis.

«El pobre y humilde de espíritu viven en la abundancia de la paz».

Y en otro versículo del mismo capítulo escribe esta otra sentencia, que nosotros aconsejamos a todos los que van en busca de la paz, graben profundamente en la memoria y hagan de ella asunto frecuente de sus meditaciones, para que ajusten a ella la norma de su conducta.

«Resistendo, igitur, passionibus invenitur vera pax cordis, non eis serviendo», que

quiere decir: La verdadera paz del corazón se halla resistiendo a las pasiones, no condescendiendo con ellas.

Y en el capítulo 42 del libro tercero añade esta otra, también de oro: «Hijo, dice, si cifras tu paz en alguna persona, porque te place su trato y amistad, estás en constante peligro de perderla». Es claro; quien se fía de las amistades humanas, cuando menos lo espera le harán traición, estando como están, comúnmente fundadas en el egoísmo; de ahí la enérgica expresión del Espíritu Santo, que llama «Maldito al hombre que confía en otro hombre».

Sólo hay una amistad verdadera, sólida e invariable, en la cual puede descansar nuestro corazón, absolutamente; la amistad divina, nos dice en el mismo lugar Kempis; pues las amistades humanas, al menos llevan inherente esta negrísima nota, inseparable de ellas; que se han de acabar con la muerte del amigo y, entonces, el dolor de la pérdida es proporcionado al amor que le profesábamos. «No se deja sin dolor lo que se posee con amor». En el capítulo 28 del libro tercero dice: «No hagas depender tu paz de lo que digan los hombres, considerando que cualquiera que sea la interpretación que den de tus obras, no por ello serás otro de lo que eres». Lo que soy delante de Dios, eso soy, y nada más, decía un Santo. Procura obrar bien, con rectitud de intención de agradar a Dios y ríete de lo que digan de

ti los hombres. Nada hay tan vano como la opinión humana. «Solo en Dios hallarás la gloria y la verdadera paz». «El que no desea ni agradar a los hombres, ni los teme, gozará sin duda de grande paz...» Examínate y verás que así el deseo vano de agradar a los hombres como el temor de desagradarlos, son una fuente perenne de perturbaciones de espíritu, porque no siempre que lo pretendas conseguirás agradarles y cuántas veces, a pesar tuyo, les desagradarás? A Dios has de agradar, lo cual está siempre en tu mano conseguir, con los auxilios de la divina gracia. Y, no olvides lo que ya en otra ocasión te dijo nuestro admirable Maestro, el Kempis, «que todas las inquietudes del corazón provienen del amor desordenado a los bienes y del vano temor a los males».

Artículo X

OTRAS CUATRO SENTENCIAS ADMIRABLES DEL MISMO AUTOR SOBRE LA PAZ

Vamos a señalar con el Kempis cuatro fuentes más, de las cuales manan los arroyos de paz más límpidos y abundantes que en lo humano es posible, pero tememos que al conocerlas te vayas a espantar, caro lector, ante las dificultades que se te presenten,

para remontar hasta ellas el vuelo del alma. Porque el Kempis las abre en las alturas del monte de la perfección, a donde sólo llegan las almas valientes, que van derechamente a la realización del ideal que constituye el objeto predilecto de sus amores, sin reparar en sacrificios.

Si tú, lector amigo, tienes la dicha de figurar en esa raza selecta de valientes, lee este artículo que para ti escribimos, y te damos palabra de que, si hasta ahora no has saboreado las dulzuras de la paz, las saborearás en adelante con toda la plenitud que es posible al pobre desterrado hijo de Eva.

He aquí las cuatro fuentes.

Primera: «Procura hacer antes la voluntad de otro que la tuya».

Segunda: «Escoge siempre tener menos que más».

Tercera: «Busca siempre el lugar más bajo y está sujeto a todos».

Cuarta: «Desea siempre y ruega que se cumpla en ti la divina voluntad».

Estas cuatro máximas las pone el Kempis en la boca de Jesucristo, quien las dirige al alma y, a la verdad, son dignas de aquella sabiduría infinita, que tan perfectamente conoce los secretos del corazón humano, y tan ardientemente desea disponerlo para enriquecerlo con la paz que trajo a los hombres de buena voluntad.

Y te diremos, además, que estas preciosas

máximas rezan, especialmente, con las almas que aspiran a la perfección, quienes para satisfacer más libremente sus nobles anhelos se han refugiado en el claustro, y en él se consagran al servicio de Dios, practicando las tres virtudes que encierran la esencia de la perfección evangélica, obligándose a ello con los tres votos de pobreza, castidad y obediencia.

Y podemos asegurarte que aquí, en el claustro, palpitan los corazones verdaderamente felices y, si algunos no lo son, la causa está en que no practican con fidelidad las cuatro máximas que vamos a comentar tan bien como nos dé Dios a entender.

Primera: «Procura hacer antes la voluntad de otro que la tuya». Para el religioso que bajo voto se ha obligado a obedecer a su superior, la observancia de esta máxima es una fuente copiosa de paz. Porque la perfección de la obediencia religiosa tiene tres partes; la ejecución y la conformidad de la voluntad y del juicio del súbdito con la voluntad y juicio del superior. Si el súbdito ejecuta con puntualidad lo que se le manda; si identifica su voluntad con la voluntad del superior, no queriendo sino lo que él quiere, y no queriendo lo que él no quiere, y si vive en la persuasión de que lo que el superior manda es lo que más le conviene; el corazón del súbdito, que así procede, será un templo de paz. Pues, la obediencia practicada con esta perfección, le libraré de todos aquellos cui-

dados que suelen preocupar al hombre, con detrimento del reposo interior, en que consiste la paz.

Porque, ¿qué vida más sosegada puede darse que la de aquel que no ha de preocuparse, ni por el vestido, ni por la comida, ni por la habitación, ni por el mobiliario, ni por los cargos que ha de desempeñar, pues ha descargado por la obediencia todos esos cuidados al superior, de quien recibe, como venido de la mano de Dios, todo cuanto acerca de esto disponga? Es claro que esa abnegación de la propia voluntad exige un gran sacrificio; pero no es menos claro que los frutos de esa abnegación son excelentísimos y, aquí viene como anillo al dedo aquello de que: lo que mucho vale, mucho cuesta. ¿No es así, caro lector? ¿No has oído decir que de los cobardes nada se ha escrito? Y vamos a la segunda máxima.

Segunda: «Conténtate siempre con lo menos: no aspire a lo más». Admirable máxima... ¡qué otra fuente de paz!... Qué feliz serías, si tuvieras firmeza de carácter para practicarla. Es una tremenda puñalada al mayor enemigo de la paz, que es la sensualidad. Al sensual nunca le satisface el placer que ha gozado; siempre aspira a otros más refinados. Y es claro; en ese deseo insaciable de mayores goces hay encerrada una fuente de perpetuas inquietudes, que le hacen desabrida la vida: pues bien, la máxima que comentamos cierra herméticamente

la boca de esa fiera impertinente. El hombre se acostumbra a todo, se ha dicho. También puedes tú acostumbrarte a pasar la vida con la menos cantidad de placer, no sólo conformándote con ello, cuando las circunstancias así lo exijan, sino también adelantándote con el deseo para que cuando por fuerza de las circunstancias te veas obligado a sufrir la falta de lo necesario, no experimente tu corazón ninguna contrariedad inquietante.

Todas las grandes almas, bien fundamentadas en la virtud, abrigan esta disposición, y están tan convencidas de que en ella tienen una fuente copiosa de paz que, para arraigarla más y más, van en busca de nuevas mortificaciones durmiendo en duro lecho, vistiendo pobremente, comiendo frugalmente y viviendo hasta en chozas dismanteladas y macerando sus carnes con duros azotes. ¡Ah! si supieras, tú, el bienestar interior que produce en ellos ese malestar exterior.

Nuestra vida presente está condicionada de manera que, de la ley ordinaria, no es posible alcanzar los bienes sin pasar por algunos males. Si quiere enriquecerse el comerciante, ha de sacrificar muchas horas de sueño, combinando planes y más planes para asegurar el éxito de los negocios que emprende y, si el labrador quiere llenar de trigo las trojes, ha de empapar, antes, de sudor la tierra, y el estudiante que aspira a ser una notabilidad en el ejercicio de la abogacía, ha

de pasar horas enteras de codos sobre los libros. Y para lograr el tesoro de la paz, que no tiene precio, ¿nos arredrará el sacrificio, por penoso que sea?

Tercera: «Busca siempre el lugar más bajo, y está sujeto a todos». Con esta tercera máxima el Kempis da otra estocada mortal al otro grande enemigo de la paz, que se llama soberbia o presunción.

El soberbio nunca está contento con el honor que ha conquistado. Su ambición es insaciable: si empuña la vara de alcalde, dijimos, aspira a una acta de diputado; cuando es diputado, aspira a ser ministro. Y como estos bienes fútiles, aun sumados todos en uno, son impotentes para satisfacer las aspiraciones del humano corazón, éste siempre siente hambre de encumbrarse más y más por los peldaños de la escala de la gloria.

Y, qué inquietud no causan en el alma esos anhelos insaciables de figurar..... El modo de acabar, de una vez, con esas inquietudes es aspirar a ocupar los puestos más humildes, en cuanto está de nuestra parte, considerando la estúpida vanidad del que pretende ocupar puestos elevados en la sociedad cercados, como están por todas partes, de peligros y erizados de espinas que, a vueltas de algunas satisfacciones, asaltan al corazón mil inquietudes.

No es de maravillar que hombres de tanto talento como los Ambrosios, los Crisóstomos,

los Basilius, los Celestinos y otros mil y mil, tan tenazmente se resistieran a aceptar las altas dignidades que se les ofrecían, y que no aceptaron, definitivamente, sino forzados por motivos superiores.

Cuarta: «Desea siempre y ruega que se cumpla en ti la divina voluntad». Ese es el verdadero broche, no diremos de oro, que eso sería rebajar su valor, sino divino, con que el Kempis corona su obra pacificadora. En efecto; el alma que, en todo, está sujeta a la voluntad divina, jamás sentirá la turbación, como no sea pasajera, y en cambio gozará de una paz... de un bienestar interior tan dulce que bien puede calificarse de feliz preludio de la paz que gozan los bienaventurados en el cielo.

¿Qué es lo que puede arrebatarse la paz a esa alma feliz? ¿La enfermedad? ¿la pobreza? ¿la humillación? ¿la calumnia? Nada de eso. Esta alma, empapada de fe, sabe muy bien que todos los males físicos nos vienen de Dios y que al probarnos con esos males de pena, no se propone otro fin que nuestro mayor bien. «Diligentibus Deum, omnia cooperantur in bonum». O se propone purificarnos del reato de la pena contraída por las culpas pasadas, o darnos ocasión de conquistar con actos de resignación y paciencia un trono elevado de gloria en el reino celestial.

Para rematar nuestro ascético-místico ramillete, reproduciremos, todavía, algunas sen-

tencias más, que se leen en el capítulo 25 del libro tercero de nuestro admirable Kempis. El título del capítulo dice: «En qué consiste la paz firme del corazón».

Jesucristo

Hijo, yo dije: la paz os dejo; mi paz os doy; y no la doy como el mundo la da.

«Todos desean la paz; pero no tienen todos el tino necesario para buscarla en las cosas en que está la verdadera paz.»

«Mi paz está con los humildes y mansos de corazón. Tu paz la hallarás en la práctica de la paciencia.»

«Si me oyes y escuchares mi voz, podrás gozar de mucha paz.»

El alma

«Pues, ¿qué haré.»

Jesucristo

«Considera, en todas las cosas, lo que haces y lo que dices y dirige toda tu intención a agradarme a mí solo, y no desear ni buscar nada fuera de mí.»

«Ni juzgues, temerariamente, de los hechos o dichos ajenos, ni te metas en lo que no te han encomendado. Así podrás lograr que, tarde o nunca, te turbes.»

«Porque, el no sentir alguna tribulación ni sufrir alguna fatiga, en el corazón o en el cuerpo, no es cosa de este siglo, sino propio del eterno descanso.»

«No creas, pues, haber hallado la verdadera paz, porque no sientes ninguna pesadumbre, y que eres muy bueno porque ningún adversario te combate, ni que está la perfección en que te suceda todo a sabor de tu paladar.»

El alma

«Pues, ¿en dónde está, Señor, la paz?»

Jesucristo

«En ofrecerte, de todo corazón, a la divina voluntad, no buscando tu interés en lo poco ni en lo mucho, ni en lo temporal ni en lo eterno.»

«De manera que con rostro igual des gracias a Dios, lo mismo en los sucesos prósperos que en los adversos, pesándolo todo con igual peso.»

«Si estuvieras tan firme en la esperanza que, quitándote la consolación interior, aún esté dispuesto tu corazón para arrostrar mayores penas, y no te justificares diciendo que no debieras padecer tanto, sino que me tuvieras por justo y alabares por santo, en todo lo que yo ordenare, ten la seguridad de que, entonces, andas por el recto y verdadero camino de la paz.»

«Y, si llegares al perfecto menosprecio de ti mismo, sábette que, entonces, gozarás de toda la abundancia de paz que cabe en este destierro.»

Artículo XI

¿POR QUE NONADAS NOS TURBAMOS?

A pesar de las razones de tanto peso con que hemos apoyado el soberano pensamiento incluído en el *Nada te turbe* de la incomparable letrilla teresiana; y con todo y no haber un solo lector medianamente sensato que, después de haberlas leído, no haya quedado profundamente convencido de que por nada de este mundo le conviene turbarse; lo más corriente es que los hombres por cualquiera nonada se turben, lo cual debería cubrir de vilipendio el rostro de ése que tan altanero ostenta engalanada la frente con el pomposo título de rey de la creación.

Por lo cual nos parece que, al lado de la famosa letrilla que Teresa de Jesús escribió para los valientes, *Nada te turbe, nada te espante*, no haría mal papel otra escrita para los apocados, que comenzara así: *Todo te turbe, todo te espante...* Porque, ¡válgame Dios! y por qué nonadas se turba y espanta la mayor parte del linaje humano... ¿Por una enfermedad penosa? ¿Por un revés de fortuna? ¿Por una persecución sangrienta? Nada de eso. Una palabrita desentonada desprendida, al acaso, de unos labios inconscientes..., un gesto que nos pareció despectivo..., una

amistad que nos abandona..., una ligera indisposición del cuerpo..., ¡oh! y, ¡cuánta ridiculez!

Y no pocas ridiculeces afean los timbres más esplendentes de gloria que en buena lid se habían conquistado el filósofo, el guerrero, y el orador insigne; y eso sucede siempre que la sabiduría del filósofo y el valor del guerrero y la elocuencia del orador no andan en armonía con el dominio completo sobre las propias pasiones. ¡Tanta verdad es que, sin la práctica de la virtud fundada en principios sobrenaturales, no hay hombres verdaderamente grandes!

Podríase escribir un libro, muy entretenido y en extremo interesante, titulado: «Pequeñeces de los grandes hombres»; mas con la advertencia de que entre ellos no habría de figurar uno sólo de los que ostentan la frente adornada con la aureola de la santidad; porque solos los santos son héroes intachables.

Aquella palabrita que ha desencadenado en tu alma una tempestad tan fiera, y cuyo recuerdo, a guisa de duende importuno, se presenta, a todas horas, en el umbral del santuario de tu memoria; es objeto constante de una labor intelectual que, realizada en el campo de las Matemáticas, ya hubiera resuelto el problema de la cuadratura del círculo...!

Y, ¿por qué me la dijo...? ¡No esperaba yo tal..., tan cortés con los demás..., y a mí decirme eso..., qué desengaño...! Pero, ¡Se-

ñor Dios del Cielo! ¿no sabes que aquella palabrita es la cosa más inofensiva del mundo? ¿No sabes que todo el sér de la palabra se reduce a una onda de aire formada por un movimiento de los labios que, haciendo vibrar el tímpano auditivo, ha introducido en tu inteligencia, acaso una bagatela que se ha antojado a un pobre hijo de Adán, tan falto de caletre como de mala intención?

Te turbas por una enfermedad que te molesta...; y eso que quedamos en que la mayor de las enfermedades es la turbación; para que te persuadas de que tu ligereza e inconsideración sólo sirven para multiplicar los mismos males que te turban. Todavía quiero hacer resaltar más lo insensato de tu conducta, en estas circunstancias, con un razonamiento tan sencillo como contundente.

Los males que nos turban, o están presentes, o han de venir todavía. Si están presentes, no los remediarás, ciertamente, con la turbación: la turbación, por el contrario, los enconará más. Si han de venir todavía, sólo tienen existencia en lo porvenir, que está en las manos de Dios, el cual nos exhorta, en los santos Evangelios, «que no nos preocupemos por el día de mañana». Además, el fundamento del día de mañana, ¿no es por ventura el día de hoy? Pasa, pues, en paz y tranquilidad el día de hoy, y tendrás echados los fundamentos para la felicidad de mañana.

Artículo XII

¿ERES POBRE? NADA TE TURBE

Apliquemos ahora la doctrina expuesta en los artículos precedentes a los casos prácticos de la vida, en que más se necesita acudir a las razones en que se apoya el «nada te turbe»; y confiamos en Dios que la aplicación práctica de la doctrina expuesta, será de resultados muy beneficiosos para los lectores oprimidos por alguna de las miserias que forman como el pan cotidiano de nuestra vida; pan que destila el acíbar amargo que tanto contribuye a hacer penosa nuestra peregrinación por este valle de lágrimas.

Distribuiremos en trece artículos las miserias de que vamos a tratar, y en cada uno de ellos apuntaremos las razones más eficaces que tenemos, para no abatirnos durante el tiempo que la divina Providencia tenga a bien hacernos gemir bajo el peso de ellas.

Estas miserias son: la pobreza, las enfermedades, persecuciones, falta de talento y otras cualidades naturales, pérdida de amistades, trastornos nerviosos, pérdida de la vida, reveses de fortuna, tentaciones, pecados, angustias de conciencia y sequedades de espíritu.

Ya se ve cuánto ánimo se necesita para

hacer triunfar el «nada te turbe» de nuestra letrilla, en todos estos casos.

Comencemos por la pobreza. En la pobreza podemos considerar dos cosas: la carencia de esos bienes de fortuna a que llaman riquezas, y las molestias a que nos somete la carencia de dichos bienes; y no hay que decir que la pobreza es para la generalidad de los pobres una cruz bastante pesada; pero cruz fabricada más que por la realidad de las cosas por la ilusión funesta; y como la ilusión se combate, eficazmente, hasta reducirla a la nulidad con razones sólidas, busquemos estas razones; meditémoslas atentamente, y seguramente al calor de la consideración atenta de ellas, se desvanecerá la funesta ilusión y desaparecerá en gran parte la cruz, hecha astillas.

Estas razones serán de dos órdenes: del orden natural y del orden sobrenatural.

Sí; la ilusión es el maléfico artífice que toma a su cargo hacer pesada la cruz de la pobreza, exagerando el valor de las riquezas y excitando la fantasía del pobre, a quien presenta la felicidad de los ricos con colores excesivamente vivos y, en cambio, le hace estimar como insoportables los males a que la falta de las riquezas le tiene condenado.

Toda exageración es mentira. La verdad, a semejanza de la virtud, está en el justo medio. No es verdad que las riquezas tengan el valor que la ilusión les atribuye. Tampoco es verdad que los males de la pobreza sean

tan intolerables como pregonan, por esos mundos de Dios, los esclavos del orgullo y la sensualidad. He aquí lo que nos conviene dejar bien afirmado.

Es cierto que las riquezas no sirven, antes bien son un estorbo, generalmente hablando, para que el rico alcance el bien principal por que suspira el corazón humano, cual es la paz y tranquilidad del espíritu. Y si para eso no sirven, ya se ve cuán despreciables son.

¿Habrán que demostrar una verdad, que tiene a favor suyo la razón, la experiencia y la fe? Porque la razón nos enseña que, entre las exigencias de nuestra alma y el bien contenido en las riquezas, hay una desproporción inmensa, ya que las riquezas son materia corruptible y el alma es un espíritu inmortal: por eso el avaro nunca está satisfecho con lo que tiene, sino que el oro que posee, más bien es un estimulante que exacerba su apetito de acrecentar sus caudales sin medida.

Y a la vista está lo que pasa con los poseedores de grandes riquezas. Su vida es un luchar constante de recelos, de temores, de odios y de envidias. No saben dónde colocar sus caudales, para tenerlos seguros de los mil y mil percances conocidos con los nombres de robos, quiebras, bajas de bolsa, etc.

Bien claro manifestó esto mismo el Espíritu Santo por la pluma de Salomón, al calificar las riquezas de «Vanidad de vanidades... y aflicción de espíritu». Si las riquezas tuvieran el valor que la humana ilusión les

atribuye, ¿cómo explicar el desprecio que de ellas hizo Jesucristo, verdad infalible; Maestro soberano de las naciones, que no pudo engañarse ni engañarnos, en todo cuanto nos enseñó?

Ya ves, pues, amado lector, cuán poco razonablemente obras, cuando te turbas porque no eres rico como aquel marqués, cuyos palacios suntuosos y elegantes vestidos han deslumbrado tus ojos, tantas veces; y, lo que peor es, han encendido en tu corazón el fuego de la envidia haciéndote exclamar acaso: ¡ah! si yo tuviera su fortuna, ¡qué feliz sería! Ilusión... La felicidad no habita en los palacios de los ricos, sino en las almas virtuosas, como está demostrado.

Considera, sobre todo, que si bien las riquezas no son buenas ni malas de suyo, en el orden moral, pues su bondad o malicia, en este orden, depende de la intención que a su uso preside, y es cierto que a muchos ricos el recto uso que han hecho de las riquezas les ha servido de pedestal para encaramarse a las alturas de la santidad; pero, hablando en general, está el abuso tan cerquita del uso que bien podemos afirmar que, casi... casi... se confunden en la práctica. Por esta razón, indudablemente, Jesucristo estaba tan severo cuando hablaba de los ricos, de quienes afirmó que era más difícil la entrada de ellos en el reino de los cielos, que el paso de un camello por el agujero de una aguja.

A este propósito, muy bien parece el pensamiento de un autor que dice: ¡cuántos millones de justos habitan hoy en el Cielo y navegarán, eternamente, por aquel mar de deleites infinitos, quienes llegaron al puerto inmortal, embarcados en el modesto esquife de la pobreza, los cuales no hubieran llegado, si se hubiesen embarcado en el espléndido buque de la riqueza!

En cambio, muchos hay en el infierno por el mal uso que hicieron de las riquezas en este mundo, a quienes la pobreza hubiera librado, seguramente, de aquellas sempiternas llamas.

Y tú, ¿te turbas porque careces de unos bienes que han llenado el infierno de precitos?...

Todo esto se comprende, perfectamente, con sólo fijar la atención en la facilidad que tienen los ricos de pecar, por la abundancia de medios que las mismas riquezas les proporcionan de fomentar toda clase de vicios, especialmente el orgullo y la sensualidad; los dos enemigos más terribles de la felicidad del hombre.

Y dicho ésto del primer aspecto, bajo el cual puede estudiarse la pobreza, es a saber: la carencia de riquezas, pasemos al segundo, de más importancia indudablemente que el primero, para el fin que nos proponemos. Este consiste en las privaciones a que el pobre está sujeto, así en el comer como en el vestir y demás cosas cuyo uso es, o indis-

pensable, o muy conveniente a la vida humana.

Veamos, aunque no sea más que rápidamente, las ventajas que están encerradas en estas penalidades, inherentes a la pobreza, y estamos seguros de que cualquiera lector que fije la consideración en las razones que vamos a indicar, atenta y desapasionadamente, hallará en aquellas ventajas una compensación superabundante de estas penalidades.

El pobre necesita acudir al trabajo para ganar con el sudor de su rostro el sustento del cuerpo; pero ¿quién no sabe que el trabajo, moderadamente tomado, es una fuente de salud y moralidad, y que, cuando este trabajo se lleva a cabo, mediante el ejercicio de las fuerzas físicas, contribuye poderosamente al desarrollo de las energías y acrecienta la robustez del cuerpo?

Compara a esos hijos del trabajo que llevan el nombre de herrero o albañil y pasan la vida, el uno junto al yunque, doblegando el hierro rusiente bajo el peso de esa masa de hierro, que su mano robusta hace volar por el aire, cual si fuese un juguete de niños; encaramado el otro sobre el estrecho tablón de un andamio, donde recibe las caricias de los ardientes rayos del sol en estío, y de las heladas brisas en invierno y desde donde desafía con ánimo sereno el abismo que, abierto debajo de sus pies, amenaza tragarle a cada momento... compara, digo,

la frescura de los colores, la gallardía del cuerpo, lo robusto de la musculatura y hasta lo radiante de su semblante, en que se refleja el buen humor propio de un espíritu ajeno al tumulto de las pasiones, que tanto fomenta el bullicio cotidiano de los centros de disipación, con la figura raquítica de esos mimados de la fortuna que vegetan en la ociosidad enervante, encerrados dentro de algún edén terrestre.

La mesa del pobre no pasa de frugal, su vestir es modesto, dura la cama: el pobre carece de recursos para regalarse con audiciones de ópera, con espléndidas representaciones teatrales, con viajes de recreo, con baños reconstituyentes y aguas minerales, es verdad; pero, ¿qué falta le hacen todos estos recursos con que la opulenta molicie ha recargado la vida humana convirtiéndolos en necesidad imperiosa, hasta tal punto que, cuando ha de privarse de alguno de ellos, es mucho mayor la pena que la tal privación le causa que el placer que en su goce experimentaba?

Y ¿por ventura los pobres viven, por eso, menos sanos, menos robustos, y con vida menos larga y alegre que los ricos?

Además, ¿quién no sabe que la fuerza de la costumbre llega, con el tiempo, a convertirse en otra naturaleza de la cual es propio producir los actos, no sólo con facilidad, sino también con deleite? Por eso le es tan natural al pobre la dureza del trabajo, de la

comida frugal, del vestir modesto y cama incómoda, que ni siquiera le molesta el pensamiento de salir de esta situación.

Y, si es buen cristiano nuestro lector, ¿cómo puede dejar de levantar la mirada a las regiones iluminadas por los fulgores de la fe, para contemplar las grandes figuras del Cristianismo, la mayor parte de las cuales levantaron el edificio de su grandeza sobre los fundamentos de la pobreza?

Si la pobreza no ofreciera más ventajas que la riqueza, ¿no hubiera venido al mundo en suntuosísimo palacio el Hijo de Dios? ¿no hubiera vivido en la opulencia? ¿no hubiese muerto en mullida cama?; y, cuando trató de formar el colegio apostólico, para que sus hombres llevaran del uno al otro confín del mundo la luz del Santo Evangelio, ¿no hubiera elegido la flor de la sabiduría, de la elocuencia y del poderío humano?

Y, no obstante, ya lo sabes: Jesucristo nació en un establo; vivió del rudo trabajo o de limosna, y murió desnudo en una cruz, y sus Apóstoles fueron, casi todos, unos pobres hijos del trabajo. En los sermones del divino Maestro no sabemos que jamás brotase de sus soberanos labios una palabra de alabanza para los ricos y, en cambio, llamó «bienaventurados» a los pobres. Aquí exclama San Bernardo: «O el mundo se engaña, o Dios; pero Dios no puede engañarse; luego quien se engaña es el mundo, cuando llama bienaventurados a los ricos y desgraciados a los pobres.

Conste pues, amado lector, que obras contra la razón y la fe cuando te quejas de la pobreza; porque la razón y la fe pregonan la superioridad de la pobreza sobre la riqueza; y conste, además, que si te turbas porque no eres tan rico como tu vecino, no eres hombre de fe, ni siquiera de razón.

Pueden darse casos tan extremos de pobreza, en que hasta de medios para atender a las necesidades más perentorias carezca la víctima infortunada. ¡Oh lector!, si algún día te tocare cargar con una cruz tan pesada, tal vez te sirvan de algún consuelo las razones que exponremos más adelante.

Artículo XIII

¿ESTAS ENFERMO? NADA TE TURBE

Las enfermedades figuran entre las miserias más pesadas que Adán prevaricador ha transmitido a sus descendientes, y constituyen una cruz compuesta de muchas piezas; porque la enfermedad es una paralización de la vida, no sólo interior sino también exterior, más o menos absoluta según los grados de intensidad que aquélla reviste. Mira a ese enfermo tendido en la cama, a que le tiene encadenado una parálisis, un reuma violento,

una tisis desesperada; ¡qué espectáculo tan lastimero presenta!

Es un sabio, y su inteligencia apenas funciona; era el más valiente del pueblo, trabajador incansable, cazador intrépido, y ahora... necesita quien le lleve a la boca la cucharada de caldo; es un padre de familia de cuyo sueldo diario vivía una prole dilatada; es una infeliz madre que, reducida a la impotencia por la enfermedad, contempla con honda pena a sus hijos que cercan su lecho, llorosos, sucios, mal vestidos, porque no hay en casa quien cuide de ellos. Es, pues, un hecho, demasiado cierto, que con la enfermedad todo se paraliza: las corrientes de vida que fluyen por dentro, y las corrientes de vida que vienen de fuera.

Conviene, por tanto, tener muy meditadas las razones que en estos casos pueden arrojar sobre nuestro ánimo, naturalmente propenso al abatimiento mientras dura la enfermedad, algunas gotas de bálsamo regenerador para que no sucumba, ignominiosamente, nuestro «nada te turbe», bajo el peso de la aflicción.

La enfermedad puede ser curable o incurable. Si es curable, gran motivo de consuelo será la esperanza de recobrar la salud perdida, principalmente cuando la esperanza se funde en la autorizada palabra de un médico inteligente. En los casos de enfermedad, como en todos los demás sucesos adversos de la vida, lo que sobre todo

hemos de evitar es el pesimismo; porque el pesimismo es por sí solo una terrible enfermedad moral, que unas veces prolonga la enfermedad física, otras la agrava y aun es capaz de engendrar nuevas enfermedades, especialmente donde predomina el temperamento nervioso.

No seas, por tanto, pesimista. ¿Te dice el médico que curarás? Pues, que curarás debes responder resueltamente a cuantos te visiten, interesados por tu salud, añadiendo, si eres buen cristiano, como se supone: con el favor de Dios. ¿El pronóstico del médico es dudoso? ¿Quién te impide inclinarte en este caso a la parte más risueña? Porque la duda del médico significa que puedes curar y puedes no curar; y, ya que ambos extremos son igualmente probables, abraza el extremo que es más conforme con tus deseos, en lo cual obrarás muy racionalmente.

¿La enfermedad es incurable? ¡Ah! en este caso la razón poco tiene que hacer junto al lecho del enfermo; ya que no dispone más que de un recurso para alentarle; y aun este recurso sólo tiene alguna eficacia para los enfermos habituados a gobernarse por los dictámenes de la razón.

El recurso de la razón es el siguiente: enfermo, tu situación no tiene, humanamente, remedio; ¿qué vamos a hacerle? Ha llegado para tí ese momento fatal de la vida; más fatal, acaso, que la misma muerte. No podemos, por tanto, aspirar a la desaparición

de la enfermedad, sino a hacerla menos pesada; y para que te sea menos pesada, la mejor de todas las medicinas, el más eficaz reconstituyente es: no turbarte. Porque, si te turbas, no remediarás el mal positivo que te oprime, ciertamente, sino que, al contrario, lo acrecentarás con otro mal interior, propio de la turbación. Acuérdate de la famosa sentencia de aquel poeta latino: «Dura cosa es eso; pero con la paciencia se hace más llevadero lo que no tiene remedio»...

Mas tú, querido enfermo, eres un cristiano ferviente. ¡Dichoso tú! Algún día habías de experimentar el valor de esa fe divina que ha constituido el timbre más glorioso de tu vida. En primer lugar, para el buen cristiano no hay ninguna enfermedad incurable; porque a donde no llega el poder de la ciencia, llega el poder de Dios, que tantas veces ha lucido los efectos de su omnipotente misericordia en enfermos del todo desahuciados. En Lourdes, en el espacio de poco más de medio siglo, se han dado algunos miles de casos de curaciones milagrosas. Ruega, pues, a Dios por mediación de algún santo, y... ¿quién sabe?

Mas, si Dios ha resuelto que mueras de esta enfermedad, ¡ánimo... que muy eficaces son los motivos de consuelo que la fe te ofrece!

Puedes convertir esa cama, en que estás tendido, en un molde de santidad; en un manantial de altísimos merecimientos. Ese

dolor intenso que te aflige, puedes transformarlo en un fuego maravilloso, cuyos ardores te labren la corona fulgentísima de gloria que resplandecerá en tu frente por los siglos eternos. Este mágico poder está encerrado en la paciencia y conformidad con la voluntad de Dios. ¡Sufre... sufre con paciencia esos días tan pesados... esas noches interminables... pensando en los grados de felicidad eterna que con el ejercicio de la paciencia te conquistas en este mundo! Acuérdate de aquella máxima de Santa Teresa: «Breve penar, eterno gozar». Y más peso que esta máxima de Santa Teresa tiene aquella otra sentencia del Espíritu Santo: «¿Qué valen todas las tribulaciones de este mundo, comparadas con el eterno peso de gloria que esperamos?»

Pues, si para allegar y aumentar los bienes fugaces de la tierra arrostran los hombres tantas penalidades, ¿con qué ánimo no sufrirás tú todas las penalidades de esa enfermedad, para conquistar los bienes del cielo, que no han de tener fin?

Puesta la esperanza en el cielo, sufrieron los mártires los más atroces tormentos con alegría. Puesta la esperanza en el cielo, sufrió con admirable paciencia Santa Liduvina los rigores de una enfermedad penosísima, por espacio de 37 años.

Ya ves, pues, cuán sólidos son los motivos que tenemos para no turbarnos en las enfermedades, por penosas que ellas sean.

Artículo XIV

¿TE VAS A MORIR? NADA TE TURBE

La muerte es una miseria terrible. Aristóteles dice que es la mayor de las miserias : se entiende en el orden físicò, porque nos priva de la vida, que es el fundamento de todos los bienes. Tan grande es la miseria de la muerte que no bastan las solas fuerzas naturales para hacer triunfar en ella nuestro *Nada te turbe*.

Así pues, si por casualidad, lo que no creemos verosímil, fuese descreído nuestro lector, le aconsejamos que pase por alto este artículo, porque no reza con él lo que vamos a escribir.

Sobre el lecho del incrédulo no proyecta más que sombras, y sombras desesperantes la muerte ; y estas sombras llegan a su lecho de tres puntos diferentes : del pasado, del presente y de lo que después de la muerte le espera.

Los años que han transcurrido de su vida, ¿qué consuelo pueden ofrecerle ? El moribundo tan sólo halla consuelo en el recuerdo de las buenas obras que ha hecho ; y las obras de este pobre incrédulo, que está a punto de entrar en la eternidad, es más que probable que hayan sido conformes a los funestos

errores que en religión y moral ha profesado. Hay en la ley divina preceptos que sin un auxilio especial de Dios, moralmente hablando no pueden cumplirse, según nos asegura San Pablo. Por ancho de conciencia que haya sido nuestro moribundo, y por más que se haya afanado por ahogar los remordimientos de conciencia, cuando el sol de la fortuna iluminaba sus caminos, ahora que ya ha cesado el tumulto de las pasiones; ahora que la ilusión ya no tiene en qué cebarse; ahora que la razón ha recobrado, aunque débilmente su imperio, ve las cosas muy diferentemente. El ateísmo, la incredulidad, son teorías muy buenas para vivir, mas no para morir. Ningún creyente se ha vuelto incrédulo a la hora de la muerte y, en cambio, ¡cuántos incrédulos han muerto creyentes...!

También proyecta negrísimas sombras sobre el lecho del descreído que se muere, el presente. Angustias en el alma, dolores intensos en el cuerpo: todo se acumula en su sér para hacer su muerte desdichada. Para él, ¿qué es la muerte sino un adiós eterno a cuanto más amaba en este mundo? Todo lo ha de dejar: ricas posesiones, amigos queridos, esposa, hijos, y... para no volverlos a ver más; porque el desgraciado no cree en una vida futura; por tanto, al morir, morirán con él todas las esperanzas.

Cuando él se creía una divinidad sobre la tierra, decía que no creía en Dios; ni en el cielo; ni en el infierno: lo decía... aunque

no creía lo que decía: lo decía para engañarse a sí mismo... lo decía por vanidad... para darse aires de hombre de su siglo; mas, ¡ay! con la razón, con la fe y, sobre todo, con Dios, no se juega. Algunos incrédulos han tenido el valor, en la hora de la muerte, de retractar sus errores, y han muerto abrazados con el Santo Crucifijo; pero esas son excepciones.

Para el que muere sin fe, la muerte es el paso del lecho al seno de la madre tierra, para ser devorado por los gusanos, y convertirse en polvo y podredumbre, y... nada más. Eso en cuanto al cuerpo. Pero en cuanto al alma... ¿quién sabe lo que será de ella? Si es cierto que hay Dios, como pregona la parte más sana de la humanidad... ¡Ah! ¿qué será de mi alma? ¿A dónde irá a parar mi alma, que tantas maldades ha cometido, y a nadie ha dado satisfacción de ellas? « ¡Ahora me acuerdo, exclamaba aquel Rey, tan poderoso como impío, que había profanado y saqueado el templo de Jerusalén; ahora me acuerdo de los grandes crímenes que cometí! » Por el contrario, la fe, la fe santa, es una antorcha divina que ilumina los pasos del mortal, sobre todo, cuando va a dar el gran paso del tiempo a la eternidad.

Para ti, cristiano lector, en cuyas manos puso esta divina antorcha el Espíritu Santo al entrar en el Cristianismo, cuando recibiste las aguas del Santo Bautismo; y para ti que llevaste esta antorcha muy alta y siempre es-

plendorosa en medio de las borrascas de la vida, escribimos este artículo, segurísimos de que si ahora lees atentamente y meditas las razones que vamos a escribir en él, mirarás con ánimo sereno la cara sañuda del terrible heraldo del Juez eterno.

Los tres puntos que proyectan sombras tan tétricas sobre el lecho de muerte del incrédulo, se convierten en faros, que entre sus luminosas ondas envuelven gérmenes de solidísimo consuelo para el enfermo creyente.

El pasado no le acongoja. Si no siempre ha ajustado su conducta a las enseñanzas de la fe; si víctima de la humana flaqueza, más que de la malicia, faltó alguna vez a sus deberes; lloró con lágrimas de sincero arrepentimiento sus pecados en el tribunal de la Penitencia, donde por medio de la absolución que le dió el Sacerdote, volvió a la gracia y amistad con su Dios. Y ahora, para disponer la entrada de su alma en la eternidad, se ha fortificado con la recepción fervorosa de los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. Ya están, por tanto, perfectamente expiadas las fragilidades pasadas. Dios las tiene completamente olvidadas; razón es por tanto que el buen cristiano las olvide también. No debe, pues, haber en su conciencia motivo de turbación respecto de lo pasado.

Por lo demás, ¿qué pena le puede causar despedirse de una vida que ha sido para él un verdadero valle de lágrimas? ¡Cuántos

apuros para sostener la familia, por lo poco afortunado que ha sido en los negocios que emprendió! Acaso tampoco fué afortunado, ni como esposo, ni como padre de familia...

¡Cuántas infidelidades de parte de los amigos! Como era un cristiano ferviente, que nunca transigió con las criminales exigencias del mundo, hubo de soportar, muchas veces, las impertinencias de los que se titulaban sus amigos y le llamaban beato, porque frecuentaba los Santos Sacramentos y tomaba parte en las procesiones y figuraba en las conferencias de San Vicente de Paúl; insípido, porque jamás había puesto los pies en un baile, ni en un teatro y tenía severamente prohibida a sus hijas la entrada en esos centros de mundana profanación.

Claro es, por consiguiente, que el justo deja sin amargura una vida que fué para él una serie, casi no interrumpida, de amarguras. Claro es que poco ha de costar al justo arrancar el corazón de un mundo que nunca amó, porque para él fué un verdadero tirano, un malhechor odioso; como no le cuesta abandonar la cárcel al que ha estado muchos años aherrojado en ella sufriendo terribles penalidades: que si es llamado destierro este mundo por el Espíritu Santo, no menos justamente dan los ascetas el nombre de cárcel a este cuerpo miserable, donde está prisionera el alma; y de cadenas, a los lazos que unen el alma con el cuerpo.

Pero, y las miserias que rodean el lecho de

muerte del pobre enfermo, ¡qué desoladoras son e insoportables a la humana flaqueza! Aquí, sí, que ha de irradiar la antorcha divina la plenitud de sus fulgores para que no sucumba el moribundo bajo el peso de la tribulación. Cristiano lector, si no te acostumbras en vida, y cuando tienes el entendimiento bien dispuesto para pensar, a meditar frecuentemente en la muerte y las circunstancias que la pueden acompañar y seguir, serás presa del abatimiento más profundo en aquel trance supremo. Pero si estás sólidamente prevenido con la meditación, a través de los resplandores de la fe, encontrarás en el cúmulo de miserias que cercarán tu lecho de muerte, poderosos motivos para conservar la paz del espíritu, sacando victorioso el: *Nada te turbe*.

Recios son los dolores que oprimen el cuerpo que va a bajar al sepulcro. Esos sollozos... esas lágrimas con que los seres queridos de la casa acompañan el paso a la eternidad del moribundo, forman una escena capaz de romper las peñas de compasión. En estos momentos siéntese oprimido de quebranto el cuerpo, y oprimido de quebranto el corazón. ¡Cuántos lazos hay que romper!... ¡cuántas amarguras que devorar! Pero, entonces, resuena vibrante la voz de la fe en el fondo del alma del moribundo, diciéndole: *Nada te turbe, cristiano... Nada te turbe...*

Desde que el dolor fué divinizado por Jesu-

cristo en la cruz, ha perdido todo su aspecto repugnante. Si Jesús lo escogió espontáneamente por instrumento de nuestra redención, ¿cómo ha de repugnar a sus redimidos, siendo éstos deudores al dolor del mayor de los beneficios? Si has pecado, ese dolor que ahora sufres te purificará el alma del reato de pena; ese lecho será tu purgatorio; y entonces, ¡qué dicha será la tuya, si tu alma, completamente purificada por el fuego del dolor, vuela a las mansiones de la eterna gloria, sin pasar por el fuego terrible del purgatorio!

Considera que el más leve tormento del purgatorio vence en crueldad a esos dolores intensísimos que ahora sufres, según San Agustín; por tanto sopórtalos con santa resignación, y te librarás de las llamas expiatorias del otro mundo.

¡Ah!; ¡cuántos cristianos, bien penetrados de estas razones, no sólo no se quejan de los sufrimientos a que los somete la mano, siempre amorosa, de la Providencia, sino que le dicen con San Agustín: «Aquí no me tengáis compasión, Señor... aquí quemadme... aquí sajadme... aquí no me perdonéis... con tal que me perdonéis en la eternidad...!»

¡No lloréis, amigos míos, no lloréis; por que yo no muero, sino que dentro de poco voy a renacer a la verdadera vida... Os dejaré; pero nuestra separación no será duradera: pronto nos volveremos a reunir en el cielo, y allí reanudaremos los dulces lazos de

la amistad, mucho más íntimamente que nos habían unido hasta ahora! Vivid cristianamente; morid en paz y amistad con Dios, y juntos un día formaremos una familia de santos en la bienaventuranza eterna. Así hablaba un santo en la hora de la muerte. ¡Bendito sea Dios; y qué dulce es la muerte para el cristiano fervoroso que la considera como un tránsito del destierro a la patria; de un mar tempestuoso al puerto tranquilo; de la cárcel a un palacio espléndidísimo! Dentro de poco irá a unirse con su Dios, y este pensamiento le da energía para mantenerse tranquilo contra las olas de amargura que le combaten furiosamente, en aquel trance supremo.

Artículo XV

¿HAS PERDIDO A UN AMIGO QUERIDO?

NADA TE TURBE

La pérdida de un amigo querido es una cruel herida inferida al corazón. Porque este pobre corazón nuestro necesita amar; el amor es su elemento vital; mas no todos los amores tienen esta propiedad: amores hay que son para el corazón elemento de muerte. pero aquí no se habla de estos amores; aquí

se habla del más fino y noble de los amores, que se llama amor de amistad.

Porque el objeto del amor para que satisfaga a las aspiraciones del amante, ha de ser proporcionado a la condición de éste. Por eso el corazón humano sólo reposa, dulcísimo, cuando ama a Dios; único capaz de llenar las aspiraciones de un espíritu inmortal. Todo lo que no es Dios, ha de dejar necesariamente, por la naturaleza de las cosas, un inmenso vacío en nuestro corazón amante.

Después del amor divino, entre los amores humanos, el más noble que palpita en nuestro corazón, es el que nos une a nuestros semejantes, porque nuestros semejantes son los seres más nobles de la creación, después de los Angeles.

Necesitamos, pues, tener un buen amigo que sea el confidente de nuestros secretos, consuelo en nuestras penas, aliento en nuestros desfallecimientos, consejo en nuestras dudas, luz cuando andamos envueltos en tinieblas.

Salomón nos ha dejado trazado el panegírico más completo del buen amigo. Dice: «Que el que ha hallado un buen amigo, halló un tesoro». «Que nada hay comparable a un buen amigo: ni el peso del oro, ni el resplandor de la plata». «Que es medicina de la vida y de la inmortalidad».

Es natural, por consiguiente, que la pérdida de ese tesoro, de esa maravillosa medi-

cina, cause honda pena en el corazón. Porque aquí, sí, que viene como anillo al dedo aquello de que —No se deja sin dolor lo que se posee con amor.—

Esto supuesto, mucho nos importa reflexionar sobre los motivos que tenemos para no dejarnos arrollar por el abatimiento en la pérdida de algún amigo del alma.

La pérdida del amigo puede provenir, o de una infidelidad, o de que nos lo ha arrebatado la muerte. En ambos casos, nos parece que la causa principal del excesivo desconsuelo que experimentamos, procede de que en el amor que profesábamos a nuestro amigo, habíamos prescindido demasiado de la parte que corresponde a la razón. Porque si hubiéramos encauzado las corrientes del amor bajo el imperio de la razón, al perderlo hubiera asomado, sí, el dolor de nuestra alma en esas señales elocuentes que brotan de los ojos, en los sucesos adversos; pero las lágrimas habrían rodado sosegadamente por nuestro rostro, como temerosas de agraviar al sentimiento de resignación que debe predominar en la conducta de todo buen cristiano, por dolorosos que sean los acontecimientos por que atraviesa.

¿Te lamentas de la infidelidad de tu amigo? Pues, ¿qué te habías imaginado? ¿Qué las amistades que se estilan en este pícaro mundo son eternas? ¡Oh! y ¡qué candoroso eres! Tu amigo te había dicho: te amo con toda mi alma; primero faltarán los cie-

los y la tierra que falte la amistad que te profeso. ¿Quién romperá jamás el lazo que une nuestros corazones? ¡Oh! y ¡qué feliz soy amándote!

Esas protestas de amor son hoy y han sido siempre muy corrientes, pero no son menos corrientes los casos de infidelidad que revelan toda la vanidad que las había inspirado. Con eso no queremos calificarlas, en general, de falsas en la mente del que las hace, pues no tenemos dificultad en dispensar el honor a los autores de tales protestas amatorias de que, al proferirlas, no siempre paran mientes en la nota absurda que las caracteriza; lo que afirmamos es, que el amor humano descansa comúnmente sobre una base falsa, y esta base falsa es el egoísmo.

El amor noble, de pura amistad, es una ave rarísima que, acaso, nadie ha visto volar por estas regiones sublunares. El corazón humano, en los amores que profesa, no suele olvidarse nunca de sí mismo. Amar por el gusto de amar; amar por el gusto de hacer feliz a la persona amada, como es de ley en el amor de buena amistad, es fruta que no se cosecha en esta tierra de pecado; en cambio, allá en la patria divina no se conoce otro amor que éste de finísima amistad. Aquí amamos, y en el amor, más que la nobleza, nos mueve la utilidad. Amamos, porque esperamos algo de la persona amada — puro egoísmo. — Eso explica las muchas infidelidades de las amistades humanas que sobre-

vienen, indefectiblemente, así que ha desaparecido el halago de la esperanza.

Tú no habías advertido que el que creías buen amigo, te amaba porque eres un joven gallardo, y él se complacía en la gallardía de tu juventud: te amaba, porque tus prendas personales te hacen simpático, y en esa natural simpatía se cebaba su sensualidad: te amaba porque eres rico y poderoso, y para él tu amistad era una honra y al mismo tiempo una esperanza fundada en el prestigio de tu nombre, que con el tiempo le podía servir de escabel para encaramarse a los altos puestos sociales.

Por eso, cuando una enfermedad ajó la flor de la juventud; o aquel contratiempo hizo desaparecer la simpatía que cebaba su sensualidad; o un revés de fortuna te ha privado de aquel prestigio, en que él fundaba grandes esperanzas, tu amigo dejó de frecuentar tu casa y te volvió la espalda para orientarse hacia otro sol más luciente. ¡Si sabría lo que se decía el Espíritu Santo, cuando escribió: «Maldito sea el hombre que confía en otro hombre!»

No hay más que una amistad fiel, sólida, indefectible, eterna; la amistad divina. Ama a Dios y serás amado de Dios; y, cree firmemente que esta amistad divina será la fuente verdadera de tu grandeza y de tu felicidad temporal y eterna. ¡Qué grandes y felices fueron los Santos, porque amaron a Dios y fueron amados de Dios!

Y si has perdido a tu amigo querido porque te lo arrebató la muerte, entonces, ¿qué remedio te queda? Dios es quien te lo arrebató. Y ¿serás tan poco cristiano que te quejes de las disposiciones de la divina Providencia, sabiendo por la fe que todo cuanto Dios hace está bien hecho, y que no sólo está bien hecho, sino que lo encamina siempre a los fines altísimos de su mayor gloria y bienestar nuestro? A veces, a nuestro pobre entendimiento le parece todo lo contrario; mas eso, ¿qué prueba sino que los juicios de Dios son inescrutables? Acata, pues, en todo caso los juicios de Dios, y ten entendido que sobre las luces menguadas de nuestro entendimiento están las enseñanzas de la fe.

Pero, ¡ay! que ese amigo que has perdido, era tu esposo queridísimo... el hijo tan amado de tu corazón... Te compadezco, sinceramente. Yo mismo, en el momento en que la muerte abrió en tu corazón tan profunda herida, no sabría dónde encontrar el bálsamo dotado de eficacia para cicatrizarla. Concede pues, o víctima del infortunio, a la naturaleza el justo desahogo que reclama, en esas lágrimas que brotan de tus ojos y en esos sollozos que se desbordan por tus labios; pero acuérdate que eres cristiana y que las lágrimas de los cristianos, aun las derramadas por motivos tan racionales, han de tener fin. En algo nos hemos de distinguir de los paganos,

Cree firmemente que tu consorte, que tu hijo han muerto porque Dios así lo ha dispuesto; y aunque el golpe ha sido terrible, al fin viene de la soberana mano del Padre celestial, que aun cuando nos aflige con alguna pena, nos ama infinitamente.

¿Qué sabemos nosotros de los designios de Dios? El alcance de nuestra mirada es cortísimo. Acaso, si hubiera vivido más tu hijo, se habría condenado. Ahora, le ha cogido la muerte en las mejores disposiciones para entrar en la vida eterna y Dios, que le ama, arrancólo de los peligros de este mundo, en que tal vez habría sucumbido.

Cuéntase en la vida de San Juan Limosnero, Arzobispo de Alejandría, que un hombre rico tenía un hijo a quien amaba mucho, y para alcanzar de Dios que le conservase la vida y salud rogó al Santo que hiciese oración por él, y dióle mucha cantidad de oro que distribuyera entre los pobres por esta intención. Hízolo así el Santo, y al cabo de treinta días el hijo murió. Quedó el padre tristísimo, pareciéndole que la oración y limosna que por él se había hecho, había sido en vano, y sabiendo el Patriarca su tristeza, hizo oración por él pidiendo a Dios que le consolase. Oyó Dios su oración, y envió una noche un santo Angel del cielo que apareció al hombre, y le dijo que supiese que la oración que por su hijo se había hecho, Dios la había oído, y que por ella su hijo estaba vivo y salvo en el cielo, y que le convino morir

en el tiempo que murió para salvarse; porque si viviera más, había de ser malo y se había de hacer indigno de la gloria celestial. Y díjole más: que supiese que ninguna de las cosas que acontecen en esta vida, viene sin justo juicio de Dios, aunque las causas de sus juicios sean a los hombres ocultas; que por esto el hombre no debe dar lugar a tristeza desordenada, sino recibir con ánimo paciente y agradecido las cosas que Dios ordena.

Con este aviso del Cielo quedó el padre del difunto consolado y animado a servir a Dios.

Artículo XVI

¿ERES PERSEGUIDO POR TU HONRADEZ?

NADA TE TURBE

Si la persecución de que eres objeto no fuera por tu honradez sino por otros motivos innobles, no sigas leyendo este artículo, que no reza contigo.

Hablamos aquí de las persecuciones que sufre uno en defensa de la verdad, de la virtud, de las creencias católicas que profesa. Este hallará consuelo en las razones que a continuación apuntamos, si algún día tu-

viere la dicha de ser perseguido por alguna de las causas nobilísimas, arriba dichas.

Las persecuciones que sufren los buenos de parte de los malos, son inevitables. Lo dicen muy claramente Jesucristo y el Apóstol San Pablo. Del primero son estas palabras: «Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros» (San Juan). Y del segundo estas otras: «Todos los que quieran vivir píamente en Cristo Jesús, prepárense a ser perseguidos». (2 Tim.). Entiéndelo pues bien, apreciable lector; si te decides a ser hombre honrado, de veras, que por nada de este mundo caigas en la tentación de faltar a tus deberes de cristiano, has de resignarte a cargar con la cruz de la persecución, que es de las más pesadas, en ciertas ocasiones. Porque la cruz de la persecución se compone, a veces, de todas las cruces de que hemos hablado hasta ahora, y algunas más. ¡Cuántos, víctimas de la persecución, han sido despojados de todos sus bienes de fortuna, y se han quedado pobres; han sido arrojados a las cárceles, y han perdido la salud; han tenido que subir al patíbulo, y han perdido la vida entre tormentos!

Y eso no tiene remedio para el hombre justo. El hombre tiene tres enemigos feroces que andan siempre, arma al brazo, para molestarle y causarle todo el mal posible: el demonio, el mundo y las malas pasiones. Estos enemigos son defensores acérrimos del error y de la mentira, del pecado y del vi-

cio y de ellos han salido y salen, en gran parte, los males que afligen a la prole de Adán.

En la misma cuna del linaje humano libró Satanás la primera batalla contra nuestros primeros padres, envidioso de su inocencia; y toda la historia de la Humanidad, que a este primer acontecimiento se ha seguido, ¿qué es sino una serie, no interrumpida, de batallas de los partidarios del error y del vicio contra los defensores de la verdad y la virtud?

Caín rencoroso mató a Abel inocente. Once hijos de Jacob maltrataron cruelmente al candoroso José, por envidia. El santo David estuvo a punto de ser traspasado por la lanza del malvado Saúl. Tres mancebos hebreos fueron arrojados a las llamas de un horno, porque no quisieron hacer traición al Dios verdadero. La envidia encerró en un lago de leones hambrientos al santo Profeta Daniel. Los Profetas del pueblo de Dios fueron encarcelados, desterrados y aserrados por la fortaleza indomable con que echaron en cara a los Reyes impíos sus abominables maldades. Los mártires del Cristianismo fueron quemados y devorados por las fieras, por su constancia en la fe.

¡Ah! ya está dicho, y lo dijo el Espíritu Santo, cuya palabra es la verdad misma: «Todos los que quieran vivir piadosamente conforme al espíritu y enseñanzas de Jesucristo, serán perseguidos».

No tenemos necesidad de historiar hechos antiguos en confirmación de lo que decimos; los tiempos modernos abundan en testimonios que pregonan elocuentemente lo mismo. Vuelve los ojos a Francia. Desterradas las Ordenes religiosas y dilapidados todos sus bienes, que muy legítimamente poseían, y desterrados a países extraños, viven sus individuos sujetos a grandes penalidades. No son mejor tratados los Obispos y sacerdotes que han tenido que abandonar sus palacios y abadías, en virtud de leyes tiránicas, inspiradas en el odio contra los ministros de Jesucristo. Son vigilados los católicos que cumplen sus deberes religiosos, y sus nombres tenidos en cuenta para negarles toda participación en la vida civil.

No hablemos de Portugal, de cuya intolerancia revolucionaria son víctimas los religiosos, sacerdotes, obispos y fervientes católicos, mientras esto escribimos; muchos de los cuales han muerto en los calabozos consumidos por la miseria, y otros andan peregrinando por países extraños, arrostrando con valor hasta las torturas del hambre, en aras del amor heroico que profesan a las creencias cristianas.

Y tú que nos lees, y nosotros que esto escribimos (1), que ante todo y sobre todo queremos vivir y morir abrazados al lábaro santo que divinizó con su sangre nuestro

(1) Esto decíamos en la primera edición.

divino Redentor, preparémonos con la meditación profunda de los motivos de aliento que en este artículo exponemos: que si Dios con su omnipotente mano no ataja el paso al huracán impío que ruge amenazador en las cumbres pirenaicas; pronto, muy pronto, tendremos necesidad de fortificar nuestro espíritu con ellos para portarnos, en todo caso, como valientes soldados de Cristo.

Es, pues, la persecución un mal que no tiene remedio; y si quieres ser fiel en la profesión de la fe y en el cumplimiento de la ley de Jesucristo, no pienses en evitarlo, porque las cosas son como son, y no está en nuestra mano transformar su naturaleza: y es claro que donde hay enemigos ha de haber guerra, y en continua guerra han de andar necesariamente envueltos los justos, que viven en medio de una generación depravada.

Lo procedente y lo racional, por tanto, es sacar de un mal que no se puede evitar, las mayores ventajas posibles; pues Dios ha dispuesto, sin duda teniendo fija la amorosa mirada en sus escogidos, que los males de este mundo vayan siempre mezclados con algún bien; y así, de la ferocidad de los tiranos han salido los mártires, que son la primera gloria del Catolicismo, y la guerra implacable de los herejes contra la verdad revelada, dió ocasión a que brillaran en el campo de la controversia los doctores más esclarecidos de la Iglesia.

Considera, pues, alguna de las ventajas que los perseguidos por Cristo pueden reportar, y en cada una de ellas hallarás un nuevo motivo de aliento para llevar, sin turbación de espíritu, la cruz de la persecución, cuando llegue la ocasión de cargar con ella.

El primer motivo de aliento es pensar que la persecución nos hace semejantes a Jesucristo y a sus santos, porque si algún mortal ha sido objeto de las más horribles persecuciones, fué indudablemente Jesucristo, el Justo de los justos, para que entendamos que la ferocidad de la persecución es siempre proporcionada a los grados de justicia y santidad de los buenos que la sufren.

Y, ¿quién no se alegrará de saber que anda por el mismo camino que anduvo el más honrado, el más justo, el más digno, el más sabio, el más santo de los hombres?

Considera, en segundo lugar, que las persecuciones tienen, además, la gran ventaja de desasir el corazón de los justos de este mundo perverso que tan inhumanamente los trata; y así purificados de toda afición a las cosas de la tierra, tienen el corazón admirablemente dispuesto para unirse con Dios, cuya unión es fuente soberana de bienes sobrenaturales, que inundan su inteligencia de luz y de amor divino su corazón; y con aquella luz y este amor son tan felices, ya en este mundo, que apenas sienten los males de la persecución, por pesados que sean, como es de ver en los santos mártires que sonreían,

asados en las parrillas y entonaban himnos al Señor, al compás con los rugidos de los leones embravecidos.

La persecución, por tanto, nos hace semejantes a Jesucristo, nuestro divino Modelo; purifica nuestra alma de las aficiones terrenales; nos une con Dios, fuente soberana de todos los bienes y, además, es prenda segura de nuestra eterna bienaventuranza; porque, ¿cómo puede el Rey inmortal cerrar las puertas del cielo al soldado que ha luchado valientemente por la gloria de su nombre en la tierra?

Artículo XVII

¿TEMES UN REVES DE FORTUNA, O TE HA VISITADO YA? NADA TE TURBE

Este artículo se escribe para cierta clase de la sociedad que, si no andamos equivocados, necesita muy especialmente estar bien empapada en las razones que apuntalan el *Nada te turbe*, en los casos que vamos a mencionar.

Tú eres una joven perteneciente a una familia muy bien acomodada. Vives en el seno del hogar, casi como vivía Adán en el Edén terrestre. ¿Qué te falta? El sol de la pros-

peridad ilumina los pasos de tu vida, con todo el esplendor de sus fulgores. Hasta ahora apenas pisaste ninguna espina: todo han sido flores. Acabas de salir del colegio, y tu paso por él ha sido una serie de triunfos, y no conservas sino gratísimos recuerdos del cariño que tus buenas cualidades te merecieron de tus religiosas maestras y amables compañeras. Te sientas, todos los días, a una mesa que raya en opulenta. Cuando vas por las calles, pareces el último figurín ambulante de París. La modista se alaba de tener en ti la mejor parroquiana. Tienes a tu disposición dos sirvientas, por lo menos y, sobre todo, los mimos de tus bondadosos padres que contemplan en ti la flor más primorosa del jardín doméstico. Aun no apuntan los calores estivales, te vas a mariposear por esos balnearios, o sitios de recreo, en donde los encantos de la naturaleza congregan la flor de la elegancia femenina. ¿Qué te falta?

Si en este mundo fuera posible la dicha cumplida, tú serías una criatura afortunadísima.

Mas ¡ay! que por algo se llama este mundo valle de lágrimas. Tú, a ratos, cuando entras con la reflexión dentro de ti misma, porque aunque bastante distraídilla, no has perdido todavía el hábito de reflexionar que contrajiste en tu vida de colegiala, sobre todo durante los Santos Ejercicios que, por espacio de seis años, practicaste con tanto

fruto; en esos ratos, digo, de reflexión tan saludable al alma, ves asomar en el horizonte del porvenir una nubecilla de mal cariz que, poco a poco, va extendiendo su manto vaporoso por el cielo de tu vida, hasta dejarlo todo ennegrecido y, entonces, te preguntas: ¿cuánto tiempo durará mi felicidad? Mientras vivan mis amadísimos papás, segura estoy de que no me ha de faltar. Mas ¡ay! que mis papás ya tienen muchos años y llevan, además, una carga muy pesada de achaques.

No es mala la fortuna que poseemos; pero repartida entre tantos hermanos... El hermano mayor, excelente hermano, que podría ser el puntal de la familia, con el tiempo se casará y, entonces, las corrientes de amor fraternal irán a desembocar en otro corazón que, acaso, las absorberá por entero.

Y estas reflexiones te turban, no pocas veces; ¿no es así, amable lectora? Vamos a ver si las nuestras que vamos a sugerirte, tendrán más eficacia para mantenerte tranquila, enfrente de la siniestra nubecilla que asoma en el horizonte de tu porvenir, que las tuyas para desconcertarte.

Comencemos por decirte que tu inquietud es hija de la imaginación que, como juvenil que es, se ve que le gusta mucho jugar por el campo de los futuros contingentes, como dicen.

No oigas las voces de esa loca de casa, que se llama fantasía: ten un poco más de

confianza en Dios, ya que has recibido educación cristiana, y verás cómo todas esas perturbaciones de espíritu se reducen a una tempestad, en un plato de agua.

Tú te acongojas porque tus padres, que no son tan jóvenes como tú, van a morir pronto, y porque temes que a su muerte, juntamente con ellos bajará al sepulcro tu felicidad presente; ¿no es así? Y ahora yo digo: primero; ¿y quién te ha dicho que tus padres morirán antes que tú? Nuestro porvenir está en las manos de Dios. Y ¿es cordura acongojarse por una cosa que no sabes si sucederá? Así somos: cuando no hay cruces reales, tenemos el gusto, verdaderamente fatal, de acudir a la imaginación para que nos las fabrique a su capricho y resulta, no pocas veces, que las cruces imaginarias son mucho más pesadas que las reales.

Segundo. Pero supongamos que realmente tus queridos padres mueran primero que tú. Terrible golpe será ese para ti, es claro; pero ya hemos escrito que contra los hechos consumados, según los designios de la Providencia, no es lícito al hombre, mucho menos si es cristiano, levantarse. Sentirlos, sí; para eso tenemos el corazón: llorarlos, sí; para eso tenemos los ojos, pero siempre besando con rendimiento de voluntad la mano paternal que nos aflige.

¿Qué de aquí en adelante tendrás que reducir notablemente los gastos que en tu anterior posición te permitían brillar ante la

sociedad? Eso querrá decir que tendrás muy enojados contra tí, desde el momento en que emprendas un género de vida más modesto, el orgullo, que ya no podrá pasearse por las calles tan elegantemente vestido, y a la sensualidad, porque ya se le acabaron los regalos de la mesa y los profanos entretenimientos.

Mas, eso de que pasiones tan degradantes tengan que huír de tu casa por no encontrar materia suficiente en que cebarse... eso de verte obligada, en adelante, por la fuerza de las circunstancias, a practicar virtudes tan robustas como la modestia, la humildad, la mortificación y la abnegación, será para ti un bien verdaderamente inapreciable, que te hará gratísima a los ojos de Dios y abrirá en tu corazón una fuente de paz inalterable.

¿Que tus amigos de antes huyen de tu lado, y hasta se desdeñan de saludarte, cuando los encuentras en la calle?... ¡Ves los males que trae vivir de ilusiones!... Tú creías que aquellos seres livianos te querían entrañablemente, y ha sido menester que la mano del infortunio hiciera saltar la venda de tus ojos para que los abrieras a la luz de la verdad. ¿No has leído en este mismo libro que las amistades humanas descansan, casi todas ellas, sobre la falsa base del egoísmo?

Ahora, tú serás más amiga de Dios que antes; y esa, sí, que es una amistad verdadera; esa amistad, sí, que inundará de

dicha tu corazón y te abrirá las puertas de la felicidad eterna

Es claro que los padres ricos tienen, a veces, la culpa de que sus hijos se hallen envueltos en esos trances apurados, por lo deficientísimo de la educación que les proporcionan; pues debieran prever que en ella tuvieran asegurada los hijos una fuente de recursos a donde acudir para resolver decorosamente el problema de la vida, caso que un quebranto de fortuna de familia los reduzca a este doloroso trance.

La costumbre, corriente en nuestros días, es que las señoritas salgan del colegio, sabiendo un poco de todo, y nada con perfección. Saben un poco de Gramática; un poco de Matemáticas; un poco de Historia y Geografía, y acaso su poquitín de Filosofía e Historia natural; un poco de dibujo y pintura y algo de piano: y de todos esos pocos resulta una instrucción tan superficial, que las hace incapaces de hablar decorosamente de ninguna de estas materias que llevan incoherentes en el entendimiento, en presencia de alguna persona, medianamente erudita. Si los padres no vivieran de ilusiones y, sobre todo, si no fueran víctimas de la ilusión funestísima de creer imposible que se atreva algún día a visitar sus espléndidas moradas esa señora andrajosa, que se llama pobreza, harían que sus hijas se llevaran del colegio una asignatura, por lo menos, aprendida con tanta perfección, que las habilitase

para ser maestras de ella, si las circunstancias así lo exigieran.

Y entonces, no presenciáramos el triste espectáculo, que tan frecuentemente se ofrece a nuestros ojos, de jóvenes pertenecientes a familias que habían sido muy distinguidas, que andan en busca de una colocación para salir de la apurada situación en que se encuentran; y la colocación no sale, a pesar de las poderosas influencias que se han puesto en juego.

Porque ¿dónde, y cómo se colocarán? No hay que pensar en colocar de sirvientas a las que están acostumbradas a todos los regalos de la vida: si fueran unas excelentes dibujantes y pintoras o pianistas, ¿qué fuente de recursos hallarían, ahora, en los primores del lápiz, del piano o del pincel!

Hemos leído que la alta aristocracia de otros países, más prácticos que el nuestro, procede muy de otra manera, proporcionando a las hijas la educación sólida que en España echamos de menos; y por eso están dispuestas, en caso de necesidad, a entrar en los palacios de los nobles para dirigir la educación de sus hijos, con el nombre de institutrices, cuando lo adverso de la fortuna las reduce a ganarse el sustento con el sudor de su rostro.

También hemos leído que en Inglaterra el mismo Príncipe heredero de la corona real, en el período de su educación, al par de otras cosas convenientes a su altísima cate-

goría, aprende algún oficio mecánico, acaso en previsión de lo que pueda ocurrir con el tiempo, ya que los reyes, al igual que los demás mortales, están expuestos a ser víctimas de los caprichos de la fortuna. Y de Eduardo VII se decía que era un excelente zapatero.

Aquí en España, los que tenemos por oficio dar buenos consejos a quien los ha menester, nos guardaremos bien de aconsejar a ciertos padres que apliquen el hijo a un oficio mecánico, seguros de que perderíamos el crédito de buenos consejeros, por más que tengamos indicios suficientes de que el tal joven es una casi nulidad para las letras. Es cuestión de manías; y la manía de nuestros padres consiste en que las herramientas del artesano manchan el buen nombre de la familia, al igual que manchan las manos del que las maneja; como si el primer personaje que ha pasado por este mundo, hubiera deslustrado su nombre gloriosísimo de Redentor del linaje humano y Maestro de las humanas generaciones por haber manejado el escoplo y el martillo en el humildísimo taller de Nazaret, hasta los treinta años.

Artículo XVIII

¿ESTUDIAS, Y NO TIENES TALENTO PARA
LUCIR? NADA TE TURBE

Porque si no tienes talento, lo peor que te puede acontecer es que nunca seas un sabio. Y ¿te has de turbar porque has perdido toda esperanza de ser un sabio, con el tiempo?

Considera, primero, que si no eres sabio, todo se reducirá a ser excluído de la cofradía menos numerosa que existe en este mundo, compuesta, en general, de seres bastante especiales por sus costumbres, trato social y modo de apreciar las cosas prácticas de la vida; porque los humillos que suben a las cabezas henchidas de letras, hacen caer en ridiculeces, en ciertas ocasiones, de que se avergonzaría un sencillo labriego dotado de sentido común; y, en cambio, pertenecerás a otra cofradía, cuyo número de socios es infinito, según frase del Espíritu Santo. No serás sabio; bien, ¿y qué? ¿Por ventura somos todos sabios en este mundo? ¿Por ventura sin la ciencia no se puede hacer nada de provecho en esta vida mortal?

El campo de la acción humana es inmenso, y dentro de él cabe el desarrollo de toda clase de aptitudes. No hay hombre en este mundo, si conserva sanas las facultades, que no sirva para mucho, con tal que ocupe el

puesto que le tiene señalado la Providencia y se aplique a cultivar los talentos que en orden al cumplimiento de los designios soberanos ha recibido del cielo, aunque los talentos sean escasos.

Considera, en segundo lugar, que con la aplicación constante, llevada a cabo sin desfallecimientos, puedes obtener resultados mayores de los que tú te figuras, porque si te enteras un poco de lo pasado, te convencerás de que, no los talentos privilegiados han llevado a cabo las gloriosas hazañas que abri llantan las páginas de la historia, sino las constancias indomables. El estudiante de talento va a su fin en automóvil: el que no tiene tanto, irá montado en una pesada carreta; pero llegará, también, a su fin. Será cuestión de días, y de mayor intensidad en el trabajo que pone, con tal que le acompañe siempre la constancia; pero al fin llegará, que en substancia es lo que importa.

Considera, además, que la ciencia no es el mejor de los dones que ennoblece al alma: más que la ciencia vale la virtud. La ciencia, de suyo, no hace feliz al hombre: al revés, como suele henchir de orgullo al que la posee, es origen de grandes perturbaciones de espíritu, no pocas veces.

Y como el don de la ciencia no es indispensable para la felicidad del hombre, por eso Dios, que quiere felices a los mortales, no lo ha puesto al alcance de todos: no así la virtud que todos podemos alcanzar, por men-

guados que sean los talentos que del cielo hayamos recibido. Mucho nos importa ser hombres virtuosos; muy poco ser hombres de ciencia. Dios se ríe de los sabios y, en cambio, ama infinitamente a los virtuosos; y en particular a los de condición humilde, a quienes ha prometido que hará participantes de sus secretos soberanos.

Por fin; tú, que eres buen cristiano, debes saber que tienes un recurso sobrenatural para remediar la falta de talento que tanto te entristece: este recurso es la oración fervorosa.

Te diré que muchos sabios ilustres del Catolicismo son hijos de la oración fervorosa, más que del talento y del estudio; porque Dios se complace en hacer brillar su poder y bondad infinitos en los pequeñuelos y humildes, comunicándoles altísimos conocimientos, que jamás hubieran alcanzado con sus fuerzas naturales: eso se llama ciencia infusa.

Los primeros hijos de San Francisco vivían en tan extremada pobreza, que hasta carecían de medios para proporcionarse los libros indispensables para prepararse a la predicación. Para suplir esta falta solían levantar una cruz en medio del patio del convento; y de la oración que arrodillados al pie de la cruz hacían, salieron aquellos sermones fervorosos, que derretían en amor divino a los grandes pecadores.

San Buenaventura era amigo íntimo de

Santo Tomás de Aquino, y admirado éste de la sabiduría que salía de la pluma de Buenaventura, visitóle un día en su celda y le suplicó le enseñase los libros de donde sacaba tan maravillosos conceptos; a lo cual contestó Buenaventura, mostrándole un crucifijo: he aquí mi libro. Para hacer llegar desde él a mi alma las luces soberanas que han despertado tu admiración, no uso otro medio que la oración, arrodillado delante de él.

Sabido es que el mismo Santo Tomás de Aquino se preparaba siempre al estudio con la oración; y cuando en el estudio le ocurrían dificultades espinosas, en la oración solía buscar la solución de ellas. ¿Quién no recuerda con emoción sabrosísima aquellas amorosas palabras con que Jesucristo declaró a Tomás la satisfacción que tenía de una de las obras que acababa de escribir?: «Bene scripsisti de me, Thoma». Bien has escrito de mí, Tomás, le dijo.

En tus apuros estudiantiles no te olvides de acudir al auxilio por medio de la oración. No serías el primero en experimentar la eficacia de ese medio sobrenatural, por modo maravilloso.

Y no olvides que entre los santos del Cielo, que pueden con su intervención remediarte en tus apuros, ocupa el primer lugar la que es Reina de ellos y Madre nuestra, la Virgen María, la cual tiene muy acreditado su poderoso valimiento para con Dios en favor de los estudiantes, que por su rudo inge-

nio no podían seguir adelante en sus estudios. Por algo la saluda la Iglesia con los nombres de: «Estrella de la mañana» y: «Trono de sabiduría». Refiramos algún caso.

El joven jesuíta, Francisco Suárez, estudiaba Filosofía; mas con tan dificultad, por su poco talento, que sus Superiores trataron de despedirle de la Compañía de Jesús. Pero el joven Suárez amaba entrañablemente su vocación, y no pudiendo avenirse, en manera alguna, con esta resolución de los Superiores, fué a postrarse delante de una imagen de la Virgen, de quien era devotísimo, y con honda pena de su alma rogóla le alcanzase del Señor el talento que necesitaba para continuar en la Compañía de Jesús, que tanto amaba. Al día siguiente, contestando en clase a ciertas preguntas muy sutiles que le hizo su profesor, dió tales muestras de un ingenio agudo y profundo que todos, catedráticos y alumnos, no pudieron menos de alabar a Dios, viendo transformado en un prodigio de talento al que había sido siempre el entretenimiento de sus condiscípulos, por los despropósitos que salían de su boca.

Porque, es de notar que la maravilla del primer día fué aumentando de tal manera, que el estudiante que por su rudo ingenio estuvo a punto de ser despedido de la Compañía de Jesús, fué con el tiempo el Doctor, llamado eximio, por los raudales de sabiduría que su prodigiosa pluma derramó en obras monumentales de saber divino y humano.

En las crónicas de la Orden de Santo Domingo cuéntase de Alberto Magno, que fué Maestro de Santo Tomás de Aquino, que cuando niño era muy devoto de la Virgen María. Vistió el hábito de Santo Domingo a la edad de diez y seis años; y al comenzar la carrera de estudiante, dió muestras de tan poca habilidad para el estudio que, de pura vergüenza, no osaba mirar en la cara a sus condiscípulos, mozos, casi todos ellos de delicado ingenio, por lo cual fué vehementemente tentado de dejar el hábito religioso.

Estando Alberto en este aprieto de pensamientos, fué maravillosamente socorrido con la siguiente visión. Estando una noche durmiendo, parecíale que ponía una escala en el muro del monasterio para salirse de él, y subiéndose por ella, vió en lo alto cuatro venerables matronas, y llegando cerca de ellas asió de él la una, y derribóle de la escala, vedándole la salida del monasterio. Porfió a querer subir otra vez, y la segunda matrona repitió lo de la primera. Intenta subir, por tercera vez, y entonces la tercera matrona le preguntó la causa por qué quería salir del monasterio. El, con rostro vergonzoso, respondió: «Voime, señora, porque veo que otros de mi clase aprovechan en el estudio de la filosofía y yo trabajo en vano». Díjole la matrona: «Aquella Señora que ves allí, señalando a la cuarta, es la Madre de Dios y Reina de los cielos, de quien las tres somos criadas; encomiéndate a Ella, ro-

gándole que te dé ingenio dócil, de modo que aproveches en el estudio».

Oyendo ésto Fr. Alberto, alegróse mucho, y llevándole aquella matrona a Nuestra Señora, fué de Ella bien recibido, y preguntándole qué era lo que quería, respondióle que saber filosofía, que era lo que estudiaba entonces y no entendía. La Reina del Cielo entonces le dijo que tuviese buen ánimo, pues le prometía que en aquella facultad sería grande hombre. Con esta visión quedó muy consolado Alberto, y desde este día aprovechó tanto en el estudio, no sólo de filosofía sino también de teología y sagrada Escritura, cuanto dan testimonio las obras que dejó escritas.

Artículo XIX

¿ERES NERVIOSO? NADA TE TURBE
EL TEMPERAMENTO NERVIOSO. — LA NEU-
RASTENIA

Los nervios, mal disciplinados, son unos terribles perturbadores de la paz. Creemos dispensar un buen beneficio al lector que lo necesite, enseñándole el arte de disciplinarlos. No apelaremos a los específicos y reconstituyentes medicales para lograr nuestro propósito; pues, no somos especialistas en

el ramo, ni siquiera somos médicos; sino a la terapéutica espiritual, que los tiene dotados de una eficacia superior, indudablemente, con perdón sea dicho de los honorables galenos; para aliviar y consolar a las víctimas de uno de los desarreglos de la economía orgánica más funestos.

No será asunto de este artículo el sistema nervioso, en sí considerado, esto es: cuando funciona ordenadamente en el cuerpo humano; pues, en este caso, no reporta más que beneficios al que tiene la dicha de poseerlo. Lo suponemos desordenado y, en adelante, lo llamaremos temperamento nervioso. Y aun después de haber definido la naturaleza del temperamento nervioso y descrito los efectos que produce, estudiaremos, con especial detención, una de sus perturbaciones más extremas, en cuya situación necesita el paciente, de un modo particular, acudir a la farmacia de nuestro «Nada te turbe».

Temperamento: Cogemos un tratado de Fisiología, y leemos: «Con esta palabra se designa, comúnmente, el predominio de uno de los sistemas de la economía sobre todos los demás, que parecen subordinados, en su acción, a la preponderancia orgánica y vital de aquél».

Y más abajo: *Temperamento nervioso*. «Este temperamento está caracterizado por el grado exquisito de sensibilidad y excitabilidad de que está dotada la economía, como

resultado inmediato del desarrollo orgánico morbozo de los principales centros nerviosos : cerebro, cerebelo y médula espinal».

Habla luego de la influencia que las perturbaciones del temperamento nervioso ejercen en el modo de ser moral del nervioso, y enumera algunos de los males, que de aquí resultan, y que tan funestos resultados dan a las víctimas del temperamento, así en el cuerpo como en el alma, si no oponen a sus desórdenes un contrapeso proporcionado.

«Suelen ser inconstantes, caprichosos y están sujetos a mil ilusiones. Cualquiera contrariedad los preocupa, excita e irrita. La misma viveza con que sienten las impresiones hace que no sean éstas duraderas, y de ahí su volubilidad. No tienen paciencia para fijarse, detenidamente, en las cosas y son inconstantes para llevar a cabo las empresas que acometen. Por eso las cualidades del nervioso son más brillantes que sólidas, y sirven más para escribir novelas que profundos tratados de Filosofía. Tampoco son los más indicados para gobernantes. Suelen acariciar simpatías y antipatías misteriosas... odios inexplicables... mas siendo tímidos por naturaleza, tienen reprimidos estos afectos. La espontánea comunicación no suele ser la característica de los nerviosos, al revés de los sanguíneos. Grandes proyectistas y soñadores sublimes, proponen y no ejecutan, porque lo débil de su voluntad no corresponde a sus buenas intenciones».

Ese trabajo tan intenso de los nerviosos es una predisposición formidable para caer en la neurastenia de la cual vamos a tratar, sin que sea esta la única causa de esta enfermedad.

La neurastenia. He aquí cómo la define el autor de un tratado de patología: «La neurastenia, dice, es un estado patológico, en el que predominan síntomas de fatiga física y moral, acompañados de trastornos subjetivos; efecto de una sensibilidad anormal del sistema nervioso».

«En general obran como causas de neurastenia todas las que atacan la resistencia y vitalidad del organismo, como son la dispepsia, la anemia, grippe, fiebre tifoidea, etcétera. Y en las mujeres: los embarazos, partos y la lactancia prolongada. El trabajo ya manual ya intelectual excesivo es, asimismo, causa de neurastenia como, también, las grandes emociones producidas por sustos graves.

La neurastenia es hoy la enfermedad de moda. No deja de tener su explicación ese fenómeno patológico. Por fuerza han de concurrir eficazmente a su existencia las especiales condiciones de la vida, que en nuestros tiempos se vive. No conocemos ninguna época de la historia de tanto movimiento y agitación febril como la nuestra, en todas las esferas en que el hombre despliega su actividad. Esto estimula los ingenios a que sorprendan a la Humanidad, todos los días, con nuevos inventos para satisfacer su afán

insaciable de nuevas emociones. La dulce monotonía en que se deslizaba la vida de nuestros padres, en el seno del hogar, y que tanto contribuía a estrechar los lazos de familia, parece una sosedad a los espíritus inquietos de nuestros días.

Y es claro; esta atmósfera saturada de electricidad que respiramos, ha de tener su repercusión en el sistema nervioso, reflejada en una tirantez violenta, la cual, al romperse, sume a sus víctimas en un estado de postración fatal, acompañado de una profunda debilidad, muy propiamente expresada por la helénica palabra: *Neurastenia*.

Acaso no existe otra enfermedad que mayor turbación cause en el que la padece, como la neurastenia. Nos parece que de esta turbación la causa principal es el temor que, de noche y de día, preocupa al neurasténico de que su enfermedad es incurable. Ese temor es una de tantas manías del neurasténico, que debe desechar con toda su alma.

Nos contó un amigo que, habiendo caído en plena neurastenia, acudió a todos los medicamentos que la terapéutica médica tiene a mano para estos casos, pero sin resultado. Aconsejado por un buen amigo, fué al extranjero a consultar a un especialista en enfermedades nerviosas, de fama mundial. El resultado de la consulta no pudo ser más satisfactorio. La curación fué radical.

Y, ¿por qué procedimientos lo curó? Como la neurastenia es una enfermedad mixta,

esto es: fisiológico-orgánica-moral, consistente en una profunda debilidad que radica en el sistema nervioso, pero que extiende su maléfica influencia a todo el organismo, no descuidó el discreto Doctor la aplicación, a esta parte del cuerpo del doliente, de los medios que la terapéutica científica tiene indicados para estos casos, pero acudiendo con preferencia, a los que la naturaleza tiene depositados en su inmensa y bien provista farmacia, como son: baños de sol y aire puro, paseos moderados, hidroterapia, buena alimentación, reposo moderado — no absoluto— etcétera, etc.

Pero el Doctor lució sus grandes condiciones de especialista en el ramo, sobre todo en la restauración de la parte moral del enfermo, que había llegado ya a un extremo tal de agudeza que, después de bien examinado, formó el pronóstico más siniestro que puede darse, en estos casos, pero sin perder la firme esperanza de alcanzar completa victoria en la lucha que iba a entablar con el tenaz enemigo; esperanza que, ante todo, arraigó en el corazón de su cliente, con toda la habilidad propia de un especialista consumado.

¿Usted tiene confianza en la ciencia de su médico? le dijo. Completísima, señor Doctor, le contestó. Si no la tuviera, no me hubiera impuesto el sacrificio de venir de tan lejanas tierras. Pues bien; yo le doy palabra de hombre honrado, de que saldrá V. de

esta clínica radicalmente curado. Sólo exijo de V. una cosa; que observe V. con fidelidad matemática todas mis prescripciones.

Y el medio principal de que se valió para obtener completa victoria, decíame mi caro amigo, fué de carácter moral, encaminado a desalojar de mi espíritu las fatídicas manías que me tenían ya con un pie en el manicomio. ¡Ah!... y, qué estragos hacen las manías en el pobre neurasténico!... si yo se las contase a V., se asombraría.

Pues, bien; el medio de que se valió para acabar con ellas, fué tener conmigo todos los días una conferencia, en la que con reflexiones atinadísimas, que revelaban un conocimiento profundo de la idiosincrasia del neurasténico, me hablaba a la razón, pero con tal eficacia que al cabo de unos meses saqué el pleno convencimiento de que mi principal enemigo, en la penosa enfermedad que me aquejaba, era la imaginación... la imaginación, sí... esa loca de casa, la cual, convirtiéndose en profeta de mal agüero, se complacía en cargar de sombras mi porvenir; pues, según sus pronósticos siniestros no me quedaba otra suerte que, o morirme pronto, o ir a aumentar el número de clientes del manicomio.

Ve V., me decía; nos turbamos o por un mal presente que nos aflige, o por un mal futuro que nos amenaza, y éste, o real o imaginario. La turbación, en uno y otro caso, no puede ser más insensata. Porque, si nos tur-

bamos por el mal presente, que nos oprime, la turbación no nos libraré de él ciertamente, ni siquiera no nos lo disminuirá; antes bien, lo aumentará y habremos de cargar con el mal real que padecemos y con el mal de la turbación que por nuestra cuenta añadimos. ¿No fuera más cuerdo restar el mal de la turbación, ya que está en nuestra mano evitarlo?

Si la turbación proviene de un mal que ha de venir, doble insensatez... ¿Quién le ha dicho a V. que ese mal futuro sobrevendrá? ¿No puede V. morir antes que el mal sobrevenga? Y si sobreviene, ¿no perderá mucho de su intensidad y malicia, si lo espera usted, a pie firme y con serenidad imperturbable?

Y, según tengo entendido, es V. católico: yo no soy creyente, pero el día en que tenga la dicha de serlo, abrazaré la religión católica. Es la religión de las grandes afirmaciones y de las grandes esperanzas. Pues, siendo V. católico, tiene V. en las creencias que profesa, medios eficacísimos para tranquilizarse en todos los contratiempos de la vida. ¿No profesáis los católicos la creencia de que todos los males físicos que padecemos—enfermedades, pobreza—nos vienen de la mano de Dios y que nos los envía por altísimos fines, y que si los sufrimos con resignación santa se convierten en un manantial de merecimientos para la vida eterna? ¿Cómo puede V. turbarse con tan dulces esperanzas?

Restaurada la parte orgánica del cuerpo con el uso de los medios terapéuticos prescritos por el Doctor, y radicalmente restaurada la parte moral con las sabias reflexiones con que entonó mi razón, perturbada por las pérfidas sugerencias de la fantasía, regresé al hogar rebotante de bienestar, para consagrarme, de nuevo, con la actividad y energía de antes, a mis negocios comerciales y... ¡qué felizmente se desliza ahora mi vida en el seno de la familia, en compañía de mi querida esposa y de mis amantes hijos!...

Y vamos ahora a cerrar el artículo, que ya va resultando demasiado largo, con unos cuantos consejos, en los que pensamos encerrar todo el fruto práctico, que de la doctrina expuesta se desprende.

Si leiste atentamente nuestro artículo, habrás observado que en él hemos combatido una fuente de males, que hacen muy desgraciada a una parte de la Humanidad. Tales son los que resultan del temperamento nervioso, mal enfrenado. Males que tienen su repercusión en un cúmulo de estragos en el cuerpo y en el alma, compendiados en la famosa palabra *neurastenia*, cuando el desorden del temperamento nervioso ha llegado a su punto álgido de exacerbación.

Pues bien; te aconsejamos, lector amigo, que si tu tienes la desgracia de formar en la lúgubre cofradía de nerviosos intemperantes, ahora mismo tomes la resolución, con toda la energía y firmeza que reclama tu peligrosa

situación, de abandonarla para siempre, sino quieres pasar muy malos ratos, en lo que te resta de vida, y si no los quieres hacer pasar a cuantos estén en contacto contigo. ¡Oh y qué molesta es la compañía de un nervioso intemperante!

Porque, si eres padre, serás un mal padre, en quien tus hijos, más que a un padre, verán a un déspota sin entrañas, cuando en tus arrebatos de cólera los maltrates, ya sea de palabra o de obra.

Si eres madre, tú que nos lees, y no te corriges de esas excitaciones nerviosas que tanto te desnaturalizan, serás una mala madre, y tus hijos nunca podrán olvidar la mala impresión que les produjeron aquellas expresiones tan descorteses y aun groseras, que te permitiste, cuando en un momento de sobreexcitación nerviosa los corregiste, con las cuales no sólo te desautorizaste ante ellos sino que, además, te enajenaste su amor. Y ¿no sabes tú, madre nerviosa, que sólo el amor es educativo, no los gritos y violencias de lenguaje?

Si es esposo el nervioso destemplado que nos lee, compadecemos, de veras, a la infortunada esposa, pues abundarán más las espinas que las flores en el tálamo nupcial, porque su marido no será el dulce compañero que le dió la Providencia para conllevar las penalidades de la vida, sino uno de aquellos tiranos que se estilaban en los ominosos tiempos del paganismo, que miraban en la

esposa una esclava de sus caprichos y veleidades.

Si es hijo la víctima de las destemplanzas nerviosas, se insolentará con la autoridad paterna, cuando se le crispen los nervios, con palabras y obras que Dios tiene prohibidas en el cuarto Mandamiento, y con penas severísimas castigadas.

Si es gobernante y tiene mal genio, sus intemperancias en el manejo de la vara de mando le acarrearán funestos y gravísimos disgustos, porque sus súbditos verán en él a un tiranuelo aborrecible.

Si tú, que nos lees, eres maestro, y no pones freno a tu carácter irascible e impetuoso, serás el terror de tus discípulos, quienes no verán el momento de librarse de tu cruel palmeta, y huirán de tu sombra como huye del gavilán la bandada de tímidas palomas.

Para que te convenzas, amigo lector, de que no a humo de pajas hemos escrito el título que encabeza este artículo :

¿ERES NERVIOSO? NADA TE TURBE

Artículo XX

¿ESTAS TENTADO? NADA TE TURBE

A las tentaciones, unos les dan demasiada importancia y otros poca. Tú que este artículo lees, figurarás indudablemente entre los primeros; y esa es la causa de tus turbaciones, cuando te sientes tentado; y das a las tentaciones demasiada importancia, por una de estas dos causas: o porque estás poco instruído en esta materia, o porque eres de conciencia exageradamente meticulosa.

Lee, pues, atentamente este artículo, y quedarás acerca de las tentaciones lo suficientemente instruído para que, cuando te veas acometido de ellas, te gobiernes por los dictámenes de la razón y enseñanzas de la fe; y con eso desaparecerá, probablemente, tu exagerada meticulosidad de conciencia.

En primer lugar, te suponemos hombre de buena voluntad, esto es, que no quieres ofender a Dios por nada del mundo.

Y esto supuesto, decimos que la tentación no es pecado: el pecado se comete cuando se cae en la tentación. Esto lo comprenderás, perfectamente, si te haces cargo de que la tentación no es otra cosa que un combate espiritual, en el cual el tentado lucha en defensa de la verdad y de la virtud contra

los enemigos del alma. Y ¿acaso el soldado que en el campo de batalla lucha, valientemente, en defensa de los intereses de la patria comete una acción vergonzosa? Ciertamente que no. Lo que cubre de vilipendio al soldado, es que se deje derrotar, cobardemente, por el enemigo.

Para animarte en estas luchas espirituales ten presente, en primer lugar, lo que dijimos hablando de las persecuciones, de que son objeto los justos, que no las podemos evitar, porque vivimos entre enemigos que se han conjurado para nuestra perdición.

Y te diré que, de los tres enemigos que tenemos, el más temible, por su tenacidad y constancia, es el que nos provoca a esos combates especiales del espíritu, que se llaman tentaciones; porque de los dos primeros que nos persiguen, podemos huír, más o menos; del tercero, no. Podemos huír del mundo, retirándonos a un desierto, o encerrándonos entre las paredes de un cenobio; y contra el que ha vencido al mundo, apenas le queda poder alguno al demonio para molestarle. Mas el anacoreta, que se ha retirado a los desiertos, y el sediento de mayor perfección, que se ha encerrado en el cenobio, llevan siempre consigo al peor de los tres enemigos, que es la carne, del cual principalmente proceden las tentaciones; porque en estos combates espirituales nada pueden el mundo y el demonio, si no tienen de su parte la carne.

Si las tentaciones, de suyo, no son pecado, cuando el tentado es un hombre de buena voluntad, que en ellas defiende la causa nobilísima de la verdad y de la virtud, ¿qué motivo tienes para turbarte? ¿Acaso la molestia que te causa el tener que andar constantemente, arma al brazo, para no sucumbir en la refriega? No te negaremos que esta lucha sea, a veces, pesadísima; pero acuérdate que el soldado no se corona de laureles estando mano sobre mano, vegetando en la ociosidad del cuartel, sino en el fragor del combate, defendiendo con bravura el puesto que se le ha confiado.

«Nadie será coronado, sino hubiere peleado antes legítimamente» dice San Pablo. «Para el vencedor está reservado el maná escondido», se lee en el Apocalipsis.

Si eso haces, esto es; si luchas valientemente en el tiempo de la tentación; si no cedes nunca, ni un palmo de terreno al enemigo, no te acongojes; porque escrito está que, por recias que sean las tentaciones, nunca te faltará el auxilio del Cielo para que salgas vencedor; así nos lo asegura San Pablo.

Recias, vehementes fueron las tentaciones que contra la angelical virtud experimentaba San Jerónimo, mientras destrozaba sus carnes en la cueva de Palestina; y por eso no dejó de ser el Doctor Máximo de la Iglesia.

Muy abominable fué la guerra que contra la pureza hubo de sostener Catalina de Sena,

hasta el punto de que su imaginación, por espacio de tres días y tres noches, parecía un teatro de obscenidades, como declaró ella misma; y no obstante, eso no fué obstáculo para que, en cesando el terrible combate, se le apareciese Jesucristo, y la dijera que durante los tres días había estado en su corazón, y lo había presenciado con singular agrado.

Si la tentación fuese pecado, Jesucristo no hubiera sido tentado; y con todo, el Santo Evangelio nos dice que, en el desierto, Satanás le acometió con tres tentaciones.

Pero hay quienes son tentados y se acongojan, y con mucha razón; mas esas no son aquellas almas de buena voluntad de que hablábamos. Porque esos tentados que tienen motivos fundados para acongojarse, no pertenecen al número de aquellos soldados valientes, que nunca ceden ni un palmo de tierra al adversario en el combate, sino que, por el contrario, le ceden muchos palmos, y aun metros. Digamos las cosas como son, para que nos entendamos mejor:

¿Quiénes son, pues, los que tienen motivos para temer que en las tentaciones no se portan como Dios manda?

Es curioso oír a ciertos tentados contra la castidad, pongamos caso, lamentarse de la molestia que estas tentaciones les causan: hacen protestas de que no quieren sucumbir en ellas, y, por otra parte, no practican ningún medio eficaz para salir victoriosos,

sino que, por el contrario, parecen dar armas al enemigo para que les combata más encarnizadamente; se quejan de tentaciones contra la castidad, y no se privan de presenciarse espectáculos teatrales licenciosos y escenas cinematográficas indecorosas: leen novelas inconvenientes; apacientan los ojos en los fotograbados de revistas, enteramente mundanas; sostienen relaciones peligrosas: en una palabra, se meten en el horno de Babilonia, y luego preguntan: ¿qué ¿qué harán para no quemarse? Eso es el colmo de la frescura.

Eso se llama no tener temor de Dios; importárseles un ardite del pecado mortal; preferir el placer que proporciona la satisfacción de una aficióncilla desordenada, a los placeres sólidos que proporciona la práctica de la virtud.

¿Estás tentado? ¿Qué te toca hacer, como buen cristiano? Huye con energía de las ocasiones que te ponen en peligro de caer en la tentación; ora frecuentemente y con fervor; robustece tu alma con la recepción frecuente de los santos Sacramentos; y entonces podrás retar con San Pablo a todos los enemigos de tu alma, seguro de la victoria. Te recomendamos la lectura del capítulo 13 del libro primero del Kempis, magistralmente tratado. Allí te enseñará el gran Maestro de Ascética cómo son inevitables las tentaciones, y por qué; su proceso y resultados funestísimos, si no se resiste a

ellas con energía en un principio; y los grandes progresos en virtud que con el auxilio de las tentaciones hicieron los santos.

Artículo XXI

¿PECASTE? ...! ...! ...!

¡Desgraciado!! ¿Qué hiciste? Quebrantaste una ley santísima... la despreciaste... y al despreciar la ley, despreciaste al Autor de ella, que es Dios. Este desprecio envuelve una injuria de malicia infinita, porque tú eres un miserable sér, sacado de la nada; lleno de imperfecciones y flaquezas, que serás reducido a polvo; y éste a quien ofendiste es el Dios de inmensa majestad, a quien no pueden comprender los Querubines y por eso cubren el rostro con sus alas, en señal de profunda reverencia. «El es el Rey poderoso y por demás temible. Es el Señor sentado en su solio, a quien asisten los Ejércitos del cielo puestos a su derecha e izquierda: debajo de El se encorvan los que llevan el mundo: con sólo tres dedos sostiene la gran mole de la tierra, y tiene en su mano el alma de todo lo que vive». Así le describe el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura. Y, ¡a tan tremenda Majestad te atreviste a irritar con tus pecados, polvillo

vill! ¿No ves que siendo sapientísimo, nada ignora y estuvo presente a tu pecado; y siendo el Santo de los santos, no pueden sus ojos limpiísimos ver la fealdad del pecado, de tal modo que el asco y aborrecimiento que concibió de tu pecado, fué mayor que todas las satisfacciones que con sus méritos pudieran darle todos los santos? ¿No temblaste de ofender al Fuerte, al Poderoso que podía, en el mismo instante en que pecaste, precipitarte en el infierno?

Acuérdate de que así que hubo pecado la tercera parte de los Angeles, «atados con amarras de infierno fueron arrojados al abismo para ser atormentados», como dice san Pedro; y de nada les sirvió ser las criaturas más nobles de la creación, inteligencias soberanas, Príncipes del Cielo, prodigios de hermosura, adornados con todas las dotes de naturaleza y gracia.

Acuérdate de que por un solo pecado fueron nuestros primeros Padres privados por Dios de la justicia original; de los hábitos y dones sobrenaturales; del dominio sobre los animales y sus apetitos; fueron desterrados del Paraíso de delicias a este valle de miserias, en donde sus descendientes sufren y sufrirán, hasta la consumación de los siglos, las terribles consecuencias en el cúmulo de males que sin cesar nos abruman. Por los pecados rompió Dios un día las cataratas del cielo, y anegó en un diluvio de aguas la raza humana. Por los pecados redujo a ce-

nizas cinco ciudades del Asia. Y, lo que pone el colmo al asombro, el pecado hizo descender a Dios de su solio, y le tuvo encarcelado en el seno de una mujer, por nueve meses, y le hizo sudar sangre en el huerto de Getsemaní, y le abofeteó en el tribunal de Caifás, y le azotó y coronó de espinas en el pretorio de Pilatos y por fin, le clavó en la cruz, donde entre tormentos acerbísimos exhaló el último suspiro.

Y, lo tremendo y verdaderamente pavoroso, es que el pecado ha cavado los abismos infernales, en donde un pueblo incontable de seres humanos es horriblemente atormentado, y lo será por los siglos de los siglos porque salieron de este mundo con él alma manchada, algunos de ellos sólo con un pecado.

Y, si en el mismo momento en que pecaste, te hubiera tratado el Omnipotente como merecías, ahora serías una criatura desdichadísima.

Por estas consideraciones, fundadas todas en principios de fe, al escribir en el título del artículo: ¿Pecaste?... no pudimos continuar escribiendo lo que en los demás: «Nada te turbe»; porque, ¡ay de aquel que después de haber pecado, no se turba!

Pero, ¿cuánto tiempo ha de durar la turbación del pecador? Poco, si a la ofensa sucede, inmediatamente, el profundo arrepentimiento de haberla cometido; porque el Espíritu Santo nos asegura «que en el mis-

mo día en que el impío se arrepentirá sinceramente de su impiedad, no sentirá sus daños». Si pecaste, pues, reconoce inmediatamente la gran miseria en que incurriste; estremécete, santamente, ante la consideración de los terribles males que, juntos con el pecado, entraron en tu alma. Dios fué tu enemigo; las puertas del Cielo se te cerraron; entre el abismo infernal y tú, no había más distancia que el grueso del hilo de la muerte. Di: Señor, en el mismo instante en que os ofendí, podíais enviarme la muerte y precipitarme en las llamas del infierno: lo hicisteis con los Angeles prevaricadores, seres incomparablemente más sublimes que yo... y a mí... ¡me habéis tenido compasión!! Oh Amor infinito, ¿quién no os amará? ¿Es posible que yo haya ofendido a un Dios tan bueno... tan misericordioso?

Estas exclamaciones, salidas de lo íntimo del alma, envuelven un acto perfecto de contrición la cual tiene, ya de suyo, virtud para borrar los pecados por el propósito que explícita, o implícitamente, contiene de confesarse; por lo cual, si has tenido la desgracia de pecar mortalmente, no has de contentarte con despertar en tu corazón estos sentimientos de intenso dolor por la culpa cometida, sino que has de ir a postrarte, lo más pronto posible, a los pies de un confesor, a quien declararás las miserias en que has incurrido, con toda sinceridad, para que merezcas oír de sus labios aquellas palabras

tan sublimes como consoladoras: «Yo te absuelvo de tus pecados en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

¡Ah!, y en estos momentos, sí que tienes motivos solidísimos para exclamar: «Nada te turbe». Nada te turbe, porque Dios ya vuelve a ser tu amigo. Nada te turbe, porque tienes abiertas otra vez las puertas del Cielo. Nada te turbe, porque estando en estado de gracia, por cada obra buena que hagas en adelante, merecerás un nuevo grado de gloria eterna.

Artículo XXII

¿TE CONFIESAS? NADA TE TURBE

Así somos... hasta muy capaces de sacar tinieblas de la luz, ponzoña de la triaca y arroyos de mirra de los panales de miel. ¿Acaso el divino Sacramento de la Penitencia no es un foco soberano, en donde reverberan los rayos de la misericordia divina; una panacea maravillosa para remedio de todas las necesidades espirituales, y un panal misterioso de miel dulcísima?; y no obstante para algunas almas, no pocas en número desgraciadamente, viene a resultar un manantial de angustias... un manantial de angustias,

cuando se preparan para confesar; un manantial de angustias, cuando se confiesan, y un manantial de angustias, después de haberse confesado. ¿Es posible? ¿Es posible que esas almas así desacrediten un Sacramento instituído por Jesucristo para reconciliar al pecador con Dios; para consolar a los afligidos, y poblar el Cielo de justos?

Vamos pues a cuentas, para que del ajuste de cuentas que vamos a hacer, queden las cosas restablecidas en su propio lugar. ¿Por qué te angustias, pues, cuando vas a confesarte, oh piadosa lectora, que lectoras suelen ser y no lectores, las que en tales angustias andan envueltas?

Te digo que si eres alma de buena voluntad, no debes angustiarte, porque supuesta tu buena voluntad, las angustias que experimentas son tan ofensivas a la razón y sentido común, como a las enseñanzas de esa fe que en tanta estimación tienes.

Vamos a demostrar ésto; a ver si nuestras razones te convencen tan plenamente, que después de haberlas leído cesen ya, de una vez para siempre, esas manías que tan ridícula te hacen aparecer delante de Dios y de los hombres.

Y volvamos a la misma pregunta: ¿por qué te angustias?—Porque temo confesarme mal. ¡Oh... si yo tuviera la seguridad de que me confieso bien!...

Pero, ¿no me has dicho que vas a confesarte con buena voluntad?—Así lo creo.—

Pues, si así lo crees, eso te debe bastar para levantarte tranquila de los pies del confesor.— ¡Oh Padre! si tengo tan mala memoria, ¿cómo puedo confesarme bien?— En ninguna parte está escrito que se necesite buena memoria para confesarse bien. El que contigo habla es confesor, y puedo asegurarte que cuando se arrodilla a mis pies un penitente dotado de memoria feliz, me es muy difícil dominar las primeras impresiones de los nervios, que esa tan excelente cualidad de mi querido penitente me produce; pues, sé que me toca oír una interminable historia, más que de pecados, de impertinencias, porque hasta en el confesonario que debe ser el patíbulo de todos los vicios, campea a veces por sus respetos la vanidad de ciertos penitentes en querer lucir su memoria feliz y los encantos de la elocuencia; porque éstos suelen tener la mala costumbre de entretener más de lo conveniente al confesor, contándole la historia de cada falta, en lugar de decirle sencillamente las faltas, que es propiamente lo que constituye la materia de la confesión.

Conste, pues, que la buena memoria no es condición necesaria para confesarse bien; porque el tener memoria no está en nuestra mano, y Dios no pudo exigir como condición indispensable para la válida recepción de sus sacramentos, tan íntimamente ligados con la eterna salvación de nuestra alma, una cosa que no está en nuestra mano alcanzar. Por

eso te he dicho que para confesarse bien, basta una buena voluntad, la cual todos podemos tener. Ten bien entendido que Dios no exige, ni puede exigir imposibles.

—Pero, Padre, y ¿cómo puede confesarse debidamente el que no recuerda bien los pecados que ha cometido? —Acaso tú, que eso dices, has oído por lo menos un centenar de sermones sobre las condiciones necesarias para la buena confesión, y por lo visto no te has enterado, todavía, de uno de los puntos principales, tan claramente definidos por los autores respecto de este particular.

¿Quién te ha dicho que para confesarse bien es necesario decir todos los pecados, que se han cometido? De los pecados que se han cometido, no hay necesidad de confesar ninguno para la validez del sacramento; de modo que puedes ir a comulgar sin escrúpulo con pecados veniales, y aun el decreto publicado por la Sagrada Congregación del Concilio sobre la comunión cotidiana dice a los fieles que es mejor ir a comulgar con pecados veniales que abstenerse.

Luego ves cuán caprichosamente procedes, cuando te angustias porque no recuerdas todos los pecados veniales que has cometido... Si no tienes obligación de confesar ninguno, cuánto menos todos. Las almas tan temerosas de Dios como discretas que saben confesarse bien, aun cuando recuerden uno por uno los pecados veniales que han cometido, no suelen confesarlos todos, sino que escogen cua-

tro o cinco de los más notables; aquellos que caracterizan mejor sus pasioncillas, y los declaran llanamente y sin rodeos, con verdadero sentimiento y pesar de haberlos cometido, que es lo que importa; sin molestar al confesor con historias, que no hacen al caso, y que sólo sirven para enredar al penitente y distraerle de los puntos principales de la confesión.

Pero, supongamos que los pecados cometidos sean mortales. Cuando son mortales los pecados, tampoco es necesario confesar todos los cometidos, sino aquellos que uno recuerda bienamente, después de un examen diligente de conciencia, hecho con buena voluntad: precisamente por la razón, tantas veces repetida, de que para la validez de la confesión basta la buena voluntad, la cual contiene siempre, por lo menos virtualmente, un deseo sincero de hacer las cosas como Dios manda. ¡Oh Padre! A mí lo que más me acongoja en la confesión es, precisamente, la falta de esa buena voluntad que usted tanto encarece; y me induce a creer la falta de esa buena voluntad el que no tengo verdadero dolor y sentimiento de los pecados que he cometido.

Me parece poder asegurarte que la angustia que sufre tu corazón, por este motivo, es un indicio moralmente cierto, de que te confiesas con el dolor suficiente para que resulte válida tu confesión.

Porque, ¿cuál es el dolor que se necesita

para confesarse bien? Sabido es, en primer lugar, que el dolor de haber pecado puede ser imperfecto, o de atrición, y perfecto, o de contrición. El primero, que consiste en dolerse de los pecados por el temor de las penas del infierno que ha merecido el pecador, o por la pena que siente por la pérdida del Cielo, borra los pecados, así mortales como veniales, cuando va acompañado de la confesión oral y absolución del sacerdote. Afirmo, pues, que este dolor, al menos, lo tienes siempre y, precisamente la congoja que te causa el temor de no tenerle, es signo indudable, como te decía, de que realmente lo tienes. Porque, ¿cómo puede dejar de amar sinceramente a su padre el hijo que se acongoja por el temor de que no le ama?

—Es que cuando voy a confesarme nunca brota una lágrima de mis ojos, ni un suspiro de mis labios. Buenas son las lágrimas que arranca de los ojos el intenso dolor de los pecados, pero no son necesarias, ni en ellas consiste la substancia del dolor. Cuántos hay que se confiesan perfectamente, y jamás han sentido rodar por sus mejillas un cachito de lágrima.

Por lo demás, salen del confesonario firmemente resueltos a no volver a pecar y acabar con las ocasiones que les indujeron al pecado. Eso... eso sí, que es oro puro en la confesión. Las lágrimas son un accidente del dolor y, nada más; son una señal externa del dolor interno. El dolor verdadero,

substantial reside en la voluntad, no en los ojos ni en los labios, contenido en dos actos, principalmente: en el pesar interno de haber ofendido a Dios y en el propósito firme de no volverle a ofender.

Y cuando te preparas para confesarte, más que en el número y especie de las faltas que cometiste, has de ocuparte en los motivos solidísimos que tenemos para sentirlas y aborrecerlas; y si con esta disposición te acercas a la recepción del Sacramento de la Penitencia, será éste para tí un manantial tan fecundo de consuelo, de paz y tranquilidad de espíritu, que con el tiempo la frecuencia de los dos sacramentos más soberanos, el de la Penitencia y Eucaristía, constituirá el objeto más íntimo de los anhelos de tu corazón y, al igual que otras almas privilegiadas, te impondrás como un deber sacratísimo de acudir a ellos, como a la fuente más copiosa de espiritual regeneración, diariamente.

Artículo XXIII

¿TIENES DESCONSUELOS ESPIRITUALES?

NADA TE TURBE

Tú eres un alma de Dios, que no te contentas con hacer lo que Dios manda, sino que te adelantas a cumplir su voluntad so-

berana, en todo lo que le agrada. Te das a la vida devota y estás metido de lleno en el campo de la piedad.

Oyes todos los días la santa Misa; confiesas cada ocho días y comulgas diariamente, desde que entendiste que ese es el deseo del Papa, tan terminantemente manifestado en el decreto sobre la Comunión diaria publicado en 1905; y tienes un excelente Director espiritual, que es el confidente de tus secretos más íntimos y, con grande acierto, guía tus pasos por las intrincadas veredas del espíritu.

Rezas el santo Rosario en familia; no faltas a las funciones religiosas de la tarde y oyes con espíritu de fe los sermones, sin parar mientes en si la palabra de Dios sale de los labios del Predicador envuelta en raudales de elocuencia, o modestamente vestida. Tienes todos los días media hora de meditación y un rato de lectura espiritual; y eso lo practicas con tanta asiduidad, que ya te sabes de memoria el Kempis, cuyas máximas admirables tienes tan bien meditadas, que sacas de ellas grandes alientos en los momentos críticos de la vida. Por la noche nunca te acuestas sin haberte arrodillado, antes, a los pies de un crucifijo, examinando en su presencia tu comportamiento del día, por espacio de un cuarto de hora, y pidiéndole con amargura de corazón perdón por las faltas que has cometido.

Eres socio activo de las Conferencias de

san Vicente de Paúl; celador fervoroso del Apostolado de la Oración, y, con mucha edificación de los fieles, todos los primeros viernes de mes te acercas al festín eucarístico, ostentando sobre tu pecho el piadoso escapulario.

Cuando los que en la población en que vives, tratan de promover alguna obra de propaganda católica, acuden a tu casa, seguros de encontrar en tu persona un entusiasta protector. Todos los años, durante los Santos Ejercicios, experimentas un nuevo impulso para ir adelante en el camino comenzado.

Eso se llama vivir entregado, en cuerpo y alma, a la vida de piedad, y esa es la fase resplandeciente de tu vida.

Ahora viene la fase negra. Tú habías leído muchas veces en los libros, y habías oído en los sermones, que esa vida santa es un mar de delicias interiores, y que los que navegan a través de sus ondas, gozan en este mundo de una especie de bienaventuranza anticipada.

Y tú experimentas todo lo contrario de lo que has oído y leído. Para ti, en el Cielo de esa nueva vida en que has entrado, apenas ha brillado un solo día el sol, ni siquiera te ha sido dado gozar de los tenues fulgores de alguna estrella. Siempre tinieblas en la inteligencia, desmayos en la voluntad, desconsuelos, abatimientos, tentaciones insostenibles... ¡Pobre Teresa de Jesús! ¿Qué alma hubo dotada de mejor voluntad que la suya,

para amar y servir a Dios? Y, no obstante, iba a la oración, todos los días, y en ella experimentaba su corazón tales congojas y angustias, que no vaciló en afirmar que le parecía sufrir en ella tormentos semejantes a la pena de daño de los condenados.

Y añadiremos, ahora, nosotros que según el parecer de los autores ascéticos, fundado en el testimonio de la historia, apenas hay ninguno, por santo y perfecto que sea, que no sienta, a tiempos, estas sequedades y desamparos espirituales. Lo leemos de San Francisco de Asís y de Santa Catalina de Sena, con haber sido tan regalados y favorecidos de Dios. Y San Antonio Abad, con tener tan alta oración que las noches le parecían un soplo, y se quejaba del sol porque madrugaba tanto, con todo eso, algunas veces era tan fatigado y acosado de pensamientos malos e importunos que clamaba y daba voces a Dios: Señor, que querría ser bueno y mis pensamientos no me dejan; y San Bernardo se quejaba de lo mismo, y decía: ¡Oh Señor, que se ha secado mi corazón y apretado y cuajado como leche, y está como tierra sin agua, que no me puedo compungir, ni mover a lágrimas! Tanta es la dureza de mi corazón. No me hallo bien en el coro; no gusto de la oración espiritual; no me agrada la meditación. ¡Oh Señor, que no halle en la oración lo que solía! ¿Dónde está aquel embriagarse el alma de vuestro amor? ¿Dónde está aquella serenidad y aquella paz y gozo en el Espíritu Santo?

¿Qué más? El mismo Jesucristo sudó sangre de congoja en el Huerto de Getsemaní, y sintió el desamparo de su Eterno Padre estando clavado en la cruz, como se ve por aquellas palabras: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?»

Eso de haber pasado, generalmente, los santos, y sobre todo el Santo de los santos por esos desconsuelos espirituales, es una prueba evidente de que no siempre suponen culpa en el que los padece, sino que Dios tiene otros fines altísimos, al afligir con ellos a sus almas predilectas.

Y en efecto; para esas almas escogidas las penas interiores son un crisol, en el que Dios las purifica hasta de los más tenues desórdenes que deslustran el brillo de sus obras, para que nada haya de propia voluntad, sino que todo vaya regulado por el deseo de cumplir fidelísimamente la voluntad divina, y entonces los desconsuelos espirituales son una fuente perenne de altísimos merecimientos.

Porque, es indudable que los regalos y consuelos que acompañan, a veces, las obras buenas que hacemos, pueden encerrar un verdadero peligro para las almas, aun las más fundadas en virtud, convirtiéndose en cebo de cierta sensualidad espiritual, que en el fondo es puro amor propio y egoísmo, lo que sólo debiera ser acicate para que el alma corriera más ligeramete por el camino de los divinos Mandamientos.

Pero las sequedades y desconsuelos espi-

rituales tienen, a veces, un origen mucho menos noble que el expuesto. Muchos hay que los experimentan como un castigo de sus culpas. Estos hacen muchas cosas buenas, pero mezcladas con imperfecciones y negligencias culpables; de donde procede ese estado de anemia espiritual, llamado tibieza.

¿Cómo te atreves a exigir de Dios que te mime con regalos espirituales, en los actos de piedad que practicas, si le amas tan poco; si cometes tantos pecados veniales deliberados; si no tienes ningún reparo en impacientarte, mentir, murmurar; si promiscuas a menudo lo bueno que agrada a Dios, con ciertos entretenimientos profanos que tanto le desagradan? Los mimos y regalos los reserva Dios para las almas que le han entregado por entero el corazón, no para las que lo tienen repartido entre Dios y el mundo. Dios es demasiado noble para contentarse con esas ruindades.

Observa que, si bien es verdad que los santos pasaron por esos períodos de sequedades interiores, no fué por mucho tiempo, en general; pues Dios en esta vida les daba a gozar, a tiempos, tales raudales de espirituales delicias que no cabiéndoles en la estrechura del corazón, exclamaban algunos de ellos: «Basta, Dios mío, basta, no puedo más».

Pero esos oasis del camino espiritual no los goza quien vive hundido en la tibieza. ¿Y sabes tú cuáles son las señales para co-

nocer si te hallas en ese estado deplorable, incompatible con las delicias celestiales que disfrutan, a tiempos, las almas fervorosas? Bueno será que las conozcas, para que estés a la mira, y te animes a sacudirla, si tienes necesidad.

Son dos. Primera: si sientes afición a los pasatiempos mundanos y careces de energía para dominarte, y das a conocer tu flaqueza de espíritu diciendo: que los que viven en sociedad han de dar tiempo al tiempo; que no conviene extremar las cosas; que el mismo Jesucristo dijo: dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César; que los que no han nacido para el claustro, deben transigir con ciertas exigencias sociales, con tal que en esas transigencias no se vea pecado mortal.

Así hablan las víctimas de la tibieza. Tú quieres amar a Dios, pero no con exceso; tú, hasta militas en el campo de la piedad, pero sin dar en exageraciones; no te falta la misa diaria, y la comunión diaria, y el santo Rosario diario; pero no te has rendido del todo a Dios, como hicieron otros que no fueron frailes ni monjas, como tú no lo eres, y vivieron dentro del mundo con el cuerpo, pero muy distanciados de él con el espíritu; y por eso, aun siendo seglares, fueron almas de virtud solidísima, y gozaron, a sus tiempos, de las delicias espirituales, sólo reservadas a las almas sinceramente piadosas. Muchos casados y casadas hay y ha

habido, que han brillado por sus virtudes solidísimas, y hoy los veneramos en la cumbre de los altares.

La segunda señal de la tibieza es: la inconstancia en la práctica de los ejercicios de piedad.

Eso de dejar la misa, porque sí; la comunión, porque sí; el Santo Rosario, porque sí; ésto es, porque no te viene bien; porque te dejas dominar de la pereza; porque te parece que no te sientes tan bien como ayer: eso... ¡ah! son señales de un alma muy poco amante de la virtud sólida que se alimenta, sobre todo, del sacrificio. El que ama a Dios de veras, hasta se complace en que se presenten ocasiones de hacer sacrificios, en aras del amor que le profesa.

Si, pues, oh lector querido, reconoces por estas señales que las sequedades de espíritu de que te lamentas, provienen de la tibieza espiritual; ámate a sacudir de tu alma esa lepra maligna; ama más de veras a tu Dios, y en el amor finísimo, con que Dios corresponderá a tu amor, hallarás una fuente de interior consuelo que, si bien sea intermitente, a sus tiempos inundará de espirituales consuelos tu corazón.

Y aunque en la oración padezcas distracciones y tentaciones muy pesadas contra la fe, la pureza y de desconfianza en la divina misericordia; aunque te parezca que las confesiones no te aprovechan, y ningún consuelo experimentas en la comunión frecuente, y

te aburres cuando oyes sermones, y te caen de las manos los libros espirituales, y te duermes en los exámenes de la noche; no vuelvas por eso atrás de lo comenzado; persevera firme en la oración; no dejes de confesarte en el tiempo que tienes por costumbre; comulga diariamente: y así lo harás seguramente, si en las prácticas de piedad no te buscas a tí mismo, sino puramente la voluntad de Dios, el cual si en este mundo tiene a bien negarnos sus consuelos soberanos, queda como obligado a acrecentarlos, inmensamente, en pago del desinterés con que le hemos servido, allá en el reino de los Cielos.

De un siervo de Dios cuenta Blosio que le hacía el Señor grandes favores y regalos, dándole grandes ilustraciones y comunicándole cosas maravillosas en la oración y él, con su mucha humildad y deseo de agradar más a Dios, pidióle que si era servido y se agradaba más de ello, le quitase aquellos favores. Oyó Dios su oración y quitóselos por cinco años, dejándole padecer en ellos muchas tentaciones, desconsuelos y angustias; por lo cual estando él una vez llorando amargamente, apareciéronsele dos Angeles y queriéndole consolar, les respondió: yo no pido consuelo, porque me basta por consuelo que se cumpla en mí la voluntad de Dios.

Deduzcamos ahora de lo dicho las consecuencias prácticas que nos hemos propuesto sacar.

Si eres un alma fiel, que amas sinceramente a Dios, de modo que por nada de este mundo, ni porque la vida te quitasen, estés dispuesta a ofenderle; y en el terreno práctico manifiestas este amor en la inalterable regularidad con que ejecutas los actos de piedad que constituyen lo que podríamos llamar tu programa espiritual; de modo que por nada te dispenses de su cumplimiento, como no sea por enfermedad o alguna grave ocupación; y, a pesar de esa tu fidelidad en el servicio de Dios, sientes sequedades de espíritu, desconsuelos, abatimientos, tentaciones y distracciones continuas; *Nada te turbe*, porque esas sequedades y desconsuelos espirituales son una prueba evidente del amor finísimo que Dios te tiene, el cual se propone purificar tu alma con esos trabajos interiores y labrarla con todos los primores de las virtudes sólidas, a fin de que al salir de este mundo se halle dispuesta para ocupar un trono elevadísimo en el reino de la gloria.

Artículo XXIV

¿NO ERES TAN VIRTUOSO COMO QUISIERAS?

NADA TE TURBE

Para que se vea la trascendencia del pensamiento contenido en el *Nada te turbe* de Santa Teresa, y cuán incomparable don es

el bien de la paz, que con la práctica del *Nada te turbe* se alcanza, nos ha parecido oportuno discurrir, brevísimamente, en este artículo sobre la conformidad con la voluntad de Dios que hemos de tener, aun cuando no poseamos las virtudes y demás dones sobrenaturales, en aquel grado de perfección que quisiéramos.

Claro es que el deseo de ser más santos, más perfectos de lo que somos, es un deseo excelentísimo; pero decimos que de tal manera hemos de desearlo; de tal manera hemos de suspirar por ir siempre adelante en el camino de la virtud, que no por eso perdamos la paz, si nuestros deseos no se realizan. Quisiéramos explicarnos bien, a fin de que de nuestras palabras brotara la luz suficiente para iluminar una materia tan interesante en la vida espiritual como escabrosa. Tú dices: yo quisiera ser puro, como un San Luis, humilde como San Francisco de Asís, fervoroso como Teresa de Jesús; paciente como Job, y, ¡ay! las tentaciones contra la pureza me combaten, de día y de noche; no me es posible dominar los ímpetus de la ira; no puedo valerme de distracciones en la oración.

En esas quejas, que de tus labios hemos oído más de una vez, hay una cosa muy buena y otra que no lo es tanto. Es muy buena la confusión y humildad que esas miserias involuntarias, por consiguiente inculpables, te han ocasionado; pero el desasosiego y turbación en que andas, porque Dios

no te dió el don tan perfecto de castidad como a San Luis, y porque no eres tan humilde como San Francisco, ni tan paciente como Job, ya no son del agrado de Dios y debes desterrarlos de tu alma porque, si bien son cosas muy buenas y santas, indican tu poca conformidad con la voluntad divina, que es la primera de las virtudes.

«No creo que ha habido Santo; dice el gran Maestro de espíritu Padre Avila, que no desease ser mejor de lo que era; mas esto no les quitaba la paz, porque no lo deseaban ellos por su propia codicia sino por Dios, con cuyo repartimiento estaban contentos, aunque menos les diera; teniendo por amor verdadero el contentarse con lo que Dios les da, más que el desear tener mucho, aunque diga el amor propio que es para más servir a Dios».

Eso no quiere decir que no debemos ser cada día más santos, y procurar imitar a los que más se han adelantado en la virtud: no faltaba más, sino que en estos mismos deseos está de sobra la demasiada solicitud y la congoja de alcanzarlo conforme a nuestra voluntad, y no según la voluntad de Dios. En una palabra: desea ardientemente ser virtuoso; haz de tu parte cuanto puedas para alcanzar el cumplimiento de tus deseos; no te olvides en tus oraciones de pedirlo a Dios con fe y constancia invencibles; pero ten presente que los dones que pides son muy altos, aun en el orden sobrenatural, y que Dios los reparte

a quien le parece, según su soberano beneplácito : por tanto, si después de haberlo pedido, debidamente, no los alcanzas, no caigas por eso en ninguna impaciencia, que sería peor que la carencia de los mismos dones soberanos.

Consta, pues, de todo cuanto hemos escrito en este tratado, que en todo caso hemos de conservar la paz del alma y evitar, por consiguiente, la turbación, que es su grande enemigo.





CAPITULO II

NADA TE ESPANTE

Artículo I

¿EN QUE CONSISTE EL ESPANTO?

La turbación y el espanto coinciden en algunos puntos, y se diferencian en muchos. Coinciden en la alteración que una y otro producen en nuestro sér, y se diferencian en que la alteración producida por el espanto es más profunda y de consecuencias más trascendentales.

Los efectos producidos por el espanto son tan violentos, ordinariamente, que degeneran en trastornos radicales, en todo el sér de la víctima que tienen avasallada por entero, reduciendo, casi a la nulidad, las energías de las potencias del alma.

Porque, ¿quién se acuerda de nada en los momentos de zozobra causados por el espan-

to? Y, ¡qué mal papel hace el entendimiento en estas circunstancias, en las cuales no es el discurso cuerdo el que gobierna al hombre, sino la fantasía sobreexcitada! Y sabido es que la fantasía sobreexcitada es la loca de casa. De ahí las resoluciones extravagantes a que se precipitan las víctimas del espanto, ridículas, unas veces, y en extremo deplorables, otras.

¿No habéis visto a ciertas personas, muy sensatas por otra parte, perder toda su formalidad en un día de tempestad, hechas un verdadero juguete de su imaginación, exaltada por una fuerte impresión nerviosa? Buscan el cuarto más arrinconado de la casa y allí encerrados, herméticamente... y envueltos en las tinieblas... y tapiados los oídos con algodón... paréceles poder desafiar los horrores de la tempestad, como si el trueno, con su horrísono estampido, y con su siniestro resplandor el relámpago, no fueran los seres más inofensivos del mundo... y como si el único elemento destructor de la tempestad respetara los cerrojos de bronce, y no fuera capaz de convertir en incendio pavoroso las más espesas tinieblas, y reducir a pavesas al desdichado mortal que, acurrucado en un ángulo del tenebroso recinto, creía estar a salvo de todo peligro.

Los trastornos producidos por el espanto, dejan sentir sus efectos violentos en el sistema nervioso, muy especialmente. Y por efecto del trastorno del sistema nervioso queda

todo el sér privado de una de las corrientes más fecundas de vida. De aquí las parálisis que siguen, a veces, a los grandes espantos, o privación de la sensibilidad y movimiento en los miembros del cuerpo; los ataques epilépticos, o convulsión más o menos general del cuerpo y las disneas. ¿No habéis visto algunas veces al espantado luchar con las agonías de la muerte por faltarle la respiración, o quedarse por completo afónico, fuertemente impresionado por la vista súbita de un lobo, de un oso o de un león...?

En la circulación de la sangre deja sentir sus efectos subversivos, igualmente, el espanto, traduciéndose en perturbaciones de su regular funcionamiento, más o menos profundas y universales, según los grados de intensidad de aquél.

Unas veces, queda como helada la sangre en las arterias y venas por falta del calor vital que le trasmite el corazón; y de los elementos corruptores, que de aquí nacen, suelen formarse tumores tan peligrosos y malignos como los aneurismas; otras, privado el corazón de la energía que le comunica el gran simpático trastornado, a su vez, en sus funciones por efecto del susto, no lanza con el ímpetu conveniente las olas de sangre, a través de los canales que han de conducirla para derramar la vida por el cuerpo; y de ahí la palidez mortal del rostro del espantado, a donde no llega la corriente de vida; el frío glacial, que se apodera de todos

sus miembros y los temblores en todo el cuerpo.

Pero el espanto no sólo se diferencia de la turbación por los efectos que ambos producen, sino también por las causas a que debe su existencia.

El espanto resulta de la presencia de un mal grave que nos oprime, o del peligro de un mal grave que nos amenaza, creciendo en intensidad conforme a los grados de gravedad del presente que nos oprime, o a la mayor proximidad del futuro que nos amenaza.

Ese mal que nos espanta puede, asimismo, ser real o imaginario: y no hay que decir que los males imaginarios suelen ser, en orden a sus efectos, de peor condición que los reales; y, también, por la dificultad que suele haber de encontrar remedio eficaz para combatirlos. A la realidad mala se le opone otra realidad buena; pero las invenciones, sin base real, de la fantasía, ¿con qué razones sólidas se podrán combatir...? Si a un demente se le antoja que todo el linaje humano se ha conjurado para perderle, ¿qué medio habrá para librarle del susto cruel, que de noche y de día le atormenta? No es tan fácil disuadir a ese ilustre personaje que se llama linaje humano, de su perversa intención.

Una tarde aparece el horizonte ennegrecido por un espeso nubarrón: su vista comienza por imponer cierto respeto a los habitantes de la tierra, que lo tienen en frente. El

nubarrón de siniestro aspecto, azotado por el ala del huracán, invade rápidamente todos los dominios visibles del espacio... y a las cuatro de la tarde el sol, espantado, ha retirado su manto de resplandores... y en la comarca se va haciendo de noche. Las gentes, ya bastante atemorizadas, se preguntan: ¿en qué parará eso? Y el trueno, con su rimbombar profundo... y el relámpago, con su incesante culebrear siniestro... y el rayo que precipitándose del seno de las nubes, va a estallar, con horrible estampido, en la cúspide del campanario, contestan: ¿en qué parará eso..? En una tempestad formidable. Preparaos. Y los habitantes de la comarca comienzan a estremecerse de espanto, cuando al rimbombar del trueno, y al culebrear del relámpago, y al estallar del rayo acompaña el diluvio de aguas que cae de la región de las nubes en gruesos arroyos y, tan espesos... que el vecino no ve la casa de su vecino, y sólo se oye el estrepitoso mugir de los torrentes, que se despeñan por las vertientes de los montes, y el imponente, salvaje bramar de los ríos, que rebasando sus cauces se desbordan, arrollando en su impetuosa corriente cuanto encuentran al paso...

Y los alaridos lastimeros de los habitantes de la ribera que, aterrados, ven desaparecer, ora el pajar tras el ímpetu de la corriente... ora los mansos animales que poblaban el corral... ya un pedazo de muro que se desgaja con estruendo...; y entretanto, el horizon-

te cada vez más cerrado... y más espesa la lluvia torrencial que se desploma... y más fiero el rugido del trueno que retumba... y más siniestro el centellear del rayo que estalla... y la corriente del río siempre creciendo... y sus efectos destructores multiplicándose... y las viviendas de la ribera, con sus infortunados habitantes, rodando hacia el mar envueltos en el torbellino de las rojizas olas... ¡Sin que sea posible prestar auxilio a aquellos desventurados huertanos, que desde el tejado hinchén de alaridos el espacio... tendidos en ademán suplicante los brazos al Cielo...!

Id, en esos momentos, a hacer resonar en el seno de los hogares el sublime pensamiento de la famosa letrilla teresiana: «Nada te espante...» ¿Servirá para algo...?

Cierto es que se dan casos de peligro de muerte, tan excepcionales, que se necesita pecho, más que de héroe, para sobreponerse a las impresiones del terror; y nos parece poder afirmar que ningún pecho humano hay capaz de sobreponerse a las primeras impresiones. No nos proponemos obtener ésto de nuestros lectores, al comentar el *Nada te espante*, de nuestra letrilla. Nuestro objeto es más práctico.

Héroe, y muy héroe, era el Apóstol de las Indias, San Francisco Javier; y, no obstante, he aquí lo que escribía en una carta a sus hermanos de Roma.

«Tengo, dice, en el libro 2^o, carta 3^a,

tengo puesta toda mi confianza en Dios queriendo, cuanto es de mi parte, obedecer a Cristo que dice: «El que quisiere salvar su vida, la perderá». La cual sentencia es fácil a quien la medita, pero no a quien la practica; porque cuando llega el tiempo de perder la vida para hallarla en Dios; cuando se reconoce el peligro de perder la vida por obedecer a Dios, ¡oh! entonces sucede, no sé cómo, que aparece muy obscuro el precepto que antes parecía claro. Pues es cierto que ni los hombres más doctos entienden la fuerza de esta sentencia, sino sólo aquellos a quienes Dios, Maestro de las almas, por singular beneficio los instruye. Claramente se ve cuánta es nuestra flaqueza, y de cuán frágil condición es la naturaleza».

Con todo, no vacilamos en afirmar que el *Nada te espante* de Santa Teresa, puede sernos de mucha utilidad, en los mayores peligros de la vida, con tal que lleguemos a ellos con el alma debidamente preparada por los medios que verá el lector.

*Artículo II*HAY EXCEPCIONES :
UN HEROE QUE NO SE ESPANTA

Al escribir en el artículo precedente que no había pecho humano capaz de sobreponerse a las impresiones del terror, en ciertos casos de peligros excepcionales de muerte, hemos sufrido una equivocación lamentable. No nos acordábamos, al estampar tal afirmación, de que existe en el mundo, desde hace veinte siglos, una Religión maravillosa que en su historia ofrece, a miles, las excepciones en que sus héroes arrojaron los tormentos más horribles, con una imperturbabilidad de ánimo, del todo incompatible con la menor impresión de espanto. ¿Quién que haya leído los anales del Cristianismo, no ha admirado a esos héroes?

Hablemos siquiera de algunos de ellos, pues tan al caso viene en el asunto que actualmente nos ocupa y es, por otra parte, tan glorioso para nuestra Religión sacrosanta.

Ocupaba, a fines del siglo primero del Cristianismo, la silla episcopal de Antioquía Ignacio. Parece ser este Ignacio, llamado el *Cristífero*, por el amor entrañable que a Cristo profesaba, aquel niño que, según Nicéforo y Metafraste, Jesucristo cogió entre sus

manos, y colocándolo en medio de sus discípulos, les dijo «que habían de ser como él, si querían entrar en el reino de los Cielos».

Era Ignacio un verdadero sucesor de los Apóstoles en el ejercicio de su cargo pastoral. Instruía a los ignorantes; consolaba a los enfermos; alentaba a los que vacilaban en la fe; no había miseria que en el Santo Obispo no encontrara pronto y eficaz remedio.

Supo Trajano que el grande enemigo de los dioses del imperio era el Obispo de los cristianos, Ignacio. Hacia él, pues, encauzó las corrientes de su imperial saña. ¿Quién eres tú, le dice, sentado en su tribunal, para aconsejar en tus predicaciones a mis súbditos que renuncien a la adoración de los dioses del imperio, y doblen las rodillas ante el Nazareno, que expió sus crímenes en un vil madero? ¿Tú eres aquel Ignacio que te haces llamar Deífero, y eres cabeza de la secta de malhechores que, además de burlarse de nuestros dioses, sacrifican en sus detestables ágapes a niños inocentes?

«Yo, dijo el Santo, soy Ignacio, y me llaman Deífero, porque traigo esculpido en mi alma a Jesucristo, que es mi Dios». —«¡Pues cómo! ¿No te parece que nosotros llevamos, también, impresos en nuestras almas a los dioses inmortales para que favorezcan nuestras empresas, dijo el Emperador?»

«No digáis eso, Señor, ni llaméis dioses

a las estatuas mudas; no hay más que un Dios verdadero, Criador del Cielo y de la tierra, del mar y de todas las cosas que vemos en este mundo, y su Unigénito Hijo Jesucristo, que se hizo hombre por nosotros, al cual si tú, Trajano, conocieses, muy seguro tendrías tu imperio, tu cetro y tu corona y la victoria contra tus enemigos».

¡Qué alma tan serena! ¿No la admiras? ¿Vislumbras en esas contestaciones el menor indicio de espanto, ni siquiera de turbación..? Y eso que no le faltaban motivos crueles para ello... Sabía Ignacio que hablaba a un tirano que odiaba a muerte el nombre cristiano, y que se había propuesto raerle de la haz de la tierra, por los medios más violentos. Ignacio estaba cierto de que, si no renegaba de Cristo y ofrecía incienso a los dioses del imperio, le tocaba ser molido entre los dientes de sanguinarios carnívoros. Y, no obstante, ya lo ves; ante la amenaza de un mal tan cierto como terrible, *Nada le espanta*. Ya filosofaremos luego sobre este hecho, para nuestro espiritual aprovechamiento. Entretanto acompañemos a nuestro Adalid insigne en su campo de batalla.

«Dejemos esas palabras, díjole el Emperador; si quieres hacer cosa que a mí me sea grata y a ti provechosa sacrifica a los dioses inmortales, que yo te prometo tenerte por amigo, y hacerte sacerdote del gran Júpiter, y que seas llamado padre del Senado.»

«Bien veo, respondió Ignacio, que se de-

ben gracias a todos, y más a los Emperadores, cuando nos ofrecen su gracia, que es de tanta estima; mas si lo que ofrecen es dañoso para el alma, ¡desdichado e infeliz es el que lo promete y lo da, y el que lo desea y recibe; y tal es lo que tú me prometes. Yo soy sacerdote de Cristo, al cual cada día ofrezco sacrificio, y ahora deseo sacrificarle a mí mismo muriendo por El, así como El murió por mí! »

Trajano, por toda respuesta a razones tan firmes y tan llenas de sabiduría, dió sentencia contra Ignacio, ordenando que fuese llevado a Roma y allí, en el anfiteatro, arrojado a los leones; y ordenó el cruel tirano que la sentencia contra Ignacio se ejecutase en Roma y no en Antioquía, para que antes de morir tuviese ocasión de padecer grandes trabajos en el camino para mayor espanto de todo el pueblo, y para que los cristianos no tuviesen ocasión de honrar su cuerpo.

Ignacio oye la cruelísima sentencia, no sólo sin ninguna señal de espanto, ni turbación siquiera, sino con transportes de alegría. ¿Es eso posible? Así consta en las Actas de su martirio.

El insigne jesuíta Ribadeneira de quien es, en gran parte, este relato, dice a continuación de la sentencia: «Lloraban todos los fieles de Antioquía, y él solo estaba con el rostro sereno y alegre. Gemían las ovejas por la partida de su pastor y el pastor las consolaba, animaba y rogaba que pusiesen toda su

confianza en aquel eterno Pastor, que nunca desampara su grey; y echándoles su bendición, se despidió encomendando, con muchas lágrimas, su iglesia al Señor, la cual había gobernado, santísimamente, por espacio de 40 años». El mismo se puso las prisiones y, con un semblante del cielo, se entregó a los soldados y sayones que lo habían de llevar, que eran hombres fieros y bárbaros y tan avaros, que tenían por flor maltratarle y afligirle, sobremanera, para sacar dinero de los cristianos.....

Fué por tierra hasta Seleucia y de allí por mar a Esmirna, de donde era Obispo su antiguo amigo y condiscípulo Policarpo, con el cual se consoló y recreó, por extremo, abrazándose el uno al otro, con singular caridad, y llorando Policarpo muchas lágrimas, porque Ignacio le había ganado por la mano, e iba antes de él a gozar de la corona del martirio.

Acudía, con gran devoción y afecto, todo el pueblo de Esmirna a verle y oír sus palabras y encender su fe, y abrasar sus corazones con su ejemplo. Pedíanle su santa bendición; echábanse a sus pies; besábanle las manos, las vestiduras, las cadenas y prisiones que llevaba, y mirábanle como a un vivo retrato de Cristo.

No solamente los de Esmirna hacían ésto, mas también las otras iglesias del Asia más apartadas, le enviaron a visitar con sus Obispos y clérigos, como a padre espiritual y maestro de todos; y viendo él que muchos

fieles se enternecían y derramaban muchas lágrimas, cuando se partía de ellos, les rogaba que con sus oraciones le alcanzasen el favor de Dios y gracia para que presto fuese despedazado por las bestias fieras, y que no le perdonasen, como habían hecho a otros santos. Y temiendo que los cristianos que había en Roma, se entristecieran mucho por su martirio y, por ventura, se lo estorbaran con sus oraciones delante de Dios, les escribió una carta, de la cual reproducimos un extracto a continuación :

«A todas las iglesias, dice, escribo y les hago saber que yo *muelo por Cristo con alegría*, si vosotros no lo estorbáis. Yo os ruego que vuestra benevolencia no me sea dañosa. Dejadme despedazar por las fieras, por las cuales puedo llegar a Dios. Trigo soy de Dios, y con los dientes de las bestias fieras tengo de ser molido para ser pan blanco y digno de Cristo ; antes debéis *irritar las bestias* para que sea sepultado en ellas, y no dejen cosa sana en mi cuerpo, porque entonces seré verdadero discípulo de Cristo cuando el mundo no viere ni aun mi cuerpo. Suplicad por mí a Cristo para que por este medio yo venga a ser Hostia limpia. No os mando como san Pedro y san Pablo, porque ellos eran Apóstoles y yo soy un miserable : ellos libres, yo esclavo ; pero si vosotros quisiereis, seré rescatado por Cristo y libre en El. Ahora que estoy preso, aprendo a no desear cosa precedera y vana, yendo desde

Siria a Roma y peleando con las bestias por tierra y por mar, de día y de noche, y atado entre diez leopardos, que son diez soldados que me guardan, y tan crueles, que cuanto más bien les hacéis, tanto son peores; mas la maldad de ellos me enseña, aunque no por eso me tengo por justo.

»Lo que deseo es que las bestias estén aparejadas, y verme presto entre ellas.

» ¡Oh! si yo pudiera gozar de ellas, y con presteza me matasen y me tragasen! No querría que hiciesen conmigo lo que han hecho con otros, a quienes no han osado tocar. Si ellas no quisieran venir a mí, yo iré a ellas, y las provocaré y haré fuerza. Perdonadme, hermanos, que yo sé lo que digo y lo que me conviene. Ahora comienzo a ser discípulo del Señor. Ninguna cosa de las visibles, ni de las invisibles apetezco; todas las tengo por basura, por abrazarme con Jesucristo. El fuego, la cruz, las bestias, el ser mis miembros cortados, quebrantados, molidos, hechos pedazos y la muerte de este miserable cuerpo y todos los tormentos del demonio vengan sobre mí, con tal que yo me llegue y sea unido con Cristo.

»Crucificado estoy en Cristo, porque yo no vivo, sino Cristo vive en mí. Si yo padeciere y muriere por Cristo, será señal que vosotros me amáis, y si no muriere, que me aborrecéis».

Por fin llegó Ignacio a Roma, donde fué

entregado al Prefecto de la ciudad, el cual un día de gran fiesta y regocijo mandó traer al anfiteatro a San Ignacio para echarlo a los leones, y ejecutar en él la sentencia del Emperador.

Entra el santo en el anfiteatro, con un ánimo generoso, seguro y alegre; porque iba a padecer por Cristo, y viendo que toda la ciudad le miraba, y tenía puestos en él los ojos, les dijo: «No penséis, oh romanos que estáis presentes a este espectáculo, que yo soy condenado a las bestias fieras por haber cometido algún maleficio o delito indigno de mi persona, sino porque deseo unirme con Dios, del cual tengo una sed insaciable».

Diciendo esto, oye los bramidos de los leones que ya venían; y el santo, con ánimo impávido y acento firme, dice: «Trigo de Cristo soy; los dientes de las fieras me molerán, y harán de mi cuerpo harina para que de ella sea hecho pan y presentado a mi Señor Jesucristo». Y diciendo estas palabras, arrójanse sobre él los bravos leones y le despedazan las carnes, conforme él había deseado.

Artículo III

REFLEXIONEMOS

Por tanto, no es impracticable el sublime pensamiento, que en segundo lugar figura en nuestra letrilla: *Nada te espante*.

Aquí tenemos a un héroe cristiano que no solamente lo practicó, sino que llevó su ejecución a una altura tal de perfección, a donde no parece posible poder llegar el atrevido vuelo del ingenio más idealista.

La vida del prodigioso Obispo de Antioquía, más que relación de hechos consumados, parece un poema ideal inventado para hacer la apoteosis de la fortaleza humana en un héroe mitológico.

Acompañando a Ignacio en su viaje de Antioquía a Roma, uno va de asombro en asombro. ¡Qué alma tan soberana!... ¡Qué imperturbabilidad de espíritu tan insuperable!... Ni una vislumbre de espanto... ni siquiera de turbación... ante los mayores peligros de tremendas calamidades.

Habla a un tirano, tan poderoso como sanguinario, y parece complacerse en irritar su cólera temible con palabras, santamente arrogantes, aunque en medio siempre de la mayor consideración a la alta dignidad de que estaba revestido.

Lo sentenció a ir cargado de cadenas al calabozo, y él, con sus propias manos, se pone las cadenas; no aguarda a que el verdugo cumpla el mandato del juez, porque el deseo que tenía de verse encadenado por Cristo era tan ardiente, que no sufría dilaciones. Y entre las tinieblas del horrible calabozo estaba sonriente, como si habitase en el más suntuoso de los palacios.

Iba a Roma custodiado por diez soldados, tan inhumanos, a quienes él, que en todas ocasiones rebosaba dulzura y mansedumbre, llama diez leopardos; y en el largo viaje de Antioquía a Roma jamás respondió con la menor señal de impaciencia a las injurias y malos tratos que continuamente recibía.

Sólo le hace estremecer de espanto una cosa, y es el temor de que los fieles de Roma, con sus lágrimas y oraciones, pongan obstáculo al cumplimiento de su ardiente deseo de ser devorado por los leones.

Y en llegando el momento del tremendo sacrificio, se vió que las valientes expresiones de un valor asombroso, que con tanta frecuencia como espontaneidad caían de sus labios, no eran vanos alardes de exaltación de espíritu; porque las obras correspondieron, con admirable fidelidad, a la maravillosa expresión de sus heroicos deseos.

Roma entera fué testigo de la serenidad con que, de pie, en medio del anfiteatro... ante el espectáculo imponente de un pueblo que esperaba con ansias el momento de ver

sacitados sus instintos sanguinarios... y oyendo los tremebundos rugidos de las fieras irritadas por los verdugos, para que la horripilante escena fuera más interesante a la manada de chacales que la contemplaban... en medio, digo, de todo ese conjunto de circunstancias, capaces de hacer estremecer cualquier pecho de bronce..., el pecho del santo Pastor latía de júbilo; y sólo sentía alguna impaciencia, porque todavía no oía rechinar los goznes de las puertas que habían de dejar libre la embestida de los leones, que habían de moler entre los dientes sus carnes para convertirlas en la harina, de la que salió la hostia santa, que fué presentada en la mesa del Rey celestial.

Diríase que fueron escritos para nuestro héroe aquellos tres renglones inspiradísimos, que brotaron de la pluma de santa Teresa :

A Jesucristo sigue,
Con pecho grande,
Y venga lo que venga,
Nada te espante.

Bien está, dirás acaso; pero Ignacio de Antioquía fué un héroe, y héroes como Ignacio no hay más que uno. ¡Cómo!...

Artículo IV

Y ¿SANTA PERPETUA?

Te hemos ofrecido en espectáculo, amigo lector, a un héroe cristiano, luchando en el campo de la adversidad, con una serenidad tan estupenda, que más que de carne flaca, parecía tener formado el pecho de bronce o de pedernal; y con esta persuasión quedáramos, si no le hubiéramos visto derramar lágrimas de ternura, al despedirse de sus amigos para ir al martirio.

Ahora vamos a admirar esa misma grandeza de alma en una mujer, de noble alcurnia, y en quien la belleza moral corría parejas con todos los encantos de la belleza física. Ya verás qué magnánima aparecerá en las terribles luchas del corazón, más peligrosas, indudablemente, que las sostenidas en el campo del valor físico.

Extractamos los hechos que vamos a narrar, de las Actas de los mártires, escritas por Ruinar, conforme se hallan traducidas en una de las conferencias de Vantricht.

Nuestra heroína era africana, y se llama Perpetua. Noble, rica, cultísima y de una delicadeza de sentimientos, tan exquisita, que dará a nuestra narración la nota más conmovedora.

Fué instruída en la fe cristiana por el maestro Saturo; y no bien la hubo conocido, abrazó la verdad divina con tal entusiasmo, que en aquel momento resolvió, iluminado el entendimiento con luz del Cielo y confortada la voluntad con la gracia de Dios, sacrificar al amor de Cristo todos los demás amores más caros a su gran corazón.

Pronto llegó el día de demostrar con obras su generosa resolución.

Un día cercaron los soldados la casa en que Perpetua y cuatro cristianos más: Revocato, Felicitas, Saturnino y Secundulo se reunían para oír de labios de su venerado maestro, Saturo, la exposición de las maravillas del Cristianismo; y los cinco cristianos quedaron presos. Saturo no había llegado todavía al lugar de la reunión; pero pronto, sabedor de la suerte de sus hermanos, se les agregó voluntariamente y fué, después, devorado por un tigre. El lugar de la reunión se llamaba Tuburbio, que se hallaba a pocos pasos de Cartago. Separemos de las Actas del martirio la parte que toca a Perpetua, que es lo que hace más a nuestro propósito, y veremos de lo que es capaz una débil mujer, con los auxilios de la gracia.

Cuando fué presa por Cristo Perpetua, era joven recién casada y tenía un hijo de pechos, padre y madre y dos hermanos: de éstos el uno era catecúmeno, como ella. Su madre era cristiana y el padre gentil. Tene-

mos, pues, a Perpetua encarcelada por la fe, aguardando las órdenes del juez de Cartago.

En las prisiones temporales del imperio romano, generalmente era suficiente una módica suma dada a los guardias para tener libre acceso a los prisioneros. Por este medio, pues, pudo Perpetua ser visitada por su padre, que llevaba en los brazos al hijito queridísimo de sus entrañas. Mirad a la madre amante con qué lágrimas de ternura cubre de besos el rostro de aquella prenda del corazón, que iba a dejar huérfana.

Mientras que ella le amamantaba, su padre, enamorado fanático de las tradiciones paganas, la instaba para que se volviese al culto de los dioses de Roma; obedeciese al edicto de los señores del imperio; tuviese piedad de sí misma y de su hijo, y no deshonrase las canas de su padre. El afligido anciano agotaba todos los recursos que le inspiraba una compasión tan ardiente como mal entendida, estrechándola contra su corazón atribulado.

—Padre, le dijo ella; ¿véis el vaso que está allí?—Sí, respondió él.—¿Puedo yo decir que eso no es un vaso?—No, volvió a responder.—Pues bien; mucho menos puedo decir que no soy cristiana.

Entonces aquel pobre padre, frenético de furor, «se precipitó sobre mí, como para arrancarme los ojos..., pero sosegóse, y se limitó a darme un violento empujón, y se marchó sollozando».

Quedaba, no obstante, un tentador más irresistible entre los brazos de Perpetua; ¡su tierno hijo! ¡Oh! ¡cuán dulces eran para ella aquellos momentos, que tenía en su compañía a su hijo sentado sobre sus rodillas mirándose en sus ojos, y viendo sus bracecitos abiertos en ademán de abrazarla, contemplando la sonrisita de sus labios, y estrechándole contra su corazón! No parecía sino que quería agotar, antes de morir, la copa de aquel amor que se le iba a arrancar de las manos.

Felicitas contemplaba extasiada a aquella madre. Ella también tenía un hijo, pero estaba todavía encerrado en sus entrañas, y estaba pensando que ella no gustaría jamás aquellas dulzuras maternas. La ley romana era implacable. En la hora del alumbramiento el verdugo arrebatava a la madre su hijo: lo entregaba a una nodriza extraña, y en seguida ejecutaba la sentencia en el patíbulo.

Para acabar con una situación tan aflicta, bastaba una sola palabra... y esta palabra no hubiera envuelto el nefando crimen de apostasía... pues el agua del santo Bautismo no había bañado, todavía, la frente de Perpetua. ¿No era esto una salida bastante decorosa, abierta a su debilidad?

Perpetua la vió... y aterrorizada ante la posibilidad del salto fatal que por ella podía dar, apresuróse a cerrarla, suplicando a Saturo que colmara al fin sus deseos; y Sa-

turo, viendo cercana la hora del tremendo combate, y que en él aquella alma necesitaría auxilios extraordinarios, la bautizó.

«Me sentí inspirada por el divino Espíritu, dice la misma Perpetua, y mientras que el agua regeneradora bañaba mi frente, sólo pedía una cosa: permanecer fuerte en medio de los sufrimientos de mi carne».

Pocos días después, sacaron de la cárcel de Tuburbio a Perpetua y demás confesores de la fe, para sepultarlos en los calabozos de Cartago.

Las prisiones de Cartago eran horrorosas. Perpetua, al verlas, lanzó un grito de angustia. «Sentí pavor, dice; pues nunca me había hallado en semejantes tinieblas».

Y para colmo de desdichas, vióse confundida entre la turba de malhechores y bandidos... en medio del vicio y de la infamia. ¡Qué horror para una mujer noble y de corazón delicado! Los soldados la tratan brutalmente... la injurian... y se complacen en hacerla ruborizar con sus groseros sarcasmos.

Y en esa situación, escribe ella misma, su angustia más cruel era pensar en el hijo que le había sido arrebatado. Ese era su mayor martirio.

Mas, bien presto dos diáconos, Tercio y Pomponio, a fuerza de dinero alcanzaron de los guardas que se endulzara aquella odiosa tortura. Se les permitió pasar todos los días algunas horas en una sala mejor ventilada

y más fresca, donde el aire y la luz, al menos, consolaban a los mártires.

Durante aquellas horas la madre de Perpetua le llevaba a su hijito, y la mártir le daba de mamar. Sus hermanos venían a verla, y juntos hablaban del Cielo y del triunfo. Corrían por sus mejillas muchas lágrimas, pero éstas confortaban sus almas. Luego, cuando terminaba la hora, abrazaba Perpetua a su hijo; le entregaba otra vez a su madre, y volvía a entrar en su sombrío calabozo.

Estas visitas repetidas, tristes y dulces, seguidas de una soledad tan espantosa..... aquel pobre niño, del que era menester separarse todos los días, y a quien todos los días volvía a ver, cada vez más pálido y enfermizo, pereciendo por falta de esos mil cuidados continuos que sólo puede prodigarles una madre... aquella prisión infecta... los malhechores en medio de los cuales tenía que vivir... toda esa cadena de crueles torturas, agotaron la salud de Perpetua. Se puso enferma, y conociendo donde radicaba el mal, suplicó la permitieran tener a su hijo constantemente con ella. Quedó complacida.

« ¡Oh! cuán pronto me sentí entonces curada, exclama ella misma en el diario de su martirio; mi prisión se me convirtió en palacio. No la hubiera cambiado por nada de este mundo ».

Señora, hermana mía, le dijo un día uno

de sus hermanos: ya estáis elevada a un rango altísimo por el santo Bautismo: rogad ahora a Dios que os haga ver si es el martirio lo que os aguarda, o si, después de haber sufrido la pena de las cadenas, nos seréis devuelta al seno de la familia.

Perpetua contesta a su hermano: «mañana os lo comunicaré». En efecto; en una ferviente oración imploró del cielo la visión de su porvenir, y la obtuvo. Comprendiendo, pues, por divina revelación que se acercaba la hora de su martirio, participólo a su querido hermano y se despidió de esta vida.

Ya se halla ante el tribunal levantado en el foro de Cartago. Divulgada la noticia, un pueblo inmenso concurrió al foro. El padre de Perpetua estaba también presente y, abalanzándose a sus brazos: hija mía, le dijo, ten piedad de mis canas. Ten piedad de tu padre. Yo te he amado más que a todos tus hermanos. Piensa en tu hijo, que va a morir sin ti.

Y hablando de esta suerte, besaba las manos de su hija, y se las bañaba con sus lágrimas... se postraba a sus pies, y ya no la llamaba su hija, sino que suplicando le decía: «Señora mía».

Perpetua lloraba a lágrima viva... Desprendiéndose de su hijo, le puso en los brazos de su padre, diciéndole: «Padre mío, yo estoy en las manos de Dios; en el foro no sucederá sino lo que El quisiere».

Luego fué sacado violentamente de allí

por los soldados, y el infeliz se retiró de allí, oprimido de desolación.

Sacrificad a los dioses, les dice el juez Hilariano; así lo han ordenado los emperadores inmortales.

Saturo, el catequista, respondió: «A Dios es a quien deben ofrecerse sacrificios, y no a los ídolos».

Hilariano.—¿Respondes en tu nombre, o en nombre de todos?

Saturo.—En nombre de todos; porque todos somos del mismo parecer.

Hilariano, dirigiéndose a los demás:—¿Es verdad lo que afirma Saturo?

Todos.—Verdad: esa es nuestra voluntad, exactamente.

El magistrado ordenó, entonces, separar de los demás a Felicitas y Perpetua. En seguida trató de convencer a los hombres, pero éstos permanecieron inquebrantables.

No esperando nada por este lado, volvió a llamar a Felicitas y Perpetua, y dirigiéndose a la primera, entabló con ella el siguiente diálogo:

Hil.—¿Cómo te llamas?

—Felicitas.

Hil.—¿Tienes marido?

—Sí, pero no está aquí.

Hil.—¿De qué condición eres?

—Del pueblo.

Hil.—¿Tienes padres?

—No, pero Revocato es hermano mío.

Hil.—Ten piedad de ti misma, infeliz mu-

jer, y sacrifica, si quieres vivir, pues veo que llevas en tu seno a una criatura.

—Soy cristiana, y debo sacrificarlo todo por Dios.

Hil.—Mira por ti misma, pues me inspiras compasión.

—De ningún modo me persuadirás.

Hil.—Y tú, Perpetua, ¿qué respondes? ¿quieres tú sacrificar?

—Mi nombre lo dice; soy Perpetua... y no cambio jamás.

Hil.—¿Tienes padres?

Salió un grito de entre la muchedumbre, y se vió al padre de Perpetua abriéndose paso para subir, corriendo, las gradas del estrado... caer de rodillas ante su hija... y en sus brazos extendidos levantar a su nietecito que lloraba, y exclamar: «Ten piedad de tu hijo».

Perpetua sintió despedazársele el corazón: ahogábanle los sollozos: volvió la cabeza, y de los ojos que levantó al Cielo, desbordáronse arroyos de abrasadoras lágrimas.

—Perpetua, le dijo el juez, piensa en tu padre y en tu hijo: sacrifica por la salud de los emperadores.

Perpetua respondió, con la voz trémula de emoción: «No puedo: soy cristiana».

Entonces el juez, por un impulso de barbarie inaudita, hizo echar de allí, a latigazos, al padre y al niño. ¡Oh! escribe Perpetua, ¡cómo desgarraban mi alma aquellos golpes! Mas viéndola inquebrantable Hila-

riano, abrevió el acto y condenó a Perpetua, con sus compañeros, a ser devorada por las fieras.

Volvióselos a la prisión. Apenas entrada en el calabozo, envió Perpetua al diácono Pomponio a buscar a su hijo. Su padre se negó a entregárselo. Esto fué para ella el principio de la muerte. «No obstante, Dios se ha mostrado benigno conmigo, dice ella, pues he sabido que mi pobre hijo no ha perdido de mamar, y yo misma no he sentido en mi pecho malestar alguno».

Habían sido los mártires trasladados a una prisión nueva bajo el anfiteatro. Se les reservaba para los juegos con que debía festejarse el aniversario del nacimiento de Geta, hijo de Severo. Pusiéronlos en cepos. Perpetua cesó de escribir su diario. Secúndulo, uno de sus jóvenes compañeros, murió consumido por el dolor y el horror de aquellos infectos calabozos.

Los otros pasaban los interminables días de la prisión en prepararse para el combate... en orar... en alentarse mutuamente a la santa victoria... en pensar en el Cielo que iban a conquistar.

Ved el anfiteatro de Cartago. Inmenso público ha concurrido a él, ávido de espectáculos de sangre humana. Las graderías superiores están ocupadas por los magistrados y personas distinguidas de la ciudad. En medio de ellas, bajo un dosel, con franjas de oro, está sentado Hilariano, representan-

do el poder de los Césares. Más arriba, en la segunda gradería, ocupan asientos los caballeros y ciudadanos. En la parte más alta, el pueblo bajo y los esclavos.

Un ruido confuso y tumultuoso sube y se entrecruza de todas partes, cortado, a ratos, por gritos de impaciencia.

De repente, a una señal del gobernador, se hace profundo silencio... ábrese una puerta que comunica con la arena, y, por allí aparecen los mártires.

Saturo marchaba a la cabeza, con calma y noble majestad: le seguían Saturnino y Revocato: detrás iba Perpetua, con su manto de patricia, los cabellos recogidos sobre la frente con peineta de oro, y adornada como para una gran solemnidad. Apoyada en su hombro marchaba, por último, pálida y con paso vacilante, la esclava Felicitas.

¡Perpetua cantaba!!!

Se les condujo delante de Hilariano, según costumbre, y ellos le saludaron: «Dios os juzgará como nos habéis juzgado a nosotros», le dijo Saturo. Hilariano se sonrió, y dió orden de que los azotasen.

Formáronse, inmediatamente, dos filas de soldados armados de correas emplomadas: los mártires salieron de la arena pasando por entre aquellas dos filas, bajo el chasquido de los latigazos; el pueblo reía a grandes carcajadas.

Pasemos por alto el horrible martirio que padecieron sus compañeros, y digamos cuatro palabras del de Perpetua.

Felícitas y Perpetua estaban destinadas para perecer entre las astas de una vaca furiosa. Según la costumbre, se las despojó de sus vestidos, envolviéndolas en las mallas de una red.

Al ver el pueblo aparecer de esta suerte a Perpetua, con su porte aristocrático, y a Felícitas todavía temblando de fiebre, pues acababa de dar a luz un hijo, tuvo piedad, y resonó un gran clamoreo: «Que se les devuelvan sus vestidos». Y los soldados las hicieron entrar otra vez en la habitación destinada al efecto.

Perpetua y Felícitas pusieron de nuevo sus vestidos; arreglaron otra vez sus cabellos, y presto reaparecieron en el circo.

La vaca asaltó primero a Perpetua, y enganchándola en sus astas la lanzó al aire: en seguida se precipitó sobre Felícitas, y la pateó con furor. Perpetua cayó en el suelo con todo su peso. Como su vestido estaba desgarrado, juntó sus pliegues para cubrirse, y sujetó sus cabellos con la peineta de oro. «No está bien, decía ella, que una mártir muera con los cabellos desgreñados, como una mujer desolada». Luego viendo a Felícitas por tierra, corrió hacia ella, y tomándola en sus brazos, la levantó dulcemente.

Segunda vez sintióse el pueblo conmovido, y gritó: «¡Que se acabe con ellas! : ¡que se las remate! », no queriéndolas ver sufrir más. Un gladiador corrió hacia Felícitas, y de un golpe le hundió su espada en el pecho. Otro

gladiador, trémulo de emoción, hizo resbalar su arma por las costillas de Perpetua, y se las desgarró. Perpetua lanzó un grito, y cogiendo la espada por la punta, ella misma la arrimó a su garganta, diciendo al gladiador: «Aquí...» y éste, empujándola con fuerza, se la metió hasta la empuñadura. Saltó una ola de roja sangre, y envuelta en ella, como en manto de púrpura, voló su alma al cielo...

¡Dichosa ella!!

Artículo V

VOLVAMOS A REFLEXIONAR

Esta vez el héroe del *Nada te espante* de nuestra letrilla es una mujer.

Y una mujer en quien campean, por maravillosa manera, las dos condiciones más características del sexo débil: una complexión accesible a todas las impresiones del dolor, con un corazón abierto a todas las delicadezas del amor.

Por esta causa hubo de sostener nuestra heroína dos batallas rudísimas, desde que fué presa en la cárcel por la fe hasta que vió coronada su frente con la aureola del martirio: una batalla en el cuerpo, contra la sevicia de un tirano sin entrañas, y otra batalla en el co-

razón, contra las seducciones más tentadoras del amor para un corazón noble y generoso.

Y en estas dos batallas la flaqueza de la carne se sobrepuso, impávida, a la violencia de los tormentos, y todos los amores secundarios fueron sacrificados al amor supremo, al Dios del Calvario, el cual desde que Saturno lo dió a conocer a Perpetua, ocupó constantemente el primer lugar en el corazón nobilísimo de la patricia cartaginesa.

Y lo grande y verdaderamente admirable en Perpetua es el contraste que resalta en la historia de su martirio. De un lado la impresionabilidad de una complexión delicadísima, con un corazón amantísimo, y del otro una serenidad de espíritu imperturbable, sin sufrir menoscabo, aun en las situaciones más críticas. Lloraba, sí; y ¡cuántas veces brotaron de sus ojos raudales de lágrimas!; lanzaba ayes de dolor; sí; y ¡cuántas veces sus labios se desbordaron en profundos suspiros de aflicción!; pero jamás aminoró el precio de aquellas lágrimas y de estos suspiros la menor señal de impaciencia.

Y es indicio bien manifiesto de que nunca fué alterada la imperturbabilidad de espíritu de Perpetua la cordura con que contestaba a las preguntas insidiosas de Hilariano, sin que jamás saliera de sus labios una sola palabra menos conveniente a la nobleza de su alcurnia y a su dignidad de matrona cristiana. Y, ¡aquella solicitud con que el amor maternal proveía que el hijo de sus entrañas

tomara el pecho a la hora acostumbrada! ;
 ¡y el dolor profundo que experimentó al ver
 que su padre era arrojado a latigazos por el
 verdugo de la plataforma del tribunal! ; ¡y
 la amabilidad con que procuraba disminuir,
 en cuanto le era posible, las penalidades de
 sus compañeros de martirio!...

¡Ah! ¿No te acuerdas de cuando se pre-
 sentó en la arena para ser desgarrada por la
 fiera, teniendo al lado a su querida esclava
 Felícitas... pálida y demacrada por el fuego
 de la fiebre, que desde el parto reciente la
 tenía profundamente abatida?... ¿no la ves,
 digo, a Perpetua con Felícitas al lado apo-
 yada sobre su hombro, presentándose ella,
 serena... en medio del circo... ante un pueblo
 grosero y soez... cubierta con su majestuoso
 manto de patricia... y recogidas las trenzas
 de sus cabellos sobre la frente, sujetados con
 una peineta de oro?... ¿No la ves, todavía?..
 ¡Oh rasgo bellísimo... que llegó a conmover
 los pechos de tigre de cuantos lo contempla-
 ron!!... ¿No la ves, repito, bajarse a re-
 coger el cuerpo de Felícitas, y levantarlo dul-
 cemente en sus brazos de la arena, palpitan-
 te... chorreando sangre... y desgarrado por
 todas partes?...

Eso ¿lo hace ningún hombre, ninguna mu-
 jer, cuando están bajo las impresiones de la
 perturbación de espíritu? ¡Ah! no: el per-
 turbado, y mucho más el que está preso de
 espanto, ni habla con cordura, ni se cuida
 de los que están a su lado, y sólo embarga

su corazón una impresión; la impresión del terror que le causan los males que siente, los males que le amenazan.

Y se explica perfectamente ese contraste, objeto de nuestra admiración, en Perpetua: porque la serenidad interior es una cualidad propia de la voluntad, la cual, por su condición de potencia espiritual, sólo ejerce su imperio absoluto y directo sobre el alma, limitándose a ciertos casos determinados el que ejerce sobre el cuerpo, por la especial disposición del organismo, o del temperamento que le tiene como subyugado; resultando de aquí que una cosa son las manifestaciones externas del cuerpo, y otra las condiciones internas de la voluntad; y esto acontece siempre que entre unas y otras no existe conexión.

¿No quisiera la voluntad devolver la vista a su cuerpo ciegucecito? ¿Cómo evitará la voluntad las manifestaciones extemporáneas del colérico, en un momento de excesiva irritabilidad del sistema nervioso?

Conocimos a algunos varones, de virtud eximia, que tenían que llorar alguna de esas miserias que les deslustraban, no poco, a los ojos de los que juzgan someramente de las cosas; pero nosotros que conocíamos, a fondo, la solidez de su virtud, estamos bien seguros de que nada desmerecían a los ojos de Dios, el cual aquilata el mérito de nuestras acciones por la parte que tomó en ellas la voluntad, no por la influencia que en ellas

ejercieron los nervios desconcertados: o como enseña la Moral; una cosa es sentir, y otra consentir.

Artículo VI

EL DIVINO MODELO DE LOS QUE SUFREN

Venid al huerto de Getsemaní todos los que sufrís, y contemplad a vuestro Divino Modelo. Es Jesús agonizante. Estudiémosle, atentamente, y de El aprenderemos a sufrir con la disposición de ánimo de donde han salido los héroes del sufrimiento, que son la primera gloria del Catolicismo.

¡Oh maravilla de las maravillas! Dios impassible podía ser Redentor del hombre prevaricador, pero no podía ser su modelo, porque no podía sufrir. Y como el Amor infinito no se contentó con que la redención fuese suficiente para dejar a salvo la divina Justicia, sino también superabundante; de Dios impassible que era, se hizo hombre pasible, e hizo pasar su Humanidad por todos los trances más difíciles de la vida, para poder decir en cada uno de ellos: seguid mi ejemplo, y seréis felices; aun cuando bebáis el cáliz de la amargura, hasta las heces.

Estaba a la entrada del huerto de Getse-

maní, y era tan grande la tristeza que oprimía su corazón, que no pudiendo reprimirla, la dejó estallar delante de los once discípulos que le rodeaban, envuelta en estas palabras: «Triste está mi alma hasta la muerte», con las cuales dió a entender que si en aquellos momentos un poder superior no contrarrestara la fuerza de la tristeza que abrumaba su alma, había causa suficiente para morir.

Y con el corazón, así oprimido, se fué a orar en una cueva del monte Olivete, que separaba el huerto de Betania, y durante la hora que estuvo en oración, tuvo lugar aquella lucha cruel, tan famosa, que conocemos con el nombre de agonía del huerto.

Arrodíllase; inclina la frente hasta tocar el suelo, y comienza la oración, primero en profundo silencio; con grandes gemidos y suspiros después; y en lugar de encontrar alivio a su corazón afligido, las olas de la tribulación recrecen y braman y se revuelven en su interior, con un furor tal, que le arrebataron la vida del corazón, al cual hubo de acudir la sangre derramada por las venas y arterias de todo el cuerpo, para que no cesara de latir, desfallecido.

De aquí la palidez mortal de su rostro... de aquí aquellos temblores en todos los miembros del cuerpo, causados por la ausencia del calor que las ondas de sangre se habían llevado, arrastrándolo en su corriente hacia el corazón.

¡Oh! y cómo humaniza sus ejemplos nues-

tro Soberano Modelo, para que no desmayemos nosotros, cuando nos toque entrar por la senda del dolor hacia el cumplimiento de la voluntad divina.

Suplicaría a la Divinidad, que formaba una sola Persona con su Humanidad, y estaba por tanto presente a la terrible lucha que sostenía ésta en el huerto de Getsemaní, que la dejase como desamparada, el tiempo suficiente para sufrir los trabajos de una agonía verdadera: y en efecto; la Divinidad, conformándose con los deseos de la Humanidad de Jesús, dejó que las causas naturales del dolor desbordaran sobre éste los torrentes de amargura que contenían, hasta la última gota.

Y, de golpe, todos los tormentos que durante la pasión destrozaron su cuerpo, uno tras otro, actuaron, a la vez, sobre Jesús agonizante en el huerto de Getsemaní; de modo que si nos horripilan los azotes que descargaron sobre sus espaldas los verdugos, en el pretorio de Pilatos, y la corona de espinas que hundieron en su cabeza, y los clavos agudísimos que le taladraron pies y manos en la cruz, causándole, por espacio de tres horas, tormentos indecibles, más... mucho más nos han de horripilar los sufrimientos de Getsemaní... porque en Getsemaní cargó sobre Jesús toda la suma de horrores, de que fueron teatro el tribunal de Caifás, el pretorio de Pilatos y el monte calvario.

Allá... al huerto de Getsemaní acudió esa tropa de verdugos feroces para ensañarse en

el alma de Jesús, atraídos por un esfuerzo de su imaginación vivísima, obediente a un impulso de amor inmenso, que le movió a sufrir en el corazón, condensados en uno, todos los martirios que luego, por espacio de 18 horas, había de sufrir en el cuerpo, poniendo al servicio de su amor al hombre su omnipotencia y soberano entendimiento para ejecutar la traza más ingeniosa que puede inspirar la Caridad infinita. Porque, ¿quién, fuera del Hombre Dios, puede hacer que tengan eficacia real los males futuros, como si estuvieran presentes?

Desde el huerto de Getsemaní extendió su mirada por la prolongación de los siglos, y vió a la inmensa mayoría de sus redimidos rodar de un abismo de errores y vicios a otro abismo, hasta precipitarse en el insondable abismo de sempiterna desventura, sin que los fulgores de la verdad que nos trajo del Cielo penetraran en sus entendimientos para iluminar sus tinieblas, ni los vapores de la sangre del Calvario se hubiesen abierto paso a sus corazones, para regenerarlos divinamente. ¡Qué otra causa de amargura esa para su corazón que, tan ardientemente deseaba la salvación de los hombres!

Y levantando la mirada de la tierra, penetró con ella en los Cielos, y vió al Eterno Padre sentado en un trono de inmensa majestad, con el semblante enojadísimo, y teniendo en la mano la copa rebosante de ira a punto de verterla sobre el linaje humano

prevaricador; y haciendo comparación de la suma vileza del hombre ofensor con la majestad excelsa del Dios ofendido, sintió como que un siniestro fulgor iluminaba su entendimiento, a través del cual descubrió, en toda su enormidad, la malicia del pecado; y entonces experimentó su corazón una repulsión invencible a proseguir desempeñando ante el Eterno Padre el oficio de fiador por los pecados de los hombres; que eso parecen significar aquellas palabras tan sentidas que se escaparon de sus trémulos labios en la primera parte de la oración: «Padre, si es posible pase de mí este cáliz...» Como si dijera: «¡Oh! Padre mío: es tan grande el odio que siento al pecado, por el cual eres tan vilmente ofendido, que no puedo resignarme a cargar con todos los pecados de los hombres para responder de ellos ante el tribunal de la justicia... ¡Ah! yo que sé cuán digno eres de que te amen los seres racionales; ¿cómo puedo consentir que me tengas, por más tiempo, por tu mayor enemigo?»

Y, estremeciéndose de espanto, al ver que el Padre al oír estas palabras de su Hijo iba a verter sobre los hombres la copa de la indignación que sostenía su omnipotente mano, apresuróse a detenerle diciéndole: «Con todo, no se haga mi voluntad sino la vuestra». Y al pronunciar estas palabras, un generoso latido sacudió la sangre que estaba comprimida en el corazón, y arrojóla

afuera con tal vehemencia, que rebotando por las venas y arterias, se derramó por los poros al suelo, en gotitas de rojo sudor.

Bien podemos afirmar, por tanto, que Jesús agonizando en Getsemaní, es modelo acabadísimo de los que sufren, pues supo unir la mayor de las aflicciones con el mayor grado de tranquilidad de espíritu, a fin de que nosotros, sus redimidos, cuando nos encontremos en semejantes trances, tomáramos posiciones en medio de estos dos extremos, acercándonos al uno y al otro, lo más posible.

El sintió, en gran manera, el peso de la aflicción hasta el punto de experimentar, intensamente, los dolores de una agonía crudísima; más en esta agonía, no sólo no se olvidó de rogar a su Padre que no le desamparase, sino que redobló su oración, a medida que arreciaba la tormenta.

Cuando, pues, te veas en grandes trabajos, puedes llorar, gemir y aun quejarte, amorosamente, del peso excesivo de la cruz que te ha venido del cielo, porque eso sólo es manifestación de la flaqueza de nuestra naturaleza; pero en manera alguna arguye imperfección en el doliente, con tal que en esas lágrimas y gemidos no se trasluzca la menor señal de oposición al cumplimiento de la voluntad divina, la cual en el crisol de la tribulación nos labra en este mundo la fulgente corona de gloria, que ha de ceñir nuestra frente en el reino inmortal.

Artículo VII

EL CAMINO DEL HEROISMO

Es indudable que los que hacen frente a las grandes contrariedades de la vida, con pecho firme, son verdaderos héroes; porque esto supone un dominio sobre sí mismo que traspasa la línea de toda vulgaridad, y que el Espíritu Santo coloca por encima del heroísmo de los grandes conquistadores de ciudades.

Y ahora ocurre preguntar: ¿podemos nosotros llegar a esas alturas, en que se ciernen los héroes? No vacilo en contestar que tú que me lees, y yo que esto escribo, podemos llegar, si entramos decididamente por la vía que a ellas conduce.

¿No deben ser colocadas en la galería de los héroes las dos africanas, cuyo martirio gloriosísimo acabamos de admirar? ¿Quién dirá que no? Y, con todo, en una y otra vemos reunidas tales condiciones, que para todo parecerían darles aptitud menos para el heroísmo.

Felicitas, esclava, y Perpetua, noble patricia: ambas jóvenes recién casadas, de compleción delicadísima y corazón sensible, aunque de tan humilde cuna la primera: ¿Qué motivos, por tanto, no había para temer que

a la primera vista del tético calabozo, o a la primera gota de sangre derramada, o al primer rugido de la fiera embravecida habrían de caer desmayadas por el suelo?; y no obstante, ya has visto con qué serenidad lo arrostraron todo...

Y tú, lector amigo, que acaso eres varón de pecho robusto, ¿no podrás lo que aquellos delicadísimos seres pudieron?

Te damos palabra de que, si practicas los medios que vamos a exponer en este artículo, serás un héroe, no menos glorioso que las dos africanas esclarecidas, siempre que la divina Providencia te ponga en ocasión de escalar el templo del heroísmo.

¿Cuáles son estos medios? La meditación asidua y atenta sobre la realidad de los males de la vida, y la oración fervorosa. Tratemos, a fondo, estos dos puntos, y verás cómo tenemos razón.

Porque, al fin y al cabo, todo el negocio está en ir disminuyendo gradualmente, hasta hacerlo desaparecer, el horror que solemos tener a los males de la vida, juntamente con el amor excesivo que a los bienes transitorios profesamos.

Pongamos el caso de que uno ha llegado a vencer por completo la natural repugnancia que se siente a las privaciones que nos vienen con la pobreza, a los desprecios y humillaciones que nos acarrea la deshonra, a los dolores que experimentamos en las enfermedades, y que se ha familiarizado de tal manera

con el pensamiento de la muerte, que la considera ya como un tránsito de un valle de lágrimas a una región llena de felicidades, que no han de tener fin; ¿qué le faltará, digo, a ese ser privilegiado para afrontar con ánimo impávido las privaciones de la pobreza, las humillaciones de la deshonra, los dolores de la enfermedad y los horrores de la muerte?

Acaso, cuando llegue la cruda realidad, broten de la flaca naturaleza algunas señales de debilidad; pero no será, ciertamente, con consentimiento de la voluntad, la cual permanecerá firme como una roca en medio del mar, cuando es combatida por el empuje de las olas amotinadas, robustecida por el convencimiento profundo que ha adquirido en la meditación, de que ni en los males de esta vida hay motivos sólidos para temerlos, ni tan poderosos alicientes en los bienes, que valga la pena de preocuparnos, cuando los perdemos.

El convencimiento de la inteligencia, que engendra en la voluntad la firmeza heroica de que tratamos, es obra de la razón, y principalmente de la fe. La razón predispone a la obra, y la fe se encarga de llevarla a cabo, felizmente.

En efecto; los males de este mundo, considerados a la luz de la razón, no tienen la importancia que nuestra imaginación estimulada por el amor sensual, les atribuye. ¡Ah! ese pícaro de amor a las propias comodida-

des, sobre todo, tiene la culpa de que haya tan pocos héroes en el mundo.

El sensual; el que busca con afán el regalo de la carne y huye, como de su peor enemigo, de todo cuanto puede ocasionarle alguna incomodidad, es claro que ha de llevar con impaciencia el dolor de los males que le oprimen, y sentirá horror a los que pueden venir.

Y todo proviene del concepto erróneo que de los males tiene; porque los considera, no a la luz de la razón sana, amante siempre de la realidad de las cosas, sino a través de las tinieblas del amor sensual, y también de su hermano el orgullo, que todo lo bastardean, cuando se trata de llevar el agua a su molino.

Es indudable que si de los males que padecemos, descartáramos la parte que en ella tienen nuestra imaginación y el amor propio, quedarían reducidos, muchas veces, a bien poca cosa.

Pues bien, los amigos encargados de hacer esta reducción, tan importante para nuestra verdadera grandeza y felicidad, son la razón y la fe. A ellos, pues, debemos encomendar este trabajo, y a nadie más.

En definitiva; ¿qué dice la razón de nuestros males físicos? Comienza por dividirlos en leves, medianos, graves y gravísimos. De los leves ningún hijo de Adán, en ningún tiempo se puede librar, desde que todos los elementos de la naturaleza se conjuraron con-

tra el hombre, en venganza de la rebelión contra el precepto divino, consumada por nuestros primeros padres en el Edén. Desde entonces no podemos librarnos de las molestias que nos produce el calor en verano, y el frío en invierno, y el viento que levanta nubes de polvo, y el aire que nos oprime con su peso excesivo, en ocasiones, y los manjares desabridos que nos repugnan, y el agua en verano que no refresca la garganta, como quisiéramos, y el sueño que no viene a cerrar nuestros párpados, cuando más lo necesitamos...

Males medianos. También nos toca, de cuando en cuando, sufrir otra clase de males, que comienzan a ensayar las aptitudes para el heroísmo de sus víctimas, porque ya no se trata de si los manjares son más o menos sabrosos, sino que por un revés de fortuna venimos a una situación tal, que ni comemos cuánto, ni cómo quisiéramos; ni estamos en el caso de que el agua nos refresque, más o menos, la garganta, sino que por lo duraderos y excesivos de los calores ya no murmuran las fuentes; se han secado los ríos, y no tenemos más remedio que contentarnos con beber agua de muy malas condiciones, y aun esa bastante escasa.

Y ¿qué dice en estos casos la razón?—*Nada te turbe, Nada te espante...*; porque si te turbas e impacientas, peor que peor; pues entonces no sólo no te echarás de encima los males que te molestan, sino que a los que la mano

de la Providencia te envió para tu bien, añadirás los que resulten de tu impaciencia, que son de peor condición que los primeros y anularán, además, todos los merecimientos con que hubieras enriquecido tu alma, sufriendo con cristiana resignación lo que Dios te había enviado.

Pero acontece que lo que antes era pobreza ha venido a parar en miseria, apremiada por la cual la desventurada madre ha de ir de casa en casa a molestar los buenos corazones para obtener un mendrugo de pan con que matar el hambre de sus hijos, y unos míseros harapos para defender sus cuerpecitos de los rigores del sañudo invierno; ella, que cuando nadaba en la opulencia, repartía con larga mano de lo que le sobraba entre los indigentes, y vestía con elegancia a sus hijos.

¡Ah! si la infeliz lleva esos trabajos, que bien merecen el calificativo de males graves, con alma grande y serena, no desmintiendo con desfallecimientos de espíritu su absoluta confianza en la Providencia, ha entrado ya, sin duda, en el campo del heroísmo; no del heroísmo revestido de aquel esplendor externo que cautiva la admiración de las humanas generaciones, sino del heroísmo oculto, sí, pero no por eso menos grato a los ojos de Dios.

Y cuando aquella Señora honradísima ha sido víctima de una calumnia horrible, universalmente creída, que hace tiempo arrastra

su fama por el fango de la ignominia, por lo cual han huído de su trato los muchos e íntimos amigos que antes se honraban con su amistad... y cuando va por las calles, parece que le están diciendo los transeuntes con sus miradas insolentes: mirad a la sin vergüenza: esa es la que encubre sus fechorías con apariencias de una honradez acrisolada... de modo que la pobre no ha tenido más remedio, para evitar tan terribles torturas, insupportables a su noble corazón, que resignarse a vivir encerrada en su casa, llorando en la soledad la terrible prueba, a que la ha sometido la Providencia.

Llora, sí, pero las lágrimas resbalan sosegadamente de sus ojos, sintiendo a par de muerte la prueba, pero sin que la menor señal de impaciencia haya deslustrado el esplendor de la corona que los ángeles le van labrando para lucirla, eternamente, en el reino de la gloria.

Llora, sí, y con sus lágrimas empapa las páginas del Kempis, que nunca suelta de las manos, de donde saca las soberanas razones que tenemos para que nuestra voluntad esté absolutamente rendida a los designios de la Providencia, por recias que sean las tempestades por que plazca a su soberano beneplácito hacernos pasar.

Estas razones, perfectamente trituradas por el entendimiento en la meditación atenta, destilaron una savia maravillosa. la cual pasando del entendimiento a la voluntad, for-

mó el temple de alma que mantuvo serena a esa víctima de la calumnia, a pesar del fuego interno que la consumía.

Es evidente que esas almas, así preparadas en el crisol de la tribulación, a la primera ocasión que el Cielo les depare, pasarán de su heroísmo oculto al campo de aquel heroísmo sublime y glorioso, que inmortalizó el nombre de los millones de mártires del Cristianismo, que tan denodadamente lucharon en los tétricos calabozos, en la arena del circo, en el ecúleo y en las hogueras contra los gravísimos males a que les condenó la tiranía del paganismo.

Decíamos que el camino para llegar a ese campo gloriosísimo es la meditación y la oración fervorosa, con el concurso de la razón y de la fe.

Y en efecto; el alma que en la meditación cotidiana ha contraído la costumbre de mirar de frente los males más terribles de la vida considerando, atentamente, los sólidos motivos que tenemos para besar humildemente la soberana y amorosa mano que en trances tan difíciles nos aflige; cuando llegue el día de la prueba real, le temblarán las carnes, acaso, pero tiene mucho adelantado para entrar en el combate, y sostenerlo con espíritu sereno, por aquello de que: «Los dardos prevenidos hieren menos»; y por aquello otro de que: «En los casos imprevistos obramos según el hábito que hemos contraído».

Mas considere bien el lector lo que deci-

mos, a saber : que con la meditación cotidiana de los motivos que deben movernos a hacer frente, con valentía, a los grandes males, tenemos mucho adelantado para poner en práctica, cuando llegue el caso, la disposición de ánimo que meditando hemos concebido ; con lo cual queremos decir que la meditación no lo hace todo, aunque mucho hace ; sino que se necesita, además, el concurso de otros agentes superiores, sin los cuales no hay verdaderos héroes del sufrimiento en el terreno de la práctica. Es claro que de estos agentes, el primero es el auxilio de la divina gracia. Ya trataremos en otro artículo este punto.





CAPITULO III

TODO SE PASA

Artículo I

TRISTE EXPERIENCIA

Ese es otro gran pensamiento contenido en el tercer versito de la letrilla teresiana, íntimamente enlazado con el *Nada te turbe, Nada te espante*, como la causa está unida con su efecto; porque el *Todo se pasa*, perfectamente comprendido y meditado, tiene grande eficacia para hacer desaparecer del ánimo toda turbación e impresión de espanto y turbación.

Todo se pasa. Fijemos pues bien, ante todo, esta importantísima verdad, de las que se llaman a posteriori, porque brilla con los fulgores de la evidencia, a la luz del testimonio histórico y de datos experimentales, que desfilan a cada momento delante de

nuestros ojos; aunque bien podríamos, también, remontar el vuelo del discurso a las regiones del apriorismo, si en lugar de escribir un libro, eminentemente práctico, nos hubiéramos propuesto darle carácter filosófico.

Todos los seres que forman en el vasto cuadro de la creación sensible, con sus apariciones y desapariciones y con la continua mudanza de sus formas substanciales y accidentales pregonan, al través del tiempo y del espacio, con la voz soberana de la naturaleza, el pensamiento de Santa Teresa: *Todo se pasa.*

El tiempo, ese tirano de la creación que a todo imprime el sello de su propio sér, y todo lo tiene rendido a su jurisdicción, con imperio absoluto, con mucha propiedad comparado a un río inmenso que arrastra en su corriente todo cuanto encuentra al paso, y envuelto en sus rapidísimas olas, lo precipita en el abismo del olvido; ¿no parece recordarnos, también, en su vertiginoso curso por el espacio, con la voz solemne del trueno, unas veces, con el bramido del huracán y el silbido de las olas tumultuosas, otras, que: *Todo se pasa?*

La historia, esa inmensa necrópolis donde reposa en paz todo lo grande y noble y famoso que ha tenido resonancia en el curso de los sucesos humanos: las monarquías con sus poderosos monarcas; los imperios con sus esclarecidos señores; los descubrimien-

tos de nuevos mundos con sus afortunados descubridores; las guerras con sus invictos caudillos, y todas las hazañas portentosas con los inmortales héroes que las llevaron a cabo... ¿qué otra cosa es, digo, la historia, sino una serie inacabable de brillantes testimonios que pregonan solemnemente la verdad contenida en el gran pensamiento teresiano: *Todo se pasa?*

¿Dónde están la Asiria con sus Teglathafalares; y Babilonia con sus Nabucos y sus formidables muros de doscientos pies de alto y cincuenta de ancho; y la Media con sus Asfaxarts y Ciro y Daríos; y la Ecbatana, admiración del Oriente por la esplendidez de sus construcciones; y el dilatado imperio de los griegos, conquistado por la invencible lanza de los Alejandros; y el colosal imperio de los romanos, con aquellas legiones que arrollaron tantos ejércitos, derribaron tantas ciudades, y uncieron al carro triunfal a tantos capitanes y monarcas tan poderosos...? *Todo se pasa.*

Y los Carlo-Magnos con su Sacro Imperio; y los Fernandos y Carlos y Felipes con la refulgente aureola de gloria que la fortuna ciñó en su frente, cuando regían los destinos de una nación en cuyos dominios nunca se ponía el sol; y aquel nuevo Marte de la guerra que en el siglo XVIII luchó, solo, con toda la Europa armada; ¿qué se han hecho? Pasaron como el relámpago que en noche tormentosa cruza el espacio, deslumbrando

a los mortales con el brillar de sus fugaces resplandores... como trueno que retumba en el firmamento y hace estremecer de espanto el pecho de los moradores de la tierra... *Todo se pasa.*

Y es de notar que no sólo pasan las cosas, cuando llega su fin último impuesto por las condiciones especiales de su naturaleza, sino que mientras permanecen en su sér, están sujetas a continuas mudanzas, que bien pueden calificarse de muertes verdaderas, en los seres corruptibles.

Porque, ¿por ventura el invierno no es la muerte del otoño?; y la primavera la del invierno?; y el estío la muerte de la primavera?; y el otoño la del verano?

Y la juventud, ¿acaso no comienza en el momento en que muere la infancia?; y la virilidad, ¿cuándo muere la adolescencia? y la vejez, ¿no es la muerte de la edad viril? Y la alegría no es la muerte de la tristeza?; y la tristeza de la alegría?; y la riqueza de la pobreza?; y la sabiduría de la ignorancia? Este es, acaso, el sentido de aquella profunda sentencia del Apóstol san Pablo: «Muero todos los días».

No hablemos de las continuas mudanzas de los afectos de nuestro corazón porque de sólo eso, estudiado en sus causas, desarrollo y consecuencias que trae en la vida humana, podría escribirse un libro tan interesante como útil.

Muy acertado estuvo el que comparó con

el mar el corazón del hombre, por el continuo vaivén de los afectos que le agitan, ya tranquilos, ya turbulentos. ¡Qué presto pasamos de la alegría a la tristeza; del temor a la esperanza; del odio al amor; de la paciencia a la ira; del desmayo al aliento; de la aversión a la simpatía!

En resumen; que en este mundo todas las cosas están sujetas a un continuo flujo y reflujo, así los bienes como los males; como es de ello elocuente testimonio la historia, y nosotros lo leemos todos los días en el libro de nuestra experiencia propia y la razón lo confirma: por donde se ve claro que Santa Teresa estuvo acertadísima al escribir: *Todo se pasa*.

Ahora nos toca a nosotros hacer ver el íntimo enlace que hay entre el *Todo se pasa* y el *Nada te turbe, Nada te espante* que le preceden en la letrilla, lo cual no nos costará más trabajo que sacar las consecuencias contenidas en los datos que en este artículo hemos copiado.

Artículo II

«VANIDAD DE VANIDADES». — LA ESPADA
DE DAMOCLES»

Recordemos lo escrito en las líneas precedentes, a saber: que las causas inmediatas de todas las agitaciones de nuestro corazón se

reducen a dos desórdenes : a un amor y a un horror desordenados. Amamos desordenadamente los bienes que nos halagan, y sentimos horror desordenado a los males que tememos.

Y todo el negocio está en combatir, hasta hacerlo desaparecer de nuestra alma, aquel amor y este horror, o sea este doble desorden ; de modo que si lográramos amar ordenadamente los bienes de esta vida, y fuera ordenado nuestro temor a los males, ocuparía el reinado de la paz nuestro corazón, como el monarca ocupa el trono que le pertenece, después que por las armas ha sido derribado de él el enemigo. Veamos esto.

Para combatir el amor desordenado a los bienes de la vida, de donde nace gran parte de las turbaciones interiores que nos hacen desgraciados aprovechará, en gran manera, considerar la poca substancia que tienen, a la luz de la razón, por las tres tachas que necesariamente les acompañan. Todos tienen fin, y acaban para nosotros : son mudables, y se escapan de nuestras manos, cuando menos lo esperábamos ; y su posesión no puede hacernos felices.

¿Quién no lo sabe? Todo tiene fin en este mundo sublunar : lo bueno y lo malo. Ya está probado. Hemos hecho desfilar ante los ojos del lector una serie de brillantes testimonios, que no tienen réplica. Pues, si aun los bienes más apetecibles tienen fin, ¡cuán poca estima deben merecer, por sola esta tacha,

a las almas inmortales, por su naturaleza, y de aspiraciones a la inmortalidad!

Y, más que por su fin, son despreciables por su inconstancia, por lo cual fueron representados en la antigüedad por una rueda, llamada de la fortuna, que en su rápido curso, hoy tiene en el punto más bajo al que ayer figuraba en el punto culminante.

¿Hay nada más voluble que la fortuna del rico? ¿No vemos sumido hoy en la mayor pobreza al que ayer era riquísimo? ¡Hay tantas causas que se conjuran para el aniquilamiento de las fortunas más envidiables y, tan poderosas, que se escapan a los cálculos más previsores de la humana prudencia!

¿Puede ser mayor, por consiguiente, la necesidad del hombre que se propone levantar el soberano edificio de la paz sobre la arena deleznable de los bienes de este mundo?

No hablemos de esos bienes de fortuna tan codiciados por la humana ambición, llamados honores, porque más que bienes debieran llamarse decoraciones de teatro; y hoy que tan de moda están los cinematógrafos, no será inoportuno compararlos a las películas que, una tras otra, desfilan a los ojos del espectador, deslumbrado por la ingeniosa combinación de juegos de fantasía, cada vez más sorprendentes.

Mas, ¡cuán desencantado queda el espectador que tan buen rato ha pasado durante la función, cuando se acerca a la realidad de lo que tanto le ha deleitado, y observa que todo

se reduce a unas figuritas trazadas hábilmente sobre una película!

Así... así son los Reyes con sus mantos de púrpura y tronos esplendentes; y los favoritos y ministros de reyes con sus vestimentas refulgentes; y los capitanes vencedores de poderosos ejércitos. ¡Ah...! sublimados por el viento favorable de la opinión al pináculo de la gloria, en una época, y derribados, en otra, por este mismo viento de la opinión al abismo más profundo del olvido...!

Tú que ésto lees sabes historia y en este momento traerás, sin duda, a la memoria los ejemplos de tantos personajes que forman la prueba más brillante e incontestable de aquella profunda sentencia que brotó de la pluma de Salomón: «Todo cuanto hay en este mundo no es otra cosa que vanidad de vanidades»...

¿Te acuerdas de aquel Amán, primer favorito de Asuero, famoso monarca asirio, cómo de las alturas del poder fué a parar en una horca, donde expió los grandes crímenes cometidos por su ambición desmedida?

¿Te acuerdas de aquel Nabucodonosor, que de los esplendores del trono de Babilonia descendió al recinto de un bosque, por donde vagó errante, por espacio de siete años, haciendo la hierba como un cuadrúpedo cualquiera?

¡Desventurado Baltasar!... en el momento más solemne del sacrílego festín, ve aparecer la fatídica mano, que escribe en la pared el

mísero acabamiento de su poderosa monarquía.

Nerón, el cínico incendiador de Roma, el derramador de sangre cristiana, muere a los 31 años, víctima del puñal que él mismo se hunde en la garganta. Dionisio, Rey de Sicilia, muere con la palmeta de maestro de escuela en la mano. Vitelio, Señor del imperio romano, en la época de su mayor florecimiento, es arrojado en una cloaca por sus verdugos. Valeriano, Emperador de Roma, sirve de escabel a Sapor, Rey de los persas, para montar a caballo. Aureliano, que de regreso de una expedición militar, coronado de laureles celebró el triunfo más espléndido que había contemplado el pueblo romano, subiendo al Capitolio rodeado de Príncipes e ilustres capitanes uncidos al carro del triunfo, fué vilmente asesinado por sus rivales. Belisario, el más ilustre capitán del imperio de Oriente, vencedor en cien combates de los godos y de los vándalos, a cuyo Rey Gilimez hizo prisionero, conquistador del Africa y de Sicilia, acabó la vida ciegucecito, implorando la caridad pública en el templo de Santa Sofía. Andrónico, Emperador de Oriente, después de haberle abrevado de injurias el populacho, le atravesó el cuerpo de parte a parte; cortóle la mano derecha, y fué tal la sed que le atormentaba, que arrimó a la boca la sangre que le chorreaba del brazo, para templarla.

¿Quién no conoce el fin del inmortal des-

cubridor del Nuevo Mundo, Colón? Regresó de su último viaje de las Américas cargado de cadenas, y murió abandonado en un rincón de Sanlúcar de Barrameda. Y, ¡qué infeliz fué, también, el final de la vida del maravilloso Conquistador de Méjico, Hernán Cortés! Murió en la buhardilla de una aldea de Andalucía.

¿No es verdad, amable lector, que eso quita las ganas de ser héroe, según el mundo, se entiende?

Y, si después de los honores entráramos en el terreno de los placeres, ¡cuánto no podríamos escribir sobre la historia de su efímera y caprichosa existencia! ¿Hay, acaso, cosa más codiciada por casi todo el linaje humano que el gozar? Hasta el punto de constituir en el placer el fin supremo del hombre filósofos como Epicuro y casi todos los modernos materialistas; y, no obstante, de todos los bienes de este mundo el placer, es indudablemente el más insubstancial, el más fugitivo y, como ninguno, caprichoso. ¿Quién de los mortales ha gozado un día entero? ¿Qué digo un día? De seguro que el placer de más duradera existencia no ha llegado a una hora.

¿No lo véis? Gozaba aquel de una salud tan robusta que, más que de carne, parecía tener formada de hierro la constitución del cuerpo, y en un momento le postran en el lecho una afección cardíaca; un derrame cerebral; un ataque de apoplejía, y... qué se

yo... cualquiera de esos enemigos mortales del hombre que forman parte, no pocas veces, de los mismos elementos que nos dan la vida.

¿Qué estimación, por tanto, nos han de merecer unos bienes que tienen fin, y a veces, tan pronto... y que no podemos contar con ellos un solo momento, porque en un momento se evaporan, como las burbujitas de jabón que sirven de entretenimiento a los niños; o como los fuegos de bengala que brillan unos instantes, en mil caprichosas figuras, y desaparecen entre los aplausos de la ignara multitud de espectadores?

Y no es eso lo peor: si al menos durante su efímera existencia hicieran felices a sus poseedores... Mas no es así, sino todo lo contrario. ¿Quién ha conocido ningún avaro feliz con la posesión de sus tesoros? Ni ningún soberbio dichoso en el alto asiento a que le ha encumbrado la fortuna? Voy a referirte un suceso histórico, que viene muy a propósito de lo que vamos diciendo:

LA ESPADA DE DAMOCLES

Era Dámocles un amigo íntimo de Dionisio, Rey de Sicilia. La fama cuenta maravillas de la esplendidez de los palacios que Dionisio habitaba; de lo opíparo de los festines con que se regalaba; de los ricos vestidos que ostentaba, por lo cual un día Dámocles le dijo: ¡Qué feliz eres Dionisio! y éste le contestó: ¿quieres, amigo Dámocles,

participar unas horas de mi felicidad? — ¡Ah!... ¡si fuera posible eso, Dionisio...! — Tal día, a tal hora, vendrás a mi palacio, y gozarás de las mayores delicias que yo conozco y he gozado, durante mi largo reinado.

Y, entretanto, Dionisio puso en movimiento sus inmensos recursos y habilidades gastronómicas para preparar a Dámocles un festín, verdaderamente ideal; y, en la parte más visible del salón, colocó un solio riquísimo que había de ocupar Dámocles, durante su efímero reinado.

Yo no sabré describirlo, porque no soy ni cronista de salones, ni aventajado en el arte culinario; sino un pobre religioso, que suele sentarse a una pobre mesa, de amable paz bien abastada. Pues es el caso que, a la hora señalada, acudió puntual el ilustre convidado; ya se adivina con qué anhelo de conocer por propia experiencia en qué consiste la mayor felicidad, que puede disfrutar un monarca de la tierra. No hay que decir que Dámocles no se hallaba solo en el festín; pues encontró reunidos en el espléndido salón la flor y nata de la aristocracia siciliana, que habían acudido invitados por su Rey.

Ocupa cada uno el asiento que se le ha señalado. Dámocles se sienta en el riquísimo solio, porque en el banquete actúa de Dionisio. Rompe la música en torrentes de armonía. No necesitaba de tan poderoso estimulante la mayoría de los concurrentes para comer con apetito. Todo el mundo está ra-

diante de júbilo, menos Dámocles. Dámocles, pálido... y temblando de espanto... ni ha visto el plato que tiene delante... ni se ha dado cuenta de la felicidad que disfrutaban los demás convidados. Tiene los ojos fijos en el techo, y de allí no los aparta. — ¿Qué es eso, le dice Dionisio?... Dámocles, ¿por qué no comes? — ¡Cómo he de comer, si pende sobre mi cabeza una terrible espada... suspendida del techo, nada más que por una crin de caballo! — Ves, le dijo Dionisio: Eso nos pasa a los Reyes. Ricos palacios... espléndidos convites... músicas embelesadoras... pero siempre con el corazón oprimido por el terror de que caiga sobre nuestras cabezas la espada del odio, que por todas partes nos rodea y amenaza.

Artículo III

BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPIRITU

Así lo proclamó el Maestro infalible de toda verdad, en el famoso sermón de la Montaña. No es posible aducir testimonio más autorizado en apoyo de la consecuencia que nos proponemos sacar de lo que dejamos escrito en el artículo precedente.

Decíamos en él que una de las causas más fecundas de nuestras internas turbaciones,

y por consiguiente de la carencia de paz, es el amor desordenado a los bienes de fortuna, juntamente con el horror desordenado a los males; que es, por tanto, indispensable combatir este doble desorden, hasta hacerlo desaparecer de nuestros amores y temores terrenos, si queríamos llegar a las venturosas regiones de la paz, donde no reinan, ni los vientos de la turbación, ni los huracanes del espanto.

Y Jesucristo afirma en el sermón de la Montaña que los felices, o bienaventurados en este mundo, son precisamente los pobres de espíritu, porque de ellos es, continúa, el reino de los cielos.

Analicemos el sentido que entrañan estas palabras, porque ellas nos darán el hilo de oro que ha de unir el «todo se pasa», con el «nada te turbe, nada te espante». Como reza el sagrado Texto, aquí se trata de una pobreza que radica en el espíritu, esto es, espiritual, por contraposición a la pobreza que radica en el cuerpo, y que podemos llamar material.

Se llaman pobres de espíritu, por tanto, los que interiormente están indiferentes para la pobreza o para la riqueza; y esta indiferencia les viene de que no sienten a las riquezas ningún afecto desordenado. Esta pobreza de espíritu se llama también afectiva, para distinguirla de la efectiva, que tiene lugar cuando uno, de hecho, carece de bienes de fortuna.

La pobreza afectiva puede subsistir con la mayor abundancia de riquezas; mas no con la afición desordenada a ellas. Riquísimos eran Abrahám, David, San Luis, Rey de Francia, San Fernando, Rey de España y otros innumerables; pero conservaron el corazón indiferente para retenerlas o perderlas, dejándolas a disposición de la divina Providencia.

Esta disposición del alma se extiende a todos los bienes de fortuna, no sólo a las riquezas, propiamente dichas, sino también a los honores y placeres; y se engendra en el alma por la consideración de las condiciones especiales de estos bienes, corroborada por la lumbre de la fe.

En efecto; en almas tan bien dispuestas como son las de los pobres de espíritu, la consideración de las tres tachas que hemos hecho resaltar en los bienes de este mundo, es de un efecto potentísimo para hacerles despegar el corazón de ellos.

Porque es, a la verdad, muy indigno de un espíritu inmortal, como ya se ha dicho, tener puesto todo su afecto en unos bienes caducos y perecederos, que no sólo tienen fin, sino que son tan volubles y caprichosos que, a la hora menos pensada, se sustraen a nuestro dominio, incapaces por tanto, por su naturaleza y propiedades, de proporcionar a sus poseedores aquel bien supremo, que se llama felicidad.

De esta consideración, decimos, ha salido

esa legión de pobres de espíritu, prez y gloria de la Humanidad; almas superiores, que no han querido bastardear su corazón, esclavizándolo a los amores terrenos, sino que recogiendo el glorioso cetro que el huracán de la culpa arrebató de las manos de nuestros padres en el Paraíso, hicieron prevalecer la soberanía de la razón sobre el imperio de las concupiscencias.

No; unos bienes que nos degradan; que cuando más los necesitamos nos hacen traición; y que no tienen potencia para proporcionar un grado de sólido bienestar a nuestra alma, no son dignos de que los busquemos con tanto afán; de que los conservemos con tanto empeño, y lloremos su pérdida con tantos extremos de dolor.

Jesucristo llama bienaventurados a esos pobres de espíritu, esto es, felices; y cuando El lo dijo, así será: ¿no eres de nuestro parecer, cristiano lector?: y, a continuación, expresa la causa de su felicidad, diciendo que de ellos es el reino de los cielos: este reino de los cielos San Pablo lo hace consistir en la paz y gozo del Espíritu Santo.

Luego, según Jesucristo, los pobres de espíritu gozan de aquella paz incomparable, de que tantas veces hemos hablado en este librito, que es el elemento esencial de la felicidad verdadera.

Porque el pobre de espíritu, si bien ama los bienes de este mundo, los ama ordenadamente, ocupando este amor en su corazón el

puesto ínfimo que le corresponde, al cual por nada de este mundo subordina jamás el amor a la paz del alma.

El pobre de espíritu, si es jornalero, aspira a ganar buen jornal, eso sí; pero el que le corresponde en justicia, sin pensar, siquiera, en esos aumentos excesivos que constituyen el ideal de los que viven tan alejados del campo de la fe como de la razón; y por eso éstos andan siempre agitados en el revuelto mar de las revoluciones, y aquellos pobres de espíritu, por el contrario, viven en las placidísimas regiones de la paz y bienandanza.

Si el pobre de espíritu es un comerciante, trabajará por ensanchar, de día en día, la esfera de su actividad, y aumentar las ganancias; pero siempre, honradamente, sin consentir que entre en su casa un céntimo, que no llegue por la vía de la justicia.

Si el pobre de espíritu es un rico acaudalado, en primer lugar poseerá las riquezas con el alma libre de esos temores que engendra el amor desordenado al dinero; darálas el destino que les tiene señalado la Providencia, repartiendo entre los indigentes y en obras de utilidad y beneficencia las que su posición social le permita, lo cual inundará de gozo su corazón, que es el premio que Dios concede en esta vida a los que obran virtuosamente; gozo que llamó bienaventuranza el Celestial Predicador en su sermón de la montaña, como hemos visto.

Y si Dios, por fines altísimos inaccesibles

a la humana inteligencia, un día dispone que las riquezas del pobre de espíritu cambien de domicilio sentirá, como es natural en el pobre hijo de Adán, el golpe que le viene de arriba, pero sin turbarse; exclamando con el incomparable paciente de Hus: «El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó; sea su santo Nombre bendito».

Y es lo que dicen los pobres de espíritu: unos bienes que no se adquieren sin grandes afanes; que no se poseen sin grandes temores y congojas; y que de todos modos nos los ha de arrebatarse la muerte, no merecen ocupar en nuestro corazón el lugar de preferencia. Nunca cederemos a los bienes terrenales el bien supremo de la paz, y, suceda lo que suceda, diremos con Santa Teresa: *Nada te turbe - Nada te espante - Todo se pasa.*

Artículo IV

AL MAL TIEMPO BUENA CARA

Claro es que el pobre de espíritu no se preocupará, mayormente, por los males de la vida, teniendo extinguido en el corazón el amor desordenado a los bienes, pues de lo que reza el adagio castellano: «No se deja sin dolor lo que se posee con amor», evi-

dentamente se deduce que se dejarán sin dolor unos bienes que no se poseen con amor.

Porque los males, de por acá, tampoco tienen la importancia que nuestra imaginación exaltada por la sensualidad les atribuye; pues tienen fin como los bienes, y también están sujetos a continuas mudanzas. ¿No vemos, todos los días, con qué facilidad salen de la pobreza a la riqueza, unos?, y, ¿otros que gemían oprimidos bajo el peso de la calumnia humillante, levantarse, de improviso, al pináculo de la gloria?

Acuérdate del casto José. Sus hermanos le bajan al fondo de una cisterna para que perezca de hambre, y unos Ismaelitas lo sacan, y se lo llevan a Egipto. En Egipto lo venden al privado de Faraón, Putifar, quien lo amó, desde el primer momento, por las singulares gracias que Dios le había dado; pero una mala hembra le solicita al pecado, de lo cual él huye horrorizado y, no obstante, va a sufrir en los calabozos las consecuencias de la más vil de las calumnias. En el calabozo hay dos criados del Rey Faraón, víctimas de un insensato capricho de su Señor; contrae con ellos íntima amistad, que le valió salir de las tinieblas de la cárcel para ser encumbrado a la dignidad de Virrey de Egipto. ¿Ves, qué voluble es también la rueda del infortunio?...

¿Quién había de decir a los tres mancebos judíos, Ananías, Misael y Azarías, que el horno encendido de Babilonia se convertiría

en el testimonio más espléndido del poder y bondad infinitos en favor de sus criaturas, transformándose en jardín delicioso las llamas pavorosas?

Darío se acerca, llorando, al lago de los leones, con el lúgubre presentimiento de que su querido Daniel había desaparecido devorado por los terribles carnívoros... y, con gran pasmo de su alma, lo vé permanecer tranquilo en medio de las bravas fieras, como si estuviera en una tertulia de dulces amigos.

Queremos copiar aquí un párrafo del incomparable libro del jesuíta Nieremberg «Diferencia entre lo temporal y eterno», muy curioso y, al mismo tiempo, muy a propósito de lo que vamos diciendo :

«Por lo cual, así como los males eternos, por ser eternamente inmutables, carecen del consuelo de la esperanza de mejor estado; así, también, los males temporales, por ser mudables, pueden tener el consuelo de la esperanza de mudarse en bien; porque vemos en esta materia inopinables sucesos, para que temamos sólo lo eterno, que no tiene remedio alguno; ni desesperemos, ni nos entristezcamos en lo temporal que lo tiene, e importa poco que no lo tenga...

»Persuádetes bien de que no hay estado desesperado en esta vida; de todo mal se puede salir y no salir; pero para mayor bien. ¡A cuántos un daño sucedido ha sido origen de grandes provechos, y una injuria de grandes honras! El ser condenado Dió-

genes por moneda falsa y tenido por infame, le fué ocasión de ser tan honrado del mundo, que le veneraron sus Príncipes, y el señor del orbe, Alejandro, le vino a visitar. El ser de su enemigo herido en el pecho gravemente Falereo, le sanó de una apostema que tenía, por la cual le habían desahuciado ya los médicos.

»Galeno escribe de un leproso, desahuciado, que sanó con un poco de vino en que se ahogó una víbora; y por eso no habiéndolo querido beber unos segadores, se le dieron a un leproso para que muriese luego, compadecidos de la penosa vida que tenía; pero estuvo su vida en lo que pensaba estaba su muerte, porque en bebiendo el vino, se le cayeron las escamas o ronchas, y estuvo bueno y sano.

»Binivenio testifica que conoció a un muchacho cojo, de ambos pies, de suerte que andaba con muletas; pero dióle una enfermedad de peste, de la cual convaleció quedando tan sano, como que se le quitó la cojera.

»El mismo escribe de un arquitecto, de un pie más corto, que cayendo de una torre alta, quedó igual de uno y otro pie.

»Alejandro Benedicto refiere que conoció a un ciego, el cual siendo herido malamente en la cabeza, cobró vista.

»Rondelecio testifica de una mujer loca que habiéndose quebrado la cabeza, cobró juicio.

»Plutarco escribe de uno que se llamaba Prometeo, el cual tenía una gran papera, o tumor; mas queriéndole matar un enemigo, le dió una herida en aquella parte, con la cual quedó sano y sin ninguna fealdad y señal de la papera, no habiéndole antes aprovechado remedio alguno de la medicina, ni gasto de los médicos.

»El tropel de calamidades del Santo Job, ¿en qué vino a parar sino en que se dobló su felicidad y fortuna? El salir huyendo Jacob de su tierra, con no más hacienda que un bordón en la mano, ¿a qué se encaminó sino a que volviese muy próspero y rico, y con una familia muy numerosa?

»Para que veamos más claramente la mudanza de las cosas y la esperanza de mejor condición que se puede tener en la mayor desgracia, diré aquí la historia de Marco y Bárbula, caballeros romanos.

»Era Marco pretor, que seguía el partido de Bruto, y habiendo sido desbaratado en la batalla de los campos filípicos, fué preso; y como se fingiese hombre vil y esclavo, le compró Bárbula, caballero romano; pero viendo en él grande ingenio y mucha prudencia y un ánimo muy noble, sospechó lo que podía ser, y, llamándole en una ocasión, de secreto, le pidió le declarase quién era, aunque fuese de los rebeldes, porque él le alcanzaría el perdón. Marco, echándolo en risa, negó quién era; pero Bárbula, para obligarle más a declararse, dijo que le que-

ría llevar consigo a Roma donde, sin duda, le habían de conocer, si era de los rebeldes y sentenciados por traidores.

»Respondió Marco que de muy buena gana iría, pensando que con el diverso estado no le conocerían; pero apenas llegaron a Roma, cuando estando Marco esperando a su amo en la puerta de un Cónsul, fué conocido de un ciudadano romano, que se lo avisó luego, en secreto, a Bárbula, el cual anduvo tan prudente que sin decirle cosa alguna a su esclavo fingido, se fué a Agripa para que por su medio recabase el perdón de Augusto César, el cual le concedió, de buena gana, quedando Augusto tan pagado de Marco que le tuvo por muy privado y amigo.

»No mucho después, siguiendo Bárbula el partido de Marco Antonio, fué preso en la batalla acciática, y comprado entre algunos otros esclavos de Marco, sin saberlo él, pero reconociendo que era su amo antiguo, fué luego a recabar el perdón del Emperador Augusto, con lo cual le pagó la buena obra que había recibido.

»¿Quién no ve los arcaduces secretos por donde se derivan los bienes, y se truecan las fortunas?

»Marco tuvo la dignidad de Pretor, y luego fué esclavo, y luego amigo del César, y luego redentor de su mismo redentor, llegando por la pérdida y cautiverio a mayor excelencia que alcanzara por fortuna.

»Mientras dura la vida, no hay desdicha

sin esperanza, y muchos males vienen cargados de bienes, aun mirando las cosas dentro de sus límites y disposición natural de ellos; y si las miramos como las debemos mirar, con la esperanza divina que debemos tener, no hay mal desahuciado».

Hasta aquí el P. Nieremberg. En vista de los casos que refiere, y de las reflexiones tan sólidas como oportunas que sobre ellos hace, ¿qué nos resta sino decir con la glosa de nuestra letrilla:

¿Ves la gloria del mundo?
Es sombra vana;
Nada tiene de estable:
Todo se pasa.

O como dice la otra:

¿Sientes tristezas
Que te combaten?
Si acaso alguna
Te acongojare,
Sé valeroso;
No te acobardes;
Sólo son humo
Que lleva el aire.
Nada te turbe;
Nada te espante:
Mantente firme,
Hasta que pasen.



CAPITULO IV
DIOS NO SE MUDA

Artículo I

EL SER INMUTABLE

¡Oh pensamiento grande sobre toda grandeza... excelso sobre toda excelsitud... sublime sobre toda sublimidad... maravilloso sobre toda maravilla... soberano sobre toda soberanía!... La razón apenas tiene alientos para remontar el vuelo hasta el altísimo Tabernáculo, en que está sentado el Sér Inmutable.

Dios no se muda... Foco soberano, de donde salen raudales de luz infinita que inundan de celeste claridad la inteligencia, la cual corroborada con el auxilio divino, rompe las estrechas fronteras del cuadro de la creación para dilatar el vuelo, al través de inmensos horizontes, y remontarse a alturas

inconmensurables; desde donde contempla, con asombro, el contraste que ofrece la pequeñez de los seres mudables derramados por el mundo de la materia, comparada con la grandeza del Sér inmutable.

¡Qué fuente de luz para el entendimiento!... qué manantial de consuelo, para el corazón, brota de este pensamiento: *Dios no se muda...* Todos los demás seres, que no son el Sér Supremo, se mudan; unos porque son corruptibles, y otros porque son perfectibles. Los corruptibles, como son los materiales, se mudan transformándose de un sér en otro sér; de una substancia en otra substancia; y los perfectibles, como son los seres espirituales finitos, inmutables en su esencia, pero mudables también por los aumentos de perfección que van sucesivamente adquiriendo, a consecuencia de la repetición de actos; por donde se ve claro que su mutabilidad tiene dos formas principales: se mudan por el mero hecho de pasar de la potencia al acto, y sufren otra mutación, adquiriendo una nueva perfección producida por el acto que sale de la potencia.

Sólo Dios carece de toda mutabilidad, porque ni es corruptible, por ser espíritu purísimo; ni es perfectible, por ser infinitamente perfecto. Todo cuanto es Dios, todas las perfecciones contenidas en su divinal esencia son un acto puro, como enseña la Teología; por lo cual su entender no es distinto de su sér; y su poder y amor, sus decretos y resolu-

ciones identificadas en un solo Acto, que es su propia naturaleza, participan de la inmutabilidad de su Esencia.

Dios piensa, y su pensamiento es eterno e inmutable... Dios ama... Dios decreta... Dios promete... y su amor y sus decretos y sus promesas son eternas e inmutables, como es eterna e inmutable su divina naturaleza.

Nada más temible, por tanto, que los decretos que emanan de su soberana Justicia, vengadora de la maldad. Harto conocida lo tiene el pueblo de los réprobos, que habita en los abismos infernales, donde los tiene eternamente clavados en aquellas bóvedas de fuego un decreto inmutable de la justicia vengadora de Dios.

Pero, también nada más dulce y conmovedor que un decreto emanado de su amor infinito. Por este decreto han penetrado triunfalmente en el reino de los cielos los millones de Santos, que navegan y navegarán por aquel piélago de deleite infinito, por los siglos eternos.

¡Ah! todo se muda, menos Dios. El, desde su solio altísimo ha visto aparecer y desaparecer todas las humanas generaciones que han sido y serán hasta la consumación de los siglos; ha contemplado cómo los inmensos campos de batalla se llenaban de cadáveres, y se convertían en lagos de sangre humana; cómo subían al apogeo de la gloria los imperios, y se derrumbaban; cómo unos Reyes caían de sus tronos, y los ocupaban otros.

El rompió un día las cataratas del Cielo, y sepultó debajo de las aguas del diluvio a la Humanidad prevaricadora; y redujo a cenizas la Pentápolis; y hundió en el mar rojo a Faraón con su ejército; y presenció el paso del mundo pagano al Cristianismo; y todo eso, sin inmutarse... porque El dirige y ordena todos los sucesos por virtud de un solo acto substantivo, eterno e inmutable, siendo la mutabilidad que en estos sucesos aparece, propia del sér finito y deleznable de las cosas criadas.

Artículo II

LA FE Y EL ESPIRITU DE FE

Hay que dejar bien dilucidados los conceptos contenidos en las palabras fe y espíritu de fe, para tejer el hilo divino que ha de unir el «Dios no se muda» con el *Nada te turbe, Nada te espante*, y, sobre todo, es muy conveniente a nuestro propósito deslindar bien estos dos conceptos, para que aparezca con toda claridad la línea divisoria que los separa.

Porque, una cosa es la fe y otra el espíritu de fe. La fe reside en la inteligencia; el espíritu de fe en la voluntad. La fe es luz; el espíritu de fe es fuego. La fe cree

las verdades que Dios ha revelado; el espíritu de fe siente estas verdades; las tritura con la meditación y forma de ellas una savia divina que, derramada por los senos del alma, la dispone para llevar a cabo empresas heroicas.

La fe puede subsistir con el pecado, de tal modo que aun los demonios, que son los mayores pecadores que ha habido, son creyentes, como afirma el Apóstol Santiago; con el espíritu de fe no sólo es incompatible el pecado, moralmente hablando, sino que donde él existe, necesariamente han de germinar, por su eficacia, las virtudes más robustas.

Con la fe pueden subsistir la timidez, la desconfianza, el desconsuelo y abatimiento, con toda la cohorte de demás miserias que tanto empequeñecen y degradan al hombre; del espíritu de fe salen los caracteres firmes y magnánimos y raudales de santa alegría, que en sus brillantes ondas llevan envueltos poderosos gérmenes de consuelo y aliento, y tan hermosos resplandores de soberanas verdades que iluminan la inteligencia, que a su vista desaparecen las sombras de la duda, de toda angustia y melancolía.

El creyente reconoce que Dios es el Autor del Sacramento de la Penitencia; que el sacerdote católico, que está sentado en el tribunal de la divina Misericordia, debidamente autorizado, es representante de Dios, en cuyo nombre absuelve al reo que tiene a

sus pies, sinceramente arrepentido, de los pecados cometidos; pero ese creyente que, a todas esas verdades presta asentimiento, deja de ir a confesar, no pocas veces; y su fe no tiene eficacia, otras, para impedir que se despeñe en el abismo del sacrilegio, cuando se confiesa mal; en cambio el creyente, que está empapado en el espíritu de fe, mira la confesión como un monumento espléndido del amor infinito, y va a postrarse a los pies del confesor, no arrastrado por la fuerza, sino por el suavísimo soplo del amor sobrenatural; y va, no una vez al año, para cumplir con el precepto, sino tan frecuentemente como le es posible, como quien tiene arraigada en el alma la convicción de que va a practicar una obra tan excelente como fecunda en frutos espirituales.

El creyente adora de hinojos a Jesucristo, oculto en la Hostia consagrada, y hasta asiste con cierto entusiasmo a una Misa solemne dedicada a honrar y glorificar el augusto Sacramento del Amor; y aun, tal vez, ha contribuído con un donativo generoso al mayor lucimiento de la fiesta; y, gracias a él, inunda de dulces armonías las anchurosas naves del templo una renombrada orquesta; y arrebatada el ánimo de los oyentes la elocuentísima oración de un orador famoso; pero la fe de ese creyente no pasa de ahí... por lo demás, no le habléis de ir a comulgar, porque hace treinta años que no ha ido a robustecer su alma con el Pan de los fuertes.

Cuán diferentemente obra el otro creyente que, no sólo cree cuanto la Iglesia católica enseña acerca del Soberano Sacramento, sino que tiene el alma toda penetrada del divino perfume que exhala la Hostia de propiciación; y cuando está de hinojos ante los sagrados Tabernáculos, arde en amores divinos su corazón, como el de un Serafín; las lágrimas brillan en sus ojos, y por sus labios se desbordan, en ondas de amor, suavísimos gemidos. Comulga todos los días. ¡Ah!, y ¡qué pena siente de que no le sea permitido unirse con el Dios de la Eucaristía varias veces al día!

A veces, es tan ardiente ese espíritu de fe, que produce en el alma del comulgante un verdadero incendio, que deja sentir sus efectos en el cuerpo; como acontecía al santo joven Estanislao, a quien después de haber comulgado tenían que temperar el ardor de su pecho aplicándole paños de agua fresca, y a Teresa de Jesús, que fué vista levantarse por los aires, después de comulgar, empujada por la llamarada del amor que, no pudiendo estar reconcentrada en su pecho, buscaba expansión hacia fuera.

Si no se tienen presentes estas observaciones sobre la diferencia que existe entre la fe y el espíritu de fe, difícilmente podrán concordarse algunos textos escripturísticos, en apariencia contradictorios.

Porque, mientras San Pablo nos presenta a los santos obrando maravillas por medio de

la fe.—*Sancti per fidem vicerunt regna—fortes facti sunt in bello*—como se ve en la carta a los hebreos, y los santos Evangelistas nos presentan a los Apóstoles confesando solemnemente la divinidad de Jesucristo por boca del Príncipe de ellos :—*Tu es Christus Filius Dei vivi*—para luego abandonarle en el huerto, cobardemente, y caer uno de ellos en la incalificable villanía de negarle tres veces.

Santiago nos habla, en su epístola católica, de una fe muerta, y por consiguiente estéril, nula para toda obra buena; y San Pablo, en la carta a los romanos, pondera las excelencias de una fe dotada de tan maravillosa eficacia, que causa en los que la poseen la soberana obra de la justificación—*Justificati ergo ex fide*—y, no sólo tiene poder para justificar las almas que informa, sino que las penetra de tal manera que constituye su vida íntima, como escribe a los romanos—*Manifestum est quoniam justus ex fide vivit*—esto es, que los justificados por ella viven vida de fe, conformando sus pensamientos y afectos, palabras y obras con las verdades altísimas que creen; que es, precisamente, lo que llamamos espíritu de fe.

Sólo del espíritu de fe salen los grandes héroes.

Y volvamos ya a nuestro «Dios no se muda», del cual iluminado por la luz irradiada de los conceptos que acabamos de exponer, surgirá esplendente el soberano pensamiento teresiano : *Nada te turbe—Nada te espante.*

Artículo III

EL ESPIRITU DE FE Y EL «DIOS NO SE MUDA»

El *Dios no se muda*, grabado en el alma, al calor del espíritu de fe que ha considerado, eficazmente, las últimas verdades en él contenidas, con las consecuencias que de ellas se derivan, es el molde prodigioso de donde han salido los héroes del Cristianismo; es la fuente más copiosa de consuelo, en cuyos raudales bebieron los alientos que les sostuvieron en los terribles combates de la vida, las almas atribuladas.

He aquí el arte de abrir los caños de esta fuente maravillosa.

Es cierto, y a engendrar esta certeza inquebrantable en nuestro ánimo concurren las luces de la fe, a una con las de la razón, que existe un Sér Omnipotente, Sapientísimo, que se llama Dios.

Este Sér nos ha criado, por un impulso de su amor infinito, e impulsado por este mismo amor cuida de nosotros, después de habernos criado, con una providencia infinitamente paternal, encaminando todo cuanto pensamos, sentimos, hablamos y obramos a fines altísimos, que siempre se reducen a dos: al triunfo de su gloria, y a nuestra

verdadera felicidad. De todo ésto el hombre de espíritu de fe abriga la más profunda convicción, y lo siente con la misma intensidad con que lo cree.

Este Sér altísimo es inmutable, no sólo en su naturaleza, sino también en sus infinitas perfecciones, como ya se ha dicho; y son, asimismo, inmutables los decretos que desde la eternidad ha formulado, y las promesas que ha hecho.

Este Sér inmutable ha criado nuestras almas inmortales, no para esta vida, sino para otra futura, también eterna e inmutable, en el sentido que más adelante explicaremos. A esta vida eterna, inmutable, irán un día, y será el que ha de poner fin a la vida presente, primero nuestras almas, y después de la resurrección de la carne, también nuestros cuerpos.

En la otra vida hay Cielo y hay infierno. El Cielo es un lugar de delicias, en el cual Dios hace felices a los que en este mundo cumplieron su voluntad y murieron en su amistad y gracia.

No hay que decir lo que será la dicha que gozan los Santos en el Cielo, siendo el Cielo la creación del mismo Dios inmutable, que es, al mismo tiempo, omnipotente e infinitamente sabio y amante del hombre; y porque lo crió para recompensar los altos merecimientos que contrajeron en este mundo sus fieles servidores; ¿qué será, digo, aquel Cielo empíreo, creado expresamente por su

poder, sabiduría y amor infinitos para hacer felices a sus íntimos amigos, cuando ha cuajado de tantas maravillas este mundo material, destinado para morada de los hombres, seres desleales e ingratos para con su Dios, en su inmensa mayoría?

Si aquí admiramos la hermosura y majestad de estos cielos tachonados de estrellas; y nos maravillan y encantan esas cordilleras gigantescas que empinan la frente hasta esconderla más allá de la región de las nubes, con sus cumbres coronadas de nieves perpetuas, y sus vertientes pobladas con tanta variedad de árboles corpulentos y frondosos arbustos y hierbas aromáticas, que nutren con sus elementos alimenticios los animales que se arrastran por la tierra y las aves que vuelan por los aires, y abastecen de agua las dilatadas llanuras con los ríos caudalosos que se forman en sus inmensas cavidades, a donde van a parar los arroyos cristalinos que les envían las grandes masas de nieve que coronan las cumbres, deshechas en el líquido elemento por el calor de los rayos primaverales.

Si aquí tanto nos admiran y cautivan esas praderas pintorescas, con sus mantos de esmeralda; esos jardines bellísimos, con sus nubes de incienso; esos mares, con sus inmensos depósitos de sal y el pueblo incontable de infinita variedad de peces, y con sus ondas rizadas, unas veces, y encrespadas como formidables montañas, cuando las azota el bravío huracán. ¡Ah!, si Dios, digo,

para morada del hombre prevaricador, ha fabricado este palacio esplendidísimo cuajado de tantas maravillas; para el hombre justo, ¿qué mansión habrá fabricado, allá en el Cielo empíreo?

San Pablo, que fué arrebatado en espíritu a aquellas alturas divinas, y se paseó por aquel teatro de soberanas magnificencias, quiso un día describir las impresiones que había experimentado en aquellos momentos de anticipada bienaventuranza, y no encontró palabras adecuadas; porque las hermosuras, vino a decir, que yo ví, no las ha visto jamás el ojo humano; ni las armonías que oyeron mis oídos, jamás las oyó oído humano; ni el placer que yo sentí, cabe en pecho de mortal.

Los Santos que viven en el Cielo, son enteramente felices; lo cual quiere decir que no hay en ellos deseo, ni aspiración que no tenga su objeto proporcionado para henchirles de satisfacción cumplida.

Su memoria está llena de recuerdos gratísimos; su inteligencia de conocimientos altísimos, y su voluntad está íntima e inviolablemente unida al Bien Sumo.

Y cuando suban allá gloriosos los cuerpos, gozarán también de felicidad cumplida, revestidos como estarán de las cuatro dotes de inmortalidad, sutileza, agilidad y claridad. En una palabra; los goces del Cielo son innumerables por su multitud, inefables por su intensidad y eternos por su duración.

Pero en la otra vida también hay infierno;

y el infierno es el conjunto de todos los males sin mezcla de ningún bien. Dios es Dios, en todo: maravillosísimo, cuando premia, y maravillosísimo, cuando castiga. Por eso la humana inteligencia no puede alcanzar hasta dónde llegan los efectos de su misericordia, porque es infinita; como tampoco los efectos de su justicia, porque es infinita también.

Los males del infierno son terribilísimos, como consta por muchos testimonios de la Sagrada Escritura y por la autoridad de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, con los cuales forman coro las mismas tradiciones del paganismo, de que se hace eco el incomparable poeta mantuano en su libro sexto de la Eneida, donde maravillosamente describe los horripilantes tormentos que sufren los condenados del infierno.

Tormentos innumerables, también, por su multitud, cruelísimos por su intensidad y eternos por su duración.

Todas estas consideraciones, hechas con espíritu de fe; ¡cómo templan el alma para cualquier sacrificio, por heroico que sea, cuando se trata de conquistar aquellos bienes, y evitar estos males! Hagamos resultar, todavía mejor, este punto tan capital en los artículos siguientes.

Artículo IV

EI HEROE. — VERDADERO CONCEPTO DEL HEROE

El héroe es un hombre que recorrió la carrera mortal en pos de un ideal sublime, que ha realizado a través de mil obstáculos, insuperables a la flaqueza humana.

Dos piezas, por tanto, entran en la composición del pedestal que sustenta la estatua del héroe: un ideal sublime de perfección, traducido a la realidad, y una fortaleza incontrastable de ánimo para arrollar las más formidables resistencias.

Dos notas, además, han de brillar en la frente del héroe: lo maravilloso, pero llevado a cabo dentro de la esfera de la justicia.

Si falta una de las dos piezas al pedestal, el paso de los siglos volcará la estatua que sustenta, tronchando en su frente la aureola de inmortalidad, que pretendía ceñirle el irreflexivo apasionamiento.

Si no brillan en él las dos notas, su fisonomía tendrá algún parecido, pero no será la fisonomía del héroe verdadero.

A la luz de estos conceptos aparece clara la injusticia con que han procedido los pueblos, sublimando a la galería de los héroes a tantos personajes celebrados por la trompa de la fama.

Alejandro Magno, César, Napoleón, no fueror héroes; más que héroes, fueron azote del linaje humano, puesto en las manos justicieras de la Providencia para castigar a los pueblos prevaricadores. Más que héroes, fueron unos colosos de la soberbia, que dispusieron de inmensos recursos para satisfacer ambiciones desenfrenadas.

El pedestal que sustenta sus estatuas, está compuesto de huesos humanos, amasados con sangre de víctimas inocentes. Su frente aparece ennegrecida por espesísima nube de iniquidades.

Una fuerza, por imponente que sea, nunca llegará al campo del heroísmo, si no lleva impresa la huella de algún espíritu privilegiado.

El héroe no es el rayo que se desprende de la nube, y baja arrebatado sobre los altos torreones para convertirlos en montones de escombros.

El héroe no es el huracán que arranca las seculares encinas del bosque, y lleva en sus negras alas la desolación por doquiera.

El héroe es el más hombre de los hombres; y el hombre no es hombre por el cuerpo sino por el alma. El héroe es el tipo más acabado de perfección humana.

Artículo V

EL MOLDE DEL HEROISMO. — COMO SE FABRICA PRACTICAMENTE EL MOLDE DEL HEROISMO

Lo encontramos ya fabricado por un insigne artista, del lector no desconocido, en el ya citado libro «Diferencia entre lo temporal y eterno», cuyo capítulo séptimo del libro cuarto voy a extractar, porque viene como anillo al dedo, en nuestro caso.

«Compare, ahora, el cristiano lector las miserias de esta vida con las felicidades de la otra; las flaquezas de nuestra naturaleza, en el estado mortal, con las fuerzas y privilegios de la misma naturaleza en el estado inmortal que nos aguarda, y anímese a conseguir el gozo de la gloria, por una eternidad, con sólo un corto trabajo de tiempo muy breve.

»El Rey Ciro, cuando quiso ganar el reino de los medos, llamó a los persas, mandándoles que viniesen todos con hachas afiladas y, habiéndole obedecido, los ocupó todo un día en cortar un gran bosque: después que lo hubieron hecho, con gran diligencia, los convidó, el día siguiente, para un grande convite de muchos regalos y fiestas; luego les encargó que cotejasen un día con otro, y que escogiesen cuál querían más,

el día del trabajo primero, o el día segundo del regalo y regocijo que vino después : todos respondieron, a voces, que el día del descanso y convite. Con ésto les alentó para hacer guerra a los medos, prometiéndoles que después del trabajo que habían de pasar en la conquista, había de suceder gran felicidad y pujanza. Bastó sólo esto para que todos los persas le siguieran, y fuesen con gran riesgo de su vida a señorearse del reino de los medos.

»Pues, si cotejando un trabajo casi igual con el premio fué bastante razón, en unos bárbaros, para preferir el premio dudoso a un trabajo cierto, ¿por qué no bastará a los cristianos un premio cierto, que es inmensamente mayor que el trabajo ?

»Cotejemos el convite y cena de la otra vida con los trabajos de ésta : cotejemos la grandeza del reino de Dios con la pequeñez de nuestros servicios : cotejemos los bienes del Cielo con los de la tierra, y nos parecerá todó trabajo regalo, y todo servicio descanso, y toda felicidad de la tierra miseria y una gran vileza.

»¿Qué tiene que ver la honra de esta vida que es falsa ; es dada de hombres mentirosos ; es corta y limitada y de poco tiempo, con la honra que se hace en el Cielo al justo, que es verdadera ; es dada por Dios ; es tan extendida cuanto lo es el Cielo, y cuanto en él hay de hombres y Angeles, y es eterna y sin fin ?

»¿Qué tienen que ver las riquezas que pueden faltar; que llenan de peligros y cuidados, y que no pueden librar a sus poseedores de toda necesidad, con las que no han de tener fin y dan toda seguridad y abundancia?

»¿Qué tienen que ver los deleites limitados que dañan la salud, disminuyen la hacienda e infaman al que los busca, con aquellos inmensos goces de la gloria que juntan con el deleite honra y provecho?

»¿Qué tiene que ver esta vida llena de miserias, con aquella llena de dichas y bienaventuranzas? Y, ¿qué tienen que ver las malas calidades de muchos cuerpos mortales con los dotes preciosísimos de gloria que después de resucitados tendrán?

»Ahora, todos somos podredumbre, gravedad, corrupción, inmundicia, enfermedades, asco y gusanos; entonces todo será luz, incorrupción, resplandores, pureza, hermosura, inmortalidad.

»Cotéjese, despacio, qué diferencia va de un cuerpo enfermo, debilitado, asqueroso y pálido, o después de ocho días muerto, lleno de gusanos, podredumbre y hedor intolerable, con el mismo en la gloria, resplandeciente más que el sol, hermoso más que los cielos y oloroso más que las azucenas.

»Ni los males, ni los bienes temporales tienen comparación con los eternos sino que, como dice el Apóstol: «lo que es momentáneo y leve obra un eterno peso de gloria».

»En el principio de la guerra civil que hizo el senado contra Cayo y Fluvio Gracos, echó el Cónsul Opimio bando que quien le trajese la cabeza de Cayo Graco, se la pagaría a peso de oro. Tuvieron todos por gran recompensa ésta, que se diese otro tanto del metal precioso cuanto pesase la carne muerta.

»Pero Dios no promete su gloria a peso, sino que da por el trabajo tan ligero como una pluma, eterno peso de gloria.

»Fuera gran dicha si por cuanto montan nuestras penitencias y trabajos nos hubiesen de dar solamente otro tanto de gozo, como ese fuese eterno, porque por pequeño que fuese, se compraba bien barato; aunque fuese en la substancia tanto por tanto e igual, en todo, como en la duración fuese tan diferente que por el descanso de un día se diese descanso de un año; pero dando Dios por lo poco mucho; por lo leve lo macizo; por lo momentáneo lo eterno, ¿qué granjería nos puede venir mayor?

»Confusión nos ha de causar Septimuleyo que oyendo aquel pregón del Cónsul romano, no reparó en trabajo, ni en peligro hasta que, codicioso de que le diesen premio de igual peso, cortó la cabeza a Graco y pidió su peso en oro. El ánimo que tuvo este soldado para quitar la vida temporal a un hombre, tengámoslo nosotros para no quitarnos a nosotros mismos la vida eterna.

»Pues nos sale tan barato el Cielo, compramos mucho Cielo, y no tengamos me-

nos deseos de los bienes eternos que Septimuleyo tuvo codicia de los temporales: él... más deseoso de mayor ganancia, llenó de plomo derretido las partes huecas de la cabeza que cortó, para que fuese más pesada.

»Llenemos nuestras obras momentáneas y leves con gran afecto y caridad. ¡Qué barato fuera, si por una paja se pudiera comprar un reino! Pues, por lo que no monta más que una paja, podemos comprar el reino de los cielos; pues cierto es que toda cuanta felicidad, riquezas y gustos hay en la tierra no son más que una paja de la gloria del cielo. Margarita preciosa y tesoro escondido llamó Cristo al reino de los cielos, por el cual debíamos dejar todos los bienes de la tierra, porque todos ellos no son más que polvo, carbón, vileza y miseria respecto de un gran tesoro de diamantes y perlas. Toda la felicidad de la tierra no tiene substancia, ni peso comparada con el eterno peso de gloria que nos aguarda».

¿Qué más se necesita para ser héroe que poner en práctica estos grandes pensamientos del P. Nieremberg?

Artículo VI

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN...

¿Pues qué, si consideramos el trabajo por el cual nos prometen la gloria como paga y premio? Dijo, con mucha razón, el Apóstol que no era equivalente lo que en el tiempo de la vida se podía padecer, respecto de la gloria por venir que se ha de manifestar en nosotros. Por cierto, no son muchos los trabajos de esta vida respecto de tan grande premio.

Pues a San Agustín no le parecieron mucho todos los tormentos del infierno por gozar, aun por breve tiempo, de la gloria; y si se considera la grandeza de aquel gozo, no serán más las penitencias de San Simeón Estilita; los ayunos de San Romualdo; la pobreza y desnudez de San Francisco; los menosprecios que padeció San Ignacio, que el levantar una paja del suelo por hacerle a uno Emperador de la Tierra. ¡Por cuán menguados premios de este mundo se han expuesto muchos a grandes trabajos y peligros!

Porque echó un bando David de hacer capitán general al primero que acometiese a los jebuseos, que eran los más esforzados de sus enemigos, no dudó Joab de poner la

vida a tan manifiesto peligro, y entrándose por picas y lanzas, a costa de su sangre, alcanzar aquella honra.

¿Qué no han hecho los hombres por un premio de la tierra? Nada les ha parecido excesivo; y, ¿al cristiano debe parecer mucho cuanto haga para alcanzar el reino del Cielo?

Reino es del Cielo lo que esperamos: gozos, riquezas y honras eternas son las que nos han prometido; poco es todo lo que en tiempo se puede padecer por alcanzarlo.

Es tan grande el bien que esperamos, que el privarnos por él de todo otro bien lo habíamos de tener por dicha, y el padecer todo mal y tormento por dicha grande.

Oigamos lo que dice San Juan Crisóstomo: «Tantos cuantos trabajos pasares; tantos cuantos tormentos padecieres; todas estas cosas son nada respecto de los bienes venideros».

Oigamos, también, a San Vicente mártir, el cual decía al tirano Daciano, que levantándole muy alto en el éculeo, por burla le preguntaba: ¿dónde estaba?—«En alto, donde te desprecio a ti, aunque eres tan altivo y soberbio como el poder que tienes en la Tierra».—Amenazado, después, con tormentos más crueles, decía:—«No me parece que me amenazas en esto, sino que me ofreces lo que deseo con todas las ansias de mi corazón».

Y, cuando le despedazaban con garfios y

uñas de hierro las carnes, y con hachones encendidos se las abrasaban, decía muy contento: «En vano te fatigas, Daciano: no puedes imaginar tormentos tan horribles que no los quiera yo padecer. La cárcel, las uñas, las láminas encendidas, la misma muerte es para los cristianos entretenimiento y juego, no tormento».

Tan grandes tormentos en la tierra tuvo por risa quien consideraba los gozes del Cielo.

Considerémoslos nosotros, también, y no haya cosa que dejemos de padecer por asegurarle y poseerle.

Artículo VII

A LOS VALIENTES

Ya están a punto las piezas que han de componer el famoso molde, tantas veces prometido. Vengan los valientes que se sientan con alientos para ser héroes; que para ellos se escribe este artículo. Que héroe es, sin duda, aquél que en medio de las mayores contrariedades de la vida permanece con el ánimo tranquilo, sin turbarse. A adquirir esta disposición de ánimo va encaminado lo que escribiremos en este artículo.

Es evidente, como acredita la experiencia, que la causa íntima de todas nuestras turbaciones interiores, es el amor desordenado a los bienes de este mundo que nos halagan, y el horror también desordenado a los males que actualmente nos afligen, o amenazan para lo futuro, como hemos dicho.

El pobre que no está resignado con su pobreza, se turba, porque no tiene las riquezas que desordenadamente codicia. El corazón del ambicioso es un mar en tempestad, agitado por el anhelo desordenado de honras vanas. El sensual está frenético, porque se le han frustrado todos sus intentos de poseer aquel deleite, que forma la ilusión de sus encendidos apasionamientos.

¿No es verdad que para obtener estas tres clases de seres la dulce tranquilidad que han perdido, les bastara ahogar en su corazón los amores desordenados que lo agitan?

Pues bien, estos amores desordenados no se ahogan sino con otro amor ordenadísimo, soberano, cual es el amor a los bienes inmortales que Dios nos tiene reservados en el Cielo.

Si bien el buen creyente no sólo tiene certeza de la realidad de los bienes inefables, en cuya posesión entran las almas de los justos al salir de este mundo, sino que con espíritu de fe se ha penetrado, íntimamente, de la grandeza incomparable de los deleites celestiales, infinitos por su variedad, cumplidísimos por su intensidad y por su dura-

ción interminables; si de la realidad de estos deleites, digo, no abriga el buen creyente la menor duda, y con espíritu de fe los ha considerado atentamente, y ha empapado su alma con la savia divina que de su consideración atenta fluye copiosa; ¿cómo no ha de sentir en su corazón encendidísimos deseos de llegar a su posesión, y de llegar lo más pronto posible, como lo deseaba David, cuando exclamaba: «¡Ay de mí! y cómo se prolonga mi destierro... ¿Cuándo iré y compareceré delante de tu rostro?... o como San Pablo: «Deseo estar libre de estas prisiones, y encontrarme al lado de Cristo».

Y, ¿qué le han de parecer al alma, enamorada de los bienes y riquezas y deleites eternos, sino basura los bienes y riquezas y deleites temporales de este mundo? Y si los mira con menosprecio, ¿cómo podrá amarlos? He aquí, pues, las consecuencias prácticas que resultan de la disposición de ánimo producida en el firme creyente por el enamoramiento de los bienes inefables del Cielo.

Si este enamorado es pobre, vive tranquilísimo en su pobreza, alentado con estas reflexiones: ¿qué me importa la privación de las riquezas de este mundo, si nada valen para la verdadera felicidad y, si de todos modos nos las ha de arrebatar la muerte? Las riquezas que verdaderamente me interesan, son las de la eternidad: y a este pobre,

desnudo de bienes materiales, pero riquísimo de fe, le veréis siempre sonriente, repitiendo con Santa Teresa: *Nada te turbe.*

Si el enamorado de los bienes celestiales sufre persecución por la justicia y, «por el fiel cumplimiento de sus cristianos deberes y noble profesión de su fe, es arrojado a la cárcel, o condenado a comer en lejanas tierras el duro pan del ostracismo: con el recuerdo de las honras que le harán Dios y sus Santos en el Cielo está tan consolado, que las tinieblas de la cárcel le parecen más claras que los fulgores del sol, en pleno día; y el amargo pan del ostracismo le sabe más dulce que a los israelitas el maná que les llovía en el desierto; y en la cárcel y en el destierro canta, con acento vigoroso:

Nada te turbe, nada te espante.

Si el enamorado de la bienaventuranza del Cielo yace en el lecho del dolor, atormentado por cruel enfermedad, donde se le pasan los días y las semanas y, por ventura, también los años, como a Santa Liduvina; y el pobre enfermo no duerme de noche, ni descansa de día, y los días y las noches le parecen eternas: ¡ah! cómo levanta los ojos resplandecientes de lágrimas, en los momentos de mayor angustia, y los fija inmóviles en aquella patria feliz, a donde su fe ardiente y confianza invencible le dicen que pronto volará su alma desatada de la cárcel corruptible de su cuerpo; y, entretanto, sostenido por esta fe ardiente y confianza invencible canta, con pecho animoso:

Nada te turbe.—Nada de espante.—Todo se pasa.—Dios no se muda.

Y si el enamorado de los goces del Cielo, está asimismo profundamente penetrado del horror de los males eternos del infierno, y ya comienzan a hacerse insoportables a la carne los horrores de la cárcel, o los dolores de la enfermedad han llegado a su punto extremo, o ya valiente defensor de la fe, oye el rugido de los leones que se aprestan a probar su fidelidad a la santa bandera en que milita, no temáis... que ni los horrores de la cárcel, ni los rugidos de los leones, no sólo no le harán vacilar en su fe, pero ni tendrán poder para espantarle, ni causarle siquiera la menor turbación; porque esta alma de héroe por el ardiente espíritu de fe que la anima, exclamará: ¡Ah! terribles son los males que me afligen, y más terribles, aún, los que me amenazan; pero... más terribles, incomparablemente más terribles son los males del infierno que yo he merecido por mis pecados.

¡Ah Dios mío!... yo os he ofendido gravemente: lo sé cierto: yo sé que podía haber muerto en pecado mortal: no morí, gracias a vuestra misericordia infinita: ¡cuántos están en el infierno por un solo pecado!... y si hubiese muerto en pecado, ahora sufriría ya los terribles males del infierno... y por toda una eternidad. ¡Ah! y, ¿qué tienen que ver todos los males juntos de este mundo, aun los más inauditos,

comparados con los males eternos del infierno? Por tanto: Señor; aquí quemad... aquí sajad, aquí no tengáis compasión de mí... con tal que la tengáis en la eternidad, os suplico con San Agustín.

POR VIA DE COROLARIO

En resumen: aplicando lo dicho a los casos particulares en que pelagra la paz de tu alma haz, con espíritu de fe, las siguientes reflexiones, y te mantendrás firme como la roca que se yergue en medio de las olas embravecidas del mar.

¿Eres pobre, y por más que te afanas, no puedes salir de la apurada situación en que la miseria te ha sumido? Considera que un día, y ese llegará pronto, serás riquísimo.

¿Eres rico, y te acongoja el temor de perder la fortuna de que estás en legítima posesión? Desecha todo temor, pensando que las riquezas que en el Cielo poseerás, tuyas serán por los siglos eternos.

¿Víctima de un revés de fortuna la perdiste y has venido, por inescrutables designios de la Providencia, a suma miseria por lo cual ni puedes vestir decentemente a tus hijos, ni sabes dónde colocarlos, ni encuentras recursos para alimentarlos? Sé buen cristiano, y no desconfíes nunca de la Providencia, y con las alas de la fe remonta el vuelo a los palacios esplendísimos de la Gloria, en donde todo te sobraré, por eternidad de eternidades.

¿Gozabas de gran reputación, y de repente te ves envuelto en las negruras de una vil calumnia que te aleja de casa a los amigos, y te cierra las puertas del porvenir, y tu corazón desolado busca consuelo, y encuentra cerradas todas las fuentes? Levanta, levanta, entonces, los ojos al trono resplandeciente de gloria que ocuparás un día, si mueres en el ósculo del Señor.

Si tu noble corazón descansaba en la dulce correspondencia de otro corazón, que a ti te parecía fiel cumplidor de las leyes de la buena amistad, y un día fuiste víctima de la más tremenda de las traiciones; considera que en el Cielo todos los Santos serán tus amigos, y que estarán unidos contigo con lazos inviolables de finísimo cariño, eternamente.

Si gozabas de una salud privilegiada y, ahora, desventurado, sufres dolores insoportables producidos por una enfermedad maligna; reflexiona que con la muerte todo se acaba, y que a proporción de los dolores que sufras en este mundo, serán los goces de la otra, como dice el Espíritu Santo.

¿Tenías un hijo querido que, por sus prendas excepcionales, era las delicias de la familia y, ¡ay! flor primaveral fué arrancada del jardín doméstico por el huracán de la muerte? No llores sin consuelo, que habiendo muerto buen cristiano, irá al Cielo, a donde irás tú también un día, para reanudar los lazos del amor que nada romperá por los siglos de los siglos.

Artículo VIII

COMO PUEDE EL CRISTIANO SER OMNIPOTENTE. — MARAVILLAS DE LA GRACIA

Te diré, caro lector, que nuestro molde no está terminado. Le falta, todavía, la pieza principal que en último resultado le comunica el poder de sacar héroes a todos los que en él entran.

Esta pieza es: la Gracia divina.

Quiero que estés bien enterado del significado de esta palabra famosa, que tantas veces ha sonado en tus oídos, y tantas veces has leído estampada en los libros. Lástima que la índole de éste no nos permita explicarnos sobre este asunto, con la extensión que quisiéramos y que su importancia reclama. Porque, es evidente que todo cuanto acabamos de escribir, en los artículos precedentes, no basta para darse cuenta razonada de los hechos asombrosos, que forman el carácter heroico de la Religión cristiana.

Es cierto que el espíritu de fe ardiente que consiste en sentir, intensamente, la fuerza maravillosa oculta en las soberanas verdades reveladas por Dios que propone a nuestra fe la autoridad infalible de la Iglesia católica, es cualidad excelentísima del alma que la dispone a obrar, con invencible

fortaleza las acciones más heroicas; pero no es menos cierto que de la disposición al hecho va gran trecho. Muy buena es la voluntad que os anima, dijo Jesucristo a los Apóstoles, pero la carne es flaca; y en efecto, los hechos que siguieron inmediatamente a estas palabras, fueron una prueba patente de la flaqueza de la carne de los Apóstoles, a pesar del excelente espíritu que se complació en reconocer en ellos Jesucristo.

Y estos hombres que, durante la pasión de Jesús, cayeron en tantas debilidades, al cabo de poco tiempo, pongamos dos meses, se presentan ante el pueblo hechos unos héroes desafiando, impávidos, la bravura de las potestades de la tierra, que se han conjurado para exterminarlos. Pues, ¿y qué ha pasado durante este breve período, interpuesto entre aquella cobardía y este heroísmo? Nada más que una corriente de fuerza asombrosa, que el día de Pentecostés trajo del Cielo el Espíritu Santo, en sus divinas alas, y de la cual nos hemos propuesto hablar en las páginas siguientes. San Pablo llama a esta fuerza omnipotente, y afirma que hace omnipotentes a los que la reciben.

Y, en otra parte, se siente tan valiente con esta fuerza divina, que no vacila en retar a las fuerzas de la naturaleza más terribles a la flaqueza humana, como quien está seguro de la victoria.

«¿Quién nos podrá separar de la caridad de Cristo, dice? ¿la tribulación? ¿la angus-

tia? Ciertamente estoy de que ni la muerte, ni la vida, ni los Angeles, ni criatura alguna podrá separarme del amor a Cristo.»—*Rom.*

Artículo IX

LA GRACIA. — SU NATURALEZA. —
SUS PROPIEDADES. — SUS EFECTOS

La gracia, pues, es un don superior a toda la actividad y exigencias de nuestra naturaleza, concedido por Dios a los seres inteligentes, siempre en orden a la vida eterna.

Este auxilio divino puede ser transeunte y permanente; de donde recibe la gracia la doble denominación de: actual y habitual. La actual no siempre presupone la habitual, pero es disposición indispensable para ella, por donde se ve que la habitual siempre supone la actual, no sólo como disposición para venir al alma y residir en ella de asiento, sino también para verificar los actos que le son propios, después que ha informado el alma, sobrenaturalmente.

Así, sin la gracia actual no podemos formar ni un pensamiento idóneo para la vida eterna, dice San Pablo. Esa cualidad permanente la infunde Dios en el alma para levantarla a regiones sobrenaturales; hacerla agradable a sí, amiga e hija suya.

Una y otra gracia es de infinito precio, pues nos la compró el Hijo de Dios con su Sangre, como dice San Pablo.

Es, pues, la gracia habitual un don divinísimo, dice Nieremberg en su: «Aprecio y estima de la divina gracia», una cualidad inestimable que infunde Dios al alma, con que la levanta a un sér sobrenatural y grado divino que, trascendiendo toda naturaleza criada, y que se puede criar, la ensalza sobre todo sér y perfección natural, y hace a quien la posee participante, con un modo admirable, de la naturaleza del mismo Dios, en su grado supremo, en cuanto excede a toda otra esencia; endiosando al alma y haciéndola agradable a Dios y esposa suya e hija, amiga y compañera; habitando en ella con particular presencia el Espíritu Santo; enriqueciéndola con sus dones; dotándola de todas las virtudes sobrenaturales; hermoseándola con admirables resplandores de santidad y concediéndola derecho legítimo para el reino de los Cielos.

Todo eso se dice, brevemente, pero con dificultad se comprende. ¡Ah cristiano lector! *Si scires donum Dei*: si conocieras las maravillas que hay encerradas en ese don divinísimo; con qué entusiasmo lo conservarías, cuando lo posees; y con qué lágrimas de arrepentimiento lo solicitarías, cuando por el pecado mortal lo has perdido. Mira a los mártires, cómo derraman la sangre... y se dejan devorar por los leones... y carbonizar

los cuerpos por las llamas, por no perderlo...

Porque las maravillas que en la gracia hay encerradas ni los mismos Angeles, con sus lenguas angélicas, podrán declarar; ni los Querubines, con sus encumbrados entendimientos, hacer debido concepto; ni los Serafines, con sus encendidas voluntades, sentir como es debido, si la misma gracia no les ayuda para ello; los cuales, en las alturas divinas, están como pasmados de admiración por la gran misericordia y liberalidad de Dios en comunicar a sus criaturas con la gracia, como en una pieza, tantas y tales misericordias y riquezas, para que considere el hombre que por el pecado pierde la gracia, qué es lo que pierde, y cómo no se espanta de tal pérdida.

Pues, de un sér mayor que la naturaleza de un Serafín se abate al estado de un demonio; de ser más que las substancias más sublimes del mundo, se precipita al nivel de los brutos animales; ya que apetece lo que éstos apetecen y obra como éstos obran; de ser hijo y amigo de Dios se sujeta a ser esclavo de su apetito y prisionero del demonio; de agradable al Altísimo se vuelve aborrecido de Dios y su enemigo capital; de ser más hermoso que toda hermosura se vuelve monstruo del infierno; de la posesión de riquezas eternas cae en muchas miserias temporales, y vive en el borde del abismo de miserias sempiternas; de donde sólo le separa el hilo de la muerte.

San Pedro dice que por la gracia «nos hacemos participantes de la naturaleza divina». (Petr. 2-1). ¡Pensamiento maravilloso!! Fácil es escribir con la pluma que por este don levanta Dios al alma sobre todo sér y orden natural a ser participante en su naturaleza infinita, y que coloca en un estado divino, que es un ensalzamiento soberano, un grado deífico. Esto, digo, bien puede escribirlo la pluma, mas su significación no cabe en entendimiento criado.

Todas las excelencias que escriben los Doctores de la gracia que, a los poco instruídos en ella no parecen sino encarecimientos, se fundan en esta definición, que dictó el Espíritu Santo a la pluma del Apóstol San Pedro.

San Agustín dice que el justificarse con la gracia es cosa mayor que el cielo y la tierra, y todas cuantas cosas se ven en el cielo y la tierra.—Y Santo Tomás, comentando este pensamiento de San Agustín, dice en la 1ª, 2ª Q 113 a. 9.—Mayor obra es la justificación del pecador, que se termina al bien eterno de la participación divina, esto es, a la gracia, que la creación del cielo y la tierra, que se termina al bien de la naturaleza mudable.

Considera, por tanto, la magnificencia de todas las obras derramadas por la mano del Omnipotente en este Universo: el ejército de estrellas, la imponente majestad de los cielos, la disposición de los elementos, la

variedad de especies, la perfección natural del hombre, y la sublimidad de toda la naturaleza angélica; y luego exclama: ¡qué será la alteza soberana de esa participación de la naturaleza divina, tan superior a toda grandeza de la creación!

Si te has hecho cargo de lo que acabamos de escribir, entenderás perfectamente el gran secreto de que vamos a hablar en el artículo que sigue.

Artículo X

EL GRAN SECRETO

Para los que no estén al corriente de la doctrina sobre la gracia, contenida en las páginas inspiradas de las Santas Escrituras, y comentada en los luminosos volúmenes que brotaron de las plumas de los Santos Doctores y eximios teólogos del Catolicismo, la historia de la Iglesia es como el libro cerrado con siete sellos, de que nos habla el Apocalipsis. Porque, ¿cómo explicarse, v. g., el origen y propagación del Cristianismo, llevado a cabo por doce pescadores; hombres destituidos de toda cultura, sin un tinte siquiera de literatura y de ciencia; desconocedores, por completo, del arte de insinuar-

se por la palabra en el ánimo de los oyentes, para rendirles a su voluntad?

Y para que estos hombres establecieran y propagaran en el mundo el Cristianismo, fué menester que comenzaran por desterrar de él la religión pagana, inventada por el genio del error y del vicio con el fin de halagar el orgullo y fomentar todo género de concupiscencias, y por esa razón tan ardientemente amada, hasta el fanatismo, por sus adoradores; y esta religión había de ser substituída por otra que proponía misterios inaccesibles a la razón y preceptos repugnantes a las concupiscencias de la carne y, con todo:

Ahí está la historia, con sus pruebas irrefutables, para demostrar que el hecho del establecimiento y propagación del Cristianismo, hasta ser la religión predominante en todo el mundo conocido, sólo necesitó tres siglos de lucha; eso, sí, de lucha la más titánica que han conocido los siglos.

¿Quién, pues, fué el autor de la transformación del mundo pagano en el mundo cristiano? ¿Los Apóstoles? ¡Qué locura!... ¿qué proporción hay entre el medio y el fin de que aquí se trata? Los Apóstoles no fueron más que el instrumento: la causa productora de la hazaña sobrehumana fué la fuerza divina, llamada gracia, que por medio de estos instrumentos trasmitió Dios a las inteligencias de los que oían la predicación de los Apóstoles; gracia que en aquellas in-

teligencias se transformó en lumbre de verdad y en fuerza insuperable para la práctica de las virtudes más árduas, en sus corazones.

No te asombres, cuando leas que las Engracias y las Eulalias, los Pancracios y los Justos y Pastor, jovencitos de once y doce años, no sólo no huyeron de los horrores de la persecución contra los cristianos sino que, valientes e intrépidos, espontáneamente abandonan el hogar paterno y se presentan personalmente al feroz tirano; y allí, en su presencia, proclaman noblemente su fe cristiana y le increpan, viril y elocuentemente, su proceder de fiera sanguinaria contra unos seres tan inocentes como benéficos a la sociedad; y su valor recrece, cuando el tirano les amenaza con la espada y el ecúleo, las hogueras y las panteras y, ya entre las garras de las fieras... y en medio de las llamas... y tendidos en el ecúleo... o con la cabeza puesta sobre el tajón para ser separada del tronco, entonan himnos al Dios de Cielos y tierra por la gloria del martirio, que iba a brotar del hacha del verdugo.

No te asombres, digo, de todos esos prodigios de fortaleza, en seres tan delicados, porque no eran las fuerzas de la naturaleza las que en ellos obraron, sino las fuerzas de la Gracia.

¡Ah! no olvides aquellas palabras sublimes que brotaron de los labios de la esclavita Felicitas, cuando encerrada en las

cárceles de Cartago esperando el momento de ser echada a las fieras, dió a luz un hijo; y, forzada por las angustias del parto, lanzó un grito de dolor: no olvides, digo, las memorables palabras con que contestó al carcelero. Este le dijo: «pues, si no puedes resistir los dolores del parto, ¿cómo vas a resistir las mordeduras de las fieras?»; a lo cual ella: «Es que ahora sufre Felícitas sola, y entonces sufrirá Cristo en Felícitas».

Artículo XI

¿QUIEN NO QUERRA SER HEROE?

No me cabe duda, amigo lector, de que con la lectura de los artículos que preceden, habrás formado en tu corazón animoso la resolución de seguir las gloriosas huellas de las grandes figuras del Cristianismo, y que en el fondo de tu alma habrá ya resonado esta voz generosa: *Quiero ser héroe como éstos.*

Para las grandes empresas son los grandes corazones.

Pero también presumo que te habrá asaltado una duda, capaz de ahogar en la cuna tu nobilísima resolución, si Dios no te hubiese dado un alma tan inclinada a las empresas gloriosas.

Y, ¿qué he de hacer, prácticamente, dijiste, para ser héroe? Dos cosas, solamente: disponerte para ello, y esperar que llegue la ocasión. Conque, entiéndelo bien: dos cosas, no más, se necesitan para llegar a la cumbre del heroísmo: disposición y ocasión. El disponerte toca a ti, con la ayuda de la gracia, y el que se presente la ocasión toca a Dios.

Ante todo, oye una historia, que ya conoces, pero que te conviene recordar aquí, porque encierra el argumento más eficaz para animarte a llevar a cabo la excelsa resolución que has formado.

Agustín era un joven de treinta años. La mayor parte de su vida se había deslizado por el lodazal de la sensualidad más desenfrenada. Para colmo de desdichas, tenía el entendimiento entenebrecido por los errores del maniqueísmo. Yo no sé si ha pasado por este mundo inteligencia tan soberana como la de Agustín, después de la de Jesucristo; pero como la tenía tan degradada por el virus del error, ni un rayo de luz esplendorosa descendía del sol de la razón, que Dios encendió en aquel entendimiento, a su voluntad para iluminar los abismos de maldad, por que se despeñaba.

Agustín tenía una madre santa que, a pesar de los sinsabores que le hacía devorar, amaba entrañablemente a su extraviado hijo; y Agustín que, a pesar de tener el corazón bastardeado por el más vil de los amores, no

era insensible a las delicadezas del amor maternal, se hubiera rendido por completo a la voluntad de su amantísima madre, si otra fuerza bastarda no hubiera impuesto el yugo de la tiranía a su desbordado corazón.

Pero el amor maternal todo lo arrolla y triunfó, por fin, de la tenaz resistencia del degradado corazón de Agustín el cual, merced a las súplicas de Mónica y, sobre todo, merced a los fulgores de la verdad irradiada por la palabra elocuente del santo Obispo de Milán, que inundó de celeste claridad su inteligencia, concibió el propósito de cambiar, radicalmente, de vida.

Mas ¡ay! y qué angustias tan terribles siguieron a este propósito. Cuántas veces se arrepintió de haberlo hecho. Sólo el pensar en la nueva vida que había de llevar, le ponía frenético. ¿Cómo es posible que tu corazón pueda vivir sin aquellos... amores? Y esa vida cristiana ¡es tan tétrica!... ¡tan insoportable!!... ¡Ah! no... no... Dios no quiere imposibles!...

Y en eso, quedó como dormido, rendido de cansancio por la lucha cruel... y vió a una matrona de majestuoso y gr̄ave continente; era la Continencia, que debajo de un anchuroso manto llevaba una multitud de niños y niñas radiantes de santo júbilo, y coronados todos ellos con la olorosísima azucena de la castidad.

Agustín, le dijo la misteriosa matrona: «lo que éstos y éstas pudieron, *¡no lo podrás tú!!*».

· El argumento no puede ser más concluyente. ¡Oh lector! el camino que condujo a la gloria de los héroes a tantos jovencitos de complexión delicada, ¿sólo para ti estará cerrado?...

Ya dijimos que para llegar a ser héroe, lo primero que se requería era disposición de ánimo. Expliquemos lo que esto significa.

Está probado que el héroe cristiano es hijo, no de solas las buenas cualidades naturales, pues éstas, por excepcionales que sean, no alcanzan a tanto, sino de aquella fuerza divina superior a todas las fuerzas de la naturaleza, llamada gracia.

Por tanto, es condición indispensable en todo aquel que aspira a ceñir la frente con la aureola del héroe cristiano, no poner obstáculos a la gracia; y no olvides, amado lector, que el grande obstáculo, y mejor todavía, el mayor enemigo de la gracia es el pecado mortal; porque pecado mortal y gracia son dos conceptos que pugnan entre sí; son dos términos contradictorios, por lo cual donde está el uno no puede estar el otro; porque el uno significa ofensa a Dios, y el otro amor a Dios.

Por tanto, has de procurar tener el alma siempre limpia de pecado mortal, como condición primera y fundamental y, esforzarte por tenerla también limpia de pecado venial, condición que necesariamente trae consigo las siguientes consecuencias:

Que has de ser fiel cumplidor de los de-

beres que tienes, como sér racional y como cristiano. Tus deberes, como sér racional, están consignados en los diez Mandamientos de la ley de Dios y tus deberes de cristiano en el Santo Evangelio, y en todos los preceptos que emanan de la autoridad suprema de la Iglesia. Esmérate, pues, en observar con fidelidad la ley de Dios y ser en todo un perfecto cristiano.

Has de cumplir, además, los deberes propios de tu estado, contenidos implícitamente en los deberes primarios, arriba expresados. Observa, pues, fielmente tus deberes conyugales, si eres esposo; los paternales, si eres padre; y los de hijo, si todavía estás sujeto a la autoridad paterna. Si eres religioso, ten presente que tienes el deber de aspirar a la perfección por la observancia de los votos y el cumplimiento de las constituciones y reglas propias de tu Instituto.

Si esto haces, ¿qué te falta ya para ser héroe? Nada más que la ocasión. Esto es:

Si llega la ocasión de que por un revés de fortuna pierdas todas tus riquezas, y te veas como Job tendido sobre las pajas de un muladar, abandonado de todos, sufrirás con *heroica* paciencia las penalidades inherentes al estado de miseria, a que por disposición de la Providencia te veas reducido.

Si llega la ocasión de que repentina y terrible enfermedad te postre en el lecho del dolor, y en él has de permanecer años y más años, no quedándote más fuerzas que

las indispensables para prolongar tu martirio incruento; te sujetarás, con *heroica* resignación, a las disposiciones de la divina Providencia: cuantos te visiten en tu enfermedad no hallarán en la dulce sonrisa que ilumine tu semblante, y en las palabras que broten de tus labios sino motivos de profunda admiración y alabanza al Dios omnipotente, que sabe hacer brotar en medio de las olas amarguísimas del dolor la flor divina de la santa resignación.

Si llega la ocasión de ser perseguido por la noble profesión de tus cristianas creencias y, víctima de la crueldad de un Nerón eres arrojado en las profundidades de un hediondo calabozo; o te veas, acaso, en la plataforma de un patíbulo, esperando que se desplome sobre tu cabeza la sangrienta cuchilla que te ha de coronar con la gloria del martirio; postrado en el lecho del dolor... y sepultado en el calabozo hediondo... y de pie en la plataforma del patíbulo... no te faltará el auxilio del Cielo para que, con voz firme, serena la frente y pecho de héroe, cantes:

Nada te turbe, Nada te espante, Todo se pasa, Dios no se muda.

Porque escrito está:—*Facienti quod est in se, Deus non denegat gratiam.*—Que al que hace de su parte lo que debe, Dios no le niega su gracia, para que cumpla su soberana voluntad siempre, aun en las ocasiones más difíciles.



CAPITULO V

LA PACIENCIA - TODO LO ALCANZA

Artículo I

PACIENCIA - FORTALEZA - CONSTANCIA

Esta sentencia teresiana, tal como suena, no es verdadera, porque atribuye al hombre paciente poder para alcanzarlo todo, lo cual es propiedad exclusiva del Sér omnipotente.

Con todo, entendida según la mente de la Santa Doctora, encierra una verdad importantísima, en el sentido que podemos llamar relativo; en cuanto que el hombre armado de la virtud de la paciencia, puede llevar a cabo todo aquello de que es capaz por sus energías físicas, morales e intelectuales.

Pero hay que hacerse cargo, también, del sentido en que toma aquí la paciencia la Santa Doctora, porque entendida esta palabra en

sentido restringido, acaso tampoco resultaría exacto el pensamiento.

Nos parece, pues, que los famosos versitos: *La paciencia - todo lo alcanza*, podrían expresarse así: *La fortaleza - todo lo alcanza*, sin que su ilustre autora tuviera nada que reprocharnos. Fundamos nuestra opinión en la misma definición de la paciencia, comparada con la definición de la fortaleza.

Porque ¿en qué consiste la paciencia? En sufrir las cosas adversas con igualdad de ánimo. Y a decir verdad, eso nos parece poco para alcanzarlo todo. En cambio, no acontece lo mismo con la fortaleza.

Porque fortaleza... pero bueno será copiar un hermoso párrafo del libro titulado «*Camino espiritual*», del P. La Palma, que nos parece concordar en todo con nuestro pensamiento.

«Vengamos a la fortaleza, dice, que es una virtud que gobierna las acciones humanas en los casos ásperos y dificultosos; ora sea sufriendo los trabajos con constancia, cuando se ofrecen; ora sea acometiéndolos con esfuerzo, cuando conviene y lo piden las ocasiones: de manera; que ni falte uno a sus obligaciones por temor, ni exceda por temeridad y osadía; y si la fortaleza se ejercita en emprender cosas grandes y dificultosas, tiene dos virtudes que la ayudan, que son: magnanimidad y magnificencia; si se ejercita en sufrir las cosas adversas, tiene otras dos que son: paciencia y longanimidad.

»La magnanimidad es la que se extiende a obras grandes y excelentes y dignas de mucha honra, y la que desprecia y tiene en poco la honra mundana, cuando se la ofrecen; ni la pretende cuando se la niegan, contentándose solamente con merecerla: siendo verdad, como lo es, que no la merece el que la tiene por fin de sus obras, sino el que obra cosas grandes, sin pretenderla, por el fin propio y debido de la virtud.

»A esta virtud de la magnanimidad acompaña otra que llamamos seguridad, la cual quita de nosotros el temor congojoso de errar, o de no conseguir lo que pretendemos, y nos ayuda a emprender las cosas dificultosas, con tranquilidad y quietud, porque el magnánimo confiando en el socorro y ayuda divina, no mira estas empresas como cosas sobre sus fuerzas, y así está seguro del suceso, con humildad.

»La magnificencia es la que tiene en poco el dinero y las riquezas temporales, y usa de ellas con grandeza en obras suntuosas y extraordinarios gastos, no vanas sino provechosas y de lucimiento a la república y al bien común, dentro de los límites de la virtud y prudencia, como son: edificios de templos, de hospitales, de universidades, de palacios y dotaciones grandes para el culto divino, para el remedio de los necesitados, para el aumento de las letras y buenas artes y cosas semejantes.

»Y estas virtudes son las que acompañan a

la fortaleza para emprender cosas árduas y dificultosas».

Sólo teniendo este preámbulo a la vista, nos atreveremos a emprender la exposición de los versitos de nuestra letrilla, seguros de que hemos de sacar triunfante la soberana verdad en ellos contenida.

Artículo II

SIGUE LA MISMA MATERIA

Conviene no perder de vista un principio, que entre los ascetas de cuenta es muy corriente; porque es uno de los faros más luminosos que ilumina la ciencia que ellos tratan, la cual tiene por objeto pregonar las excelencias de la virtud, para que se enamore de ella el lector, y poner de relieve la fealdad de los vicios, para que les declare guerra sin cuartel.

El principio es que las virtudes nunca andan solas, sino tan íntimamente trabadas entre sí que, donde hay una, por la fuerza de esta unión íntima, forman a su alrededor como en esplendente cortejo todas las demás, con más o menos perfección, según la pujante vitalidad con que aquélla se desarrolla.

De donde se desprende que nadie será verdaderamente paciente que no sea, al mismo tiempo, fuerte con el séquito de virtudes que a la fortaleza acompañan; porque aquí, sí, que puede afirmarse que no sólo donde está el todo están las partes, sino también que donde está una parte está el todo.

Así se comprende, perfectamente, que el varón magnánimo, esto es, el varón que por natural impulso propende a enamorarse de los grandes ideales, y se recrea en concebir y llevar a cabo empresas sublimes y arduas, sea al mismo tiempo constante en vencer los obstáculos que se oponen a su realización; y sufra, con invencible paciencia, los quebrantos en la salud que le ocasionen el desgaste de energías consumidas en la prosecución de la difícil empresa.

La constancia así entendida, esto es: cuando va acompañada del cortejo de todas aquellas virtudes que le sirven de auxiliares en la ejecución de los actos que le son propios, es una de las notas características del héroe, como declaramos en otro artículo.

Porque, no basta para ser héroe estar dotado de un espíritu generoso para concebir grandes ideales: los talentos superiores suelen ser grandes idealistas; y si al talento eximio acompaña una brillante fantasía realizada por los encantos de una cultura literaria no común; y este sublime idealista de talento y brillante fantasía nos da a conocer en un libro sus concepciones soberanas, nos hará

exclamar, inflamado el ánimo de entusiasmo :
¡qué prodigio de elocuencia!... mas no :
¡qué figura de héroe!...

A veces, esos talentos privilegiados, tan fecundos en soberanas concepciones, en el terreno de la práctica resultan unos espíritus apocados, que afean con vulgaridades incomprendibles el esplendor de sus excepcionales prendas de hombres de extraordinaria cultura científica.

No queremos comprobar lo dicho con hechos históricos concretos, porque algunos personajes ilustres resultarían perjudicados en el alto concepto que de ellos tiene el lector. Ya escribimos en otra parte que podría darse a luz un libro titulado «Pequeñeces de los grandes hombres» muy entretenido; aunque no quisiéramos, por nada de este mundo, que ninguna pluma acerada tomara pie de nuestra indicación para hacer reír, a costa de prestigios apreciabilísimos, a lectores incapaces de hacerse cargo de lo que significan algunos lunares en el astro radiante del día.

Claro es que la aureola de inmortalidad que abrillanta la figura de Colón, no le viene tan sólo de la gigantesca concepción de hallar un nuevo derrotero por el océano para arribar a las Indias Occidentales, sino también, y muy particularmente, de la insuperable constancia con que llevó a cabo su genial pensamiento. Eso... eso, sobre todo, nos deleita y asombra en el genio de los mares.

Aquel ánimo impertérrito con que sufre las repulsas de su patria Génova y de Portugal... aquel tesón inquebrantable con que anduvo detrás de la corte de los Reyes católicos en demanda de protección... aquella serenidad imperturbable con que desafía las iras de Neptuno, embravecido ante la temeridad de un mísero mortal que osa invadir los dominios del Ponto, hasta entonces desconocidos...

¡Ah! y aquella lucha moral que hubo de sostener con la gente que formaba la tripulación de su intrépida carabela... hombres tan osados para acometer empresas temerarias, como inconstantes para llevarlas a cabo... hombres incapaces de reconocer en su providencial piloto las excepcionales condiciones que siempre acompañan al genio, el cual si es magnánimo en acometer empresas de gigante, es firme, como una roca, para llevarlas a feliz término por el seguro camino que le han trazado las luces de su consumada prudencia, puesta su invencible confianza en la estrella de la inspiración, que el Cielo hace brillar a sus ojos.

Adelante, decía Colón a sus marineros indómitos, más revoltosos que las olas del mar que amenazaban tragarlos en sus abismos... Adelante... nobles hijos de la mar... *La paciencia - Todo lo alcanza.*

Artículo III

PRODIGIO DE CONSTANCIA.—EL BROCAL
SURCADO Y SAN ISIDORO

Es cierto que la constancia es capaz de obrar verdaderas maravillas; y como no sea la constancia la virtud característica del español de nuestros tiempos, por desgracia, bueno será hacer desfilar ante los ojos del lector algunos ejemplos de españoles esclarecidos, que por su asombrosa constancia se hicieron acreedores a los honores de la inmortalidad, para que se vea que la inconstancia no es defecto de la raza, como creen algunos, sino de las malas condiciones de los tiempos que atravesamos.

Tú has oído hablar, sin duda, de aquel egregio varón, llamado Isidoro, Arzobispo de Sevilla, que floreció en el siglo séptimo, santo él y hermano de tres santos: Leandro, Florencio y Florentina; hombre consumado en toda ciencia y en todo género de letras, divinas y humanas, y en el conocimiento de las lenguas griega, latina y hebrea; de lo cual son testimonio elocuente los muchos y excelentes libros que escribió de varias y raras materias, con los cuales ilustró la Iglesia Católica, y mostró la excelencia de su ingenio y sabiduría: cuyo catálogo escribie-

ron San Ildefonso, Arzobispo de Toledo y San Braulio, Arzobispo de Zaragoza, que fueron sus discípulos, como escribe Ribadeneira en su «Flos sanctorum», del cual extractamos estos apuntes.

Muerto San Leandro y vacando la Sede de Sevilla, el rey Recaredo deseando proveerla de un esclarecido Doctor, nombró a Isidoro por Arzobispo y sucesor de su hermano en aquella silla, con grandísima satisfacción de la ciudad de Sevilla y de todo el reino de España, por la grande opinión que todos tenían de su santidad y doctrina.

En sentándose en la silla arzobispal, comenzó a resplandecer y alumbrar al mundo con los fulgores de su ciencia y eminentes virtudes, como antorcha puesta sobre el candelero.

Escribió regla para los monjes, ablandando el rigor, y moderándolo para que mejor fuese recibida.

Compuso y reformó el Oficio eclesiástico de la Misa y de las Horas, para que en toda España fuese uniforme el rezo, y compuso misal y breviario, que de su nombre se llamó *isidoriano*, y después *toledano*; y este último es, también, conocido con el nombre de *mozárabe*, por estar dedicado a los cristianos que vivían entre los moros.

Y entendiendo el preclaro Doctor que el fundamento de todo lo bueno que se quiere edificar en los pueblos, es la formación en virtud y letras de la juventud, edificó algunos

colegios en que aprendieran ambas cosas los mozos, no solamente de su arzobispado, sino también de toda España; y en efecto, muchos jóvenes de todas las regiones de España acudieron a ellos, y el mismo Santo Prelado, desentendiéndose de sus muchas y graves ocupaciones, les daba preceptos y ordenaba lo que habían de aprender. Tanto era su celo y caridad. De esta escuela salieron varones muy insignes, como San Ildefonso y San Braulio, Arzobispos, respectivamente de Toledo y Zaragoza.

Tomó parte en los Concilios toledano y segundo de Sevilla, dirigiéndolos con admirable acierto, como presidente, y en ellos fué de gran peso y autoridad su parecer para establecer los dogmas de nuestra santa fe, y deshacer los errores contrarios, y para la reformation de la vida y costumbres de los fieles; y en el Concilio hispalense convenció a un Obispo, siro de nación, llamado Gregorio, que estaba inficionado con la herejía de los acéfalos.

Gobernó San Isidoro cuarenta años su Iglesia, santísimamente, y lleno de santas obras y merecimientos descansó, dulcísimamente, en el ósculo del Señor, y su alma voló al seno de la eterna bienaventuranza.

Ahora quiero que veas cómo esa gloria inmortal de la Iglesia y de nuestra patria fué obra, casi exclusivamente, de la constancia.

Pasada su primera edad de niño, dice Ribadeneira, pusiéronle sus padres al estudio, y

aunque él trabajaba con buena voluntad y cuidado, todavía no le entraban tan bien las letras, y hallaba en aprenderlas gran dificultad; y desconfiando de su aprovechamiento, determinó dejar el estudio, y no pasar adelante en cosa que le costaba tanto trabajo y sacaba tan poco fruto.

Estando en este pensamiento, se llegó a un pozo, y vió que en el *brocal de él*, que era de *piedra dura*, había *canales y surcos*, que con el uso habían hecho las sogas, y dijo entre sí:

Puede la sogá cavar la piedra, y hacer las señales por la continuación; y ¿no podrá la costumbre y continuo estudio ablandarme a mí, e imprimir en mi ánimo la ciencia y doctrina?

Con esto volvió a su estudio; dióse muy de veras a toda ciencia, y fué en ellas tan consumado que no hubo en su tiempo quien le igualase...

Tanta verdad es lo que dice Santa Teresa:
La paciencia todo lo alcanza.

Artículo IV

EL CARACTER ESPAÑOL EN EL SIGLO DE ORO DE NUESTRA HISTORIA Y LA CONSTANCIA

Penetrando en el fondo de los sucesos que constituyen el período de oro de nuestra historia, aparece radiante de esplendor, como el sol en las profundidades del firmamento, el carácter propio de los prohombres de aquella época, que todo lo ilumina, engrandece y vivifica.

Para la constitución de este carácter concurren tres elementos, que le comunican el temple de grandeza que le distingue: talento sólido, tesón indomable y fe ardiente. Y cuando hablamos del talento sólido, como una de las notas constitutivas del carácter de los grandes españoles del siglo de oro, no lo limitamos a los hombres de ciencia, que formaron la refulgente constelación que tan gallardamente brilló en el cielo filosófico-teológico en torno del Sol de Aquino, en cuya fuente bebieron los raudales de la ciencia soberana, que han transmitido a la posteridad en obras monumentales. Porque en los hombres de ciencia esta nota del talento sólido es relevante, sobre toda ponderación. ¿Qué nación puede gloriarse de poseer un número tan crecido de teólogos esclarecidos,

como la España del siglo XVI, de cuyo seno salieron los Maldonados, los Marianas y los Vázquez para ocupar las primeras cátedras de las universidades de París y Roma, desde cuyas alturas difundieron los resplandores de su profundo y sólido saber por toda la Europa, que tenía congregada alrededor de los sabios españoles a su juventud más lucida?

¡Qué honra alcanzaron para España en el Concilio de Trento, donde brillaron por su saber, por sus virtudes, por su elocuencia y por su firme e inquebrantable adhesión a la Cátedra de Pedro, distinguiéndose entre todos los Prelados de la Cristiandad, teólogos y jurisconsultos, Laínez y Salmerón, Bartolomé de Carranza, los dos Sotos, Melchor Cano, los hermanos Covarrubia, Antonio Agustín, Arias Montano y otros doctos ingenios, cuyos escritos llenos de sabiduría admiraron, entonces, admiran hoy, y admirarán siempre las generaciones pensadoras!

Pero, repetimos que el sólido y profundo talento español de aquella época no sólo campea en las obras monumentales de ciencia, sino también en las de literatura y bellas artes, y aun en todas las empresas bélicas de más resonancia, llevadas a cabo por nuestros guerreros. Son de ésto brillantes ejemplos las producciones poéticas del flúido y elegante Garcilaso; las del incomparable Fray Luis de León, que tan bien supo hermanar la sencillez con la elevación, la mo-